

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

**Gerardo de la Torre y su cuento “El vengador”,  
una aproximación sociológica**

**TESIS**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA**

**PRESENTA**

**Jesús Nieto Rueda**

**ASESORA DE TESIS:**

**Maestra Amparo Ruiz del Castillo**

**México, 2009.**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mamá y papá, que han dedicado muchísimos e invaluable esfuerzos morales, intelectuales y materiales a mi formación.*

*A tres compañeros imprescindibles en mi vida: José Fernando, Carlos y Luis Fernando, mis hermanos.*

*Asimismo, a la memoria de:*

*José Nieto González, Inés Ojeda, Mercedes Manzo, Fernando y José Rueda.*

*Y muy especialmente a la memoria de mi abuela y madre, María Trinidad Huerta Ruiz.*

*Quiero agradecer...*

*A mi querido Gerardo de la Torre, sin cuyo valioso tiempo y disposición dedicados a este trabajo, nada sería posible; por su ejemplo y por todas las horas compartidas en que he aprendido mucho más que literatura.*

*A mis cómplices:*

*A José Fernando, consejero de buena fe, y a Aude, en su constante preocupación por mi futuro.*

*A Carlos, lector singular de mis emociones.*

*A Luis Fernando, compañero de ilusiones, crítico y entusiasta.*

*A Serena, por su apoyo incondicional, su fe, su ánimo, su espontaneidad, su charla y concretamente por su lectura apasionada de este texto.*

*A César, por su apoyo inamovible, su crítica, su cariño.*

*A Alejandro Montes de Oca, cuyo saber, buen sentido y diálogo me han acompañado durante los últimos cinco años.*

*A Luisa, por su invitación a romper con paradigmas, y por su apoyo constante durante la realización de esta tesis.*

*A Octavio, Enrique, David, Sergio, Juan, compañeros de un viaje de aprendizaje.*

*A Gabriel y Francisco, por su comprensión, su paciencia y su amistad.*

*A Libertad, que ha llegado en el momento preciso.*

*A César Delgado Ballesteros, in memoriam, profesor comprometido, apasionado y entusiasta.*

*A Jaime Casillas Rábago: maestro, amigo y modelo, siempre en la memoria.*

*A los profesores Víctor Hugo Martínez González, Raúl Rojas Soriano, Jerónimo Hernández Vaca y Carlos Lozano Ángeles, por su lectura cautelosa de esta tesis y las sugerencias para la misma.*

*A Amparo Ruiz del Castillo, por su cuidadosa asesoría en la realización de este trabajo, así como por su extraordinario compromiso y entrega como docente.*

*A los amigos y cómplices que no he mencionado, a mi familia y a la vida misma.*

## Índice

<b>Introducción</b> .....	6
<b>Capítulo I. Por qué leer a De la Torre desde la sociología</b> .....	11
1. Sobre la conciencia social del sujeto y su expresión en el lenguaje.....	11
2. De la Torre y su escritura social.....	17
<b>Capítulo II. Gerardo de la Torre: su historia y su escritura</b> .....	22
1. El amor a los libros.....	25
1.1 Bajo el ala del Águila.....	25
1.2 En otras latitudes.....	27
1.3 Entre libros y árboles de mango.....	29
1.4 México durante la guerra.....	30
1.5 Del trópico a la capital.....	32
1.6 El México de las “instituciones”.....	33
1.7 Las lecturas en el árbol.....	36
1.8 Un estudiante de buen promedio que no iba a clases.....	40
2. El camino de la política: del diamante de béisbol al Partido Comunista....	45
3. La elección del universo narrativo.....	50
3.1 A la sombra de Arreola.....	50
3.2 Escribir y actuar desde el lado moridor: la influencia de José Revueltas.....	52
3.3 ¡Únete pueblo! Los trabajadores petroleros en el movimiento de 1968.....	61
3.4 Gerardo de la Torre, hoy.....	68

<b>Capítulo III. El cuento como objeto de estudio sociológico.....</b>	<b>74</b>
1. De sociología literaria.....	74
2. El lugar del cuento.....	79
3. El cuento según De la Torre.....	84
<b>Capítulo IV. “El vengador”.....</b>	<b>86</b>
1. La creación del libro.....	86
2. “El vengador”: una lectura sociológica.....	91
2.1 La cuestión del poder.....	97
2.2 Colonialidad, “raza” y “clase”.....	103
2.3 El machismo.....	117
2.4 La variable cultural.....	124
2.5 El odio de clase.....	126
2.6 El vengador vencido.....	134
<b>Capítulo V. Reflexiones finales.....</b>	<b>140</b>
<b>Epílogo.....</b>	<b>148</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>150</b>

## **Introducción**

El propósito de esta investigación es aproximarse desde la sociología a la vida y la obra de Gerardo de la Torre, escritor mexicano (Oaxaca de Juárez, 1938) que se ha dedicado a construir una narrativa social muy relacionada con su propia biografía. La atención se centra en las perspectivas sobre la interacción colectiva plasmadas por el autor en su obra literaria, es decir aquello que expresa un individuo en tanto observador crítico, sobre la sociedad de la que forma parte.

Se presenta una lectura de “El vengador”, cuento escrito por De la Torre a fines de la década del sesenta, cuyos tema, anécdota y personajes recrean cierto ámbito obrero en el Distrito Federal de esos años. Dicha lectura se propone explorar analíticamente características muy significativas del mundo social descrito en “El vengador”, a partir de una revisión detallada del texto.

La intención del estudio es penetrar en el análisis de un cuento del cual se desprenden temas como el odio de clase, el machismo y la discriminación racial, que en suma ofrecen una visión particular de una compleja realidad social mexicana. Hay una pregunta que está presente a lo largo del análisis: ¿Qué nos dice un cuento de ficción realista como “El vengador” sobre la sociedad de la cual surge y que al mismo tiempo busca retratar?, considerando aquí ya no sólo la realidad de la cual partió el autor para construir su cuento, sino la sociedad en general como ente cambiante.

El análisis sociológico de un cuento es un ejercicio poco frecuente, puesto que la novela ha sido privilegiada como objeto de estudio de la sociología literaria. Aquí se quiere destacar la capacidad sintética del cuento “El vengador” para amalgamar un contenido social y plantear los problemas de intersubjetividad que el autor expone a partir de su lectura de la realidad. Puede decirse que “El vengador” se convierte así en

instrumento de manifestación escrita del acontecer en un microcosmos social. Y al estudiar este relato en particular, se pretende mostrar una entre muchas posibilidades de la exploración del cuento en general como un objeto de estudio sociológico.

La investigación toma como punto de partida las elaboraciones conceptuales de Pierre Bourdieu y Anthony Giddens, respecto a la importancia que adquiere la conciencia del sujeto sobre sus actos propios, dentro del marco de la acción social, en la construcción del conocimiento sociológico. Por otra parte, se destaca la presencia en el lenguaje del juego de las relaciones sociales y de poder. Este intento de revalorar el papel de un miembro de la sociedad no-sociólogo se vincula con la propuesta de Antonio Gramsci de desmitificar el concepto de la filosofía, y en este caso de la sociología, como labores únicamente realizables por los intelectuales más exquisitos.

Así, la tesis plantea poner atención desde la sociología a las reflexiones que realizan en torno a la vida colectiva, individuos quienes tradicionalmente no gozan de una legitimidad como observadores críticos de lo social.

Para ubicar temporalmente la obra de Gerardo de la Torre se ha delineado un marco histórico que da cuenta de ciertas condiciones sociales, políticas, económicas y culturales en medio de las cuales surge la escritura literaria de este autor. Así, se presenta un esbozo biográfico que contempla una serie de acontecimientos de repercusión local, nacional e internacional en los distintos ámbitos relevantes para la vida de Gerardo de la Torre y, por lo tanto, para el desarrollo de su escritura.

En la construcción de dicho esbozo biográfico han sido muy importantes una serie de entrevistas realizadas a De la Torre acerca de su vida, haciendo énfasis en la subjetividad de este individuo, la forma en que él vivió ciertos aspectos de su proceso de formación creativa y sus experiencias políticas, así como la relación entre su historia personal y su literatura.

De la Torre comenzó a trabajar como obrero industrial en la refinería de Petróleos Mexicanos de Azcapotzalco en 1953 y ya no concluyó la educación secundaria; participó en el movimiento social de 1958-1959; militó en el Partido Comunista Mexicano, tanto en la clandestinidad como en el partido registrado; y formó parte de un grupo de petroleros que intervino en el movimiento estudiantil y social de 1968. En 1971, De la Torre pasó de su trabajo como obrero de la refinería al ejercicio de la escritura, como corrector de estilo, periodista, guionista de televisión y cine, traductor, entre otras labores.

Toda esta información biográfica, obtenida fundamentalmente mediante las ya mencionadas entrevistas, estará en juego como referencia en el análisis de “El vengador”, cuento elaborado en circunstancias muy particulares de la vida del escritor. La reciente muerte de su esposa, el abrupto y violento fin del movimiento de 1968, el paulatino distanciamiento de De la Torre del Partido Comunista Mexicano, así como la toma de una decisión respecto a su escritura al elegir la realidad social como tema central en su narrativa, son algunos de los acontecimientos que ocurrían cuando De la Torre escribió el cuento estudiado.

Respecto a los temas analizados en el cuento se ha empleado como marco de referencia el libro de Guillermo Bonfil Batalla *México profundo*, así como algunos textos de Aníbal Quijano para fortalecer ciertos elementos que se asoman en el cuento como crítica a la sociedad mexicana en lo que se refiere a los problemas étnico/racial y de clase. Así mismo se han tomado en cuenta las elaboraciones conceptuales de autores como Paulo Freire o el ya mencionado Pierre Bourdieu, entre otros, para realizar un análisis detallado de los elementos presentes en el cuento.

No obstante la concentración en un cuento, esta investigación también da algunas pistas sobre las posibilidades descriptivas del mundo social que ofrece en su

totalidad la narrativa de Gerardo de la Torre, ya que su escritura más representativa (cuentos y novelas) está en buena medida comprometida con la realidad social. De ahí que se dedique un capítulo de la tesis a conocer la historia de vida de este autor, pues el trabajo como obrero, así como la participación política son elementos muy importantes para comprender su insistencia en escribir una literatura arraigada a la realidad social, lejos de una lírica tendiente al intelectualismo jactancioso que persigue la objetividad en el arte.

En ese sentido, la presente tesis propone la obra de Gerardo de la Torre como una fuente bibliográfica útil para quien esté interesado en la investigación de la clase obrera en el siglo XX mexicano, y en particular a quien le interese conocer una perspectiva desde la experiencia de lo que ocurría en términos de acción política entre los trabajadores de Petróleos Mexicanos.

Aunque se considera relevante la relación entre la vida del autor y su obra, se evita caer en el simplismo de enmarcar la acción literaria en la biografía del autor. “El vengador” es en ese sentido un texto que marca un deslinde de la vida de De la Torre más claro que las novelas de la tetralogía petrolera: *Ensayo general*, *Muertes de Aurora*, *Hijos del Águila* y *Los muchachos locos de aquel verano*. Dicho deslinde entre autor y personajes, realidad y ficción, vida y obra, patente en “El vengador”, resulta útil para acercarse al cuento como un objeto de estudio más autónomo.

Cabe aclarar, por demás, que este trabajo se construye como una de las infinitas lecturas a “El vengador” y a la vida de Gerardo de la Torre. No se pretende reducir a una lectura el cuento y mucho menos acotar la vida y la obra de Gerardo de la Torre a una interpretación sociológica.

Así, la lectura de “El vengador” se desarrolla a partir de la siguiente proposición: la literatura realista de Gerardo de la Torre ofrece una mirada sobre las condiciones

sociales retratadas que enriquece el análisis social. Es decir, la literatura realista en tanto producción cultural de un sujeto ubicado en un conjunto de relaciones sociales concretas, motivado por una serie de elementos constitutivos de su ideología, así como de ambiciones y deseos propios expone ciertos aspectos de la realidad social con tal precisión que su estudio se vuelve necesario para una comprensión más amplia de la problemática social del momento histórico en que dicha literatura es creada.

## Capítulo I

### Por qué leer a De la Torre desde la sociología

#### *1. Sobre la conciencia social del sujeto y su expresión en el lenguaje*

*Es preciso destruir el muy difundido prejuicio de que la filosofía es algo sumamente difícil por ser actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales y sistemáticos. Es preciso, por tanto, demostrar, antes que nada, que todos los hombres son “filósofos”, y definir los límites y los caracteres de esta “filosofía espontánea”, propia de “todo el mundo”, esto es, de la filosofía que se halla contenida: 1) en el lenguaje mismo, que es un conjunto de nociones y conceptos determinados, y no simplemente de palabras vaciadas de contenido; 2) en el sentido común, y en el buen sentido; 3) en la religión popular y, por consiguiente, en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar que se manifiesta en lo que se llama generalmente “folklore”.*

Antonio Gramsci, “Introducción al estudio de la filosofía y el materialismo histórico”

¿Qué podría decirse desde la sociología? ¿Acaso no posee potencialmente todo miembro de la sociedad una visión sobre el grupo al que pertenece y la manera en que se dan las relaciones con otros grupos? Cualquier persona es capaz al menos de reflexionar sobre su condición social específica; si bien no cuenta con la elaboración teórico-conceptual que identifica al saber académico, sí construye una determinada concepción del mundo.

Las interpretaciones que hacen los actores sociales no especializados en el estudio de la sociedad sobre sus condiciones en ella constituyen un material sustancioso que puede aportar mucho como base para la construcción sistemática del saber social. Entonces, una labor importante de la sociología, e incluso de otras ciencias sociales

como la antropología y quizás la política, consiste en reelaborar las interpretaciones populares sobre el mundo en clave de ciencia social para poder construir una perspectiva más acabada de su objeto de estudio: la amplia gama de relaciones, estructuras y conflictos que conforma esa abstracción que llamamos sociedad.

En este trabajo se parte del supuesto de que los miembros de una sociedad son capaces de esa reflexión sobre sí mismos y sus actos en colectivo. A manera de apropiación del concepto de conciencia reflexiva de Anthony Giddens, diremos que los sujetos tienen “la aptitud de entender lo que hacen en tanto lo hacen”.<sup>1</sup> Igualmente habría en el sujeto social una conciencia discursiva que le permite “ser capaz de hacer un relato coherente de las propias actividades y de las razones que las movieron”.<sup>2</sup>

Sin embargo, la conciencia de los actos propios, la reflexión autocrítica no es algo evidente a cualquier observador y mucha de la riqueza del análisis de los individuos sobre sí mismos se esconde tras la actuación cotidiana, especialmente aquello que asoma desde el inconsciente en términos de deseos, frustraciones, expectativas. De ahí que sea difícil asir esa información y emplearla para el estudio sociológico.

En un afán similar al de Giddens de complementar la tendencia de la teoría sociológica que destaca el papel de las estructuras en la vida social y esa otra tradición que se concentra en los sujetos, Pierre Bourdieu ha señalado:

El principio de la acción histórica [...] no reside en la conciencia ni en las cosas, sino en una relación entre la historia objetivada en las cosas, bajo forma de instituciones, y la historia encarnada en los cuerpos bajo la forma de este sistema de disposiciones duraderas que yo llamo habitus. El cuerpo está en el mundo social, pero el mundo social está en el cuerpo.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad*, p. 24.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 80.

<sup>3</sup> Pierre Bourdieu, *Lección sobre la lección*, pp. 40-41.

La relevancia del cuerpo como un elemento fundamental en los estudios sociológicos, una constante en las teorías sociológicas de fines del siglo XX, significa el reconocimiento de la sociología como una disciplina humana de alta complejidad.

Es decir, para lograr una comprensión más acabada de la sociedad, el estudio de estructuras y sistemas sociales, ese enfoque de la así llamada macro sociología, no puede ignorar a la otra perspectiva, centrada en los ámbitos de interacción más inmediatos, nombrada micro sociología. En el caso de este trabajo, al tomar por sujeto-objeto de estudio a un escritor y una de sus obras en específico, se tiene que tomar en cuenta la ubicación de dicho autor dentro de una sociedad concreta en un momento histórico específico.

Al lado de esa relación entre sujeto y situación histórico-social, otro punto importante en el análisis contemporáneo de los fenómenos sociales consiste en valorar el papel del lenguaje, máxime si se trata de un estudio de literatura. El lenguaje, que para Gramsci es un espacio contenedor de nociones de una filosofía popular, en el estudio sociológico desempeña un papel muy importante como indicador de una pertenencia social.

Al hablar, nuestras palabras nos delatan. El capital cultural se manifiesta a través del capital lingüístico, en cada conversación que entablamos afloran los signos que identifican nuestro origen social, nuestra educación.<sup>4</sup> Somos lo que decimos en la medida en que el lenguaje en tanto instrumento de comunicación se genera de manera colectiva. Hablamos a partir de nuestras referencias del mundo en que hemos vivido, nuestro lenguaje es el que se ha construido a partir del universo significativo en el que se ha desarrollado nuestra vida. Ludwig Wittgenstein sintetizó esta idea en una frase: “Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo”.<sup>5</sup> Y es el lenguaje, en

---

<sup>4</sup> Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, p. 28.

<sup>5</sup> Ludwig Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus*, p. 143.

consecuencia, uno de los terrenos de la comunicación donde mejor se expresan los conflictos del poder, de clase, de distinción racial, de idiosincrasia, etcétera.

Bourdieu ahonda en el tema del lenguaje como indicador de pertenencia social:

En una sociedad diferenciada, los nombres llamados comunes, trabajo, familia, madre, amor, reciben en realidad diferentes significaciones, significaciones incluso antagónicas, debido a que los miembros de la misma «comunidad lingüística» utilizan, mejor o peor, la misma lengua y no varias lenguas diferentes –la unificación del mercado lingüístico es así causa de que cada vez haya más significaciones para los mismos signos.<sup>6</sup>

Más adelante en ese libro, el autor da un ejemplo de cómo las palabras no pueden ser interpretadas bajo una idea de neutralidad: “cuando se pronuncia la palabra campesino ante alguien que acaba de abandonar el campo, nunca se sabe cómo esa persona va a tomarlo.”<sup>7</sup>

Diríamos por lo tanto que no existen palabras inocentes. Se habla siempre con una intencionalidad, aunque ésta pueda ser hasta cierto punto inconsciente; el sujeto enuncia su discurso como un acto volitivo. Y el sujeto que enuncia proviene de un ámbito social específico, el sujeto es en tanto que se forma socialmente. De modo que al hablar no lo hace únicamente por un sí mismo, habla por su historia familiar, su escuela, su círculo social; en síntesis habla desde un lugar concreto en el espacio social.

¿Cómo cristaliza el imaginario colectivo en el pensamiento y la acción de un individuo? Y más específicamente, ¿cómo dar cuenta de ello? Sugerir que esta investigación resuelva la pregunta sería ingenuo y pretencioso; sin embargo, existe la posibilidad de estudiar cómo se manifiesta el imaginario colectivo en la escritura de un individuo. Así, se presenta la experiencia específica de alguien que decidió dedicarse a la escritura y exponer mediante ella una visión del mundo. Más específicamente, este

---

<sup>6</sup> Bourdieu, *op. cit.*, p. 14.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 15.

trabajo propone una lectura sociológica de un cuento literario, destacando la enunciación de la sustancia procedente del mundo social tratando de explotar al máximo la perspectiva sobre dicho mundo plasmada en la narración por el autor, Gerardo de la Torre. El objetivo principal del trabajo es entonces codificar el cuento en términos sociológicos, analizando en detalle el texto y proponiendo una interpretación.

En la elaboración narrativa de De la Torre confluyen una serie de situaciones que atravesaron su vida o bien que vivió de cerca, así como muchas reflexiones sobre tales sucesos, pues este escritor ha creído en la posibilidad de plasmar en la literatura su experiencia de vida: sus conflictos, sus debates, sus ambiciones y sus tribulaciones. Así, el ejercicio literario de Gerardo de la Torre es muy rico en la descripción de circunstancias vividas por la clase obrera, y específicamente de ciertos grupos políticos dentro de ésta, aunque también de las clases medias y de grupos de intelectuales, así como en la representación de los anhelos y frustraciones colectivos de dichos grupos.

En materia de lenguaje, la narrativa de De la Torre se propone recrear el uso de ciertos vocablos y de ciertas formas de elaborar enunciados con el afán de mostrar un retrato fiel de la realidad. Mediante esta ambición de reconstruir el mundo social, la narrativa delatorriana se convierte en una ventana a la realidad social, lo cual permite colgar un puente entre la literatura y el quehacer sociológico. En esa narrativa podemos hallar los elementos del lenguaje y el sentido común a los que apelaba Gramsci en el epígrafe de este capítulo.

Ahora, ¿De la Torre ha hecho sociología? No, no estrictamente, pues ante todo los objetivos del literato son muy distintos a los del sociólogo; el escritor realista muestra, describe en detalle y conmueve, donde el sociólogo analiza, critica y teoriza. Sin embargo, los textos delatorrianos pueden apreciarse como recursos para el análisis

sociológico, pues los pasajes de sus novelas y cuentos están poblados de referencias a hechos históricos y relatos sobre las circunstancias vividas por ciertos grupos.

Si partimos de que muchos de los escritos de De la Torre están elaborados cerca de su biografía, es necesario conocer las circunstancias sociales que le permitieron constituirse en un observador singular de su entorno. Esto implica estudiar su obra dentro de un panorama histórico, en el que se basa un trabajo tanto descriptivo como analítico, que permitirá construir un conocimiento.

La literatura ha sido referencia para muchos investigadores sociales, quizás no como fuente primaria, pero en todo caso como documento que aunado a los datos extraídos de archivos históricos, entrevistas, encuestas y demás recursos metodológicos, ayuda a conformar una visión de un fenómeno o hecho social histórico determinado. Lo cual no debe significar que la lectura sociológica que se propone aquí, ni la intención que la respalda, planteen la reducción de la literatura a documento auxiliar de la tarea sociológica. Por el contrario, este trabajo parte de la existencia de la literatura como una creación infinitamente rica a la cual se le toma por objeto de estudio para producir una nueva reflexión.

En esta investigación se parte del interés de rescatar el trabajo literario como una de esas fuentes secundarias, en tanto que no son información directa de tal o cual circunstancia social, pero que enriquecen el bagaje sobre ciertas circunstancias históricas sociales como las descritas en el cuento “El vengador” y que serán puestas en relieve en este trabajo.

## *2. De la Torre y su escritura social*

La obra literaria de Gerardo de la Torre es particularmente útil como material de referencia en la labor investigativa del sociólogo respecto al tema de los trabajadores petroleros en la segunda mitad del siglo XX mexicano, que implica el proceso de corrupción del sindicato petrolero. Debido a los intereses particulares de quien esto escribe y de las proporciones de la investigación, el análisis se concentra en un cuento; sin embargo, la novelística y cuentística de De la Torre poseen vastas referencias a la realidad social, más allá del mundo del petróleo.

Desde luego que la perspectiva social ofrecida en la narrativa de De la Torre está construida desde la subjetividad, sí a partir de la interpretación de ciertos autores, pero también a partir de la experiencia política y de la cotidiana convivencia social de ese muchacho que militaba en el Partido Comunista, jugaba béisbol y de quien se reían los compañeros petroleros porque andaba con su “librito” de aquí para allá en las plantas de la Refinería de Azcapotzalco.

Ahora bien, ¿qué es la literatura para Gerardo de la Torre? Ésta es una pregunta tan interesante como difícil de responder. Finalmente, ahí están más de diez volúmenes de narrativa, que de alguna manera son la respuesta de De la Torre a un cúmulo de preguntas que él se ha hecho al respecto. Pues, concuerdo con Paulo Freire cuando dice: “Los libros en verdad reflejan el enfrentamiento de sus autores con el mundo. Expresan ese enfrentamiento. Y aun cuando los autores huyan de la realidad concreta estarán expresando su manera deformada de enfrentarla”.<sup>8</sup>

Se puede observar una tendencia en las narraciones de Gerardo de la Torre; tanto la propuesta de escritura de Ernest Hemingway, que De la Torre llama “realismo crudo”, así como cierta filosofía de vida de ese autor estadounidense penetran el mundo

---

<sup>8</sup> Paulo Freire, “Consideraciones en torno al acto de estudiar”, en: *La importancia de leer y el proceso de liberación*, p. 51.

narrativo delatorriano. En la novela *Ensayo general* esto se hace explícito en voz del narrador:

¿Leíste alguna vez a Hemingway? Adoro a ese viejo. Insistió en que la vida debe ser una lucha constante. Suena cursi y corriente, ¿verdad? Puede sonar de cualquier manera, lo importante es que casi nadie lucha de verdad.<sup>9</sup>

Esa perspectiva de la lucha se contagia en las distintas actividades de la vida del autor de “El vengador”, entre ellas por supuesto la escritura. “No hay página de Gerardo de la Torre que sea feliz”<sup>10</sup>, dice el crítico literario Alberto Arriaga. Y en efecto, ni en *Ensayo general*, ni en *Muertes de Aurora*, ni en *Los muchachos locos de aquel verano* hay héroes. Los personajes son seres complejos, de quienes conocemos tanto sus ideales más puros como sus debilidades y, muy especialmente, sus luchas. No sólo las luchas internas de personalidad (lucha contra los prejuicios, lucha contra el alcohol, lucha contra el fracaso), sino la asunción de un rol en las luchas sociales (lucha contra la apatía política, lucha por la justicia, lucha por la libre expresión y la libre organización, lucha por una democracia verdadera).

En ese sentido, puede afirmarse que en la medida en la que los personajes delatorrianos no tienen finales felices, sino por el contrario miran sus vidas como “tragedias llenas de alegría”, De la Torre es un autor inconforme. Si los personajes, trabajadores industriales, de sus primeras novelas habrían de protestar ante las autoridades “hasta por el vuelo de una mosca”, los personajes de las novelas posteriores se inconforman ante cierta desilusión del género humano.

El autor de estas obras tampoco presenta una clase obrera idealizada, sus personajes muestran sus contradicciones y en ello puede resaltarse la cercanía con José

---

<sup>9</sup> Gerardo de la Torre, *Ensayo general*, p. 220.

<sup>10</sup> Alberto Arriaga, Prólogo a *Muertes de Aurora*, p. 7.

Revueltas, ese otro autor interesado en el retrato de la clase obrera y de una clara influencia en la obra de De la Torre.

En el cuento “El vengador” podemos hallar el afán de retratar ciertas costumbres y perspectivas del mundo de un minúsculo grupo de amigos, pertenecientes todos a la clase obrera, particularmente las expectativas en la vida. Se podrá apreciar por otra parte, el interés político en presentar una visión sobre el mundo obrero en un momento histórico concreto.

Y por supuesto que cabe hacer una lectura de la ficción delatorriana como parte de su acción política. Desde su educación, que ocurre de forma autodidacta, en buena medida lúdica y entusiasta, De la Torre asume una posición crítica y combativa frente al mundo. El adolescente De la Torre no acude a la escuela para ser educado, cuestiona los libros para aprender de ellos, desprecia los exámenes que invitan a la memorización y en cambio estimula su memoria, juega con el álgebra y la química, reta su imaginación. Hace del aprendizaje, en fin, una ocasión para el disfrute, así como le ocurre con la lectura en general.

¿Qué condiciones sociales permitieron a Gerardo de la Torre elaborar literatura? En este trabajo es importante ubicar el bagaje cultural del individuo, de aquello que podría considerarse su historia intelectual, dar cuenta de las distintas conexiones que tiene el pensamiento para enfocarlo a un solo sujeto. Esta pregunta intenta ser respondida en el Capítulo II, dedicado a un recuento de la formación de De la Torre, acompañado de una revisión de las circunstancias históricas que enmarcan su vida y que se reflejan en su escritura. En dicho capítulo de la investigación se podrá apreciar la formación autodidacta de De la Torre, su singular alejamiento de las aulas y su aferramiento a los libros.

Lector, obrero y posteriormente escritor, Gerardo de la Torre siempre fue muy consciente de la distinción entre él y el resto de sus compañeros de trabajo en la refinera, lo cual se refleja en sus escritos. Como se verá más adelante, el protagonista de “El vengador”, obrero consciente de sus condiciones y que no le encuentra sentido a su trabajo, está decidido a actuar políticamente, asume su posición en el mundo y en consecuencia quiere actuar para transformar una realidad (aun cuando se decide por un camino equivocado, según se verá).

Aunque aquí se hablará de la relación entre la vida de este autor y su obra, no se pretenderá igualarlas. Se prefiere rescatar de modo más general la presencia de lo social y específicamente la presencia del mundo de los obreros petroleros en su obra, que de hecho es una constante en casi todas sus novelas y en algunos de sus cuentos. Valga mencionar que en ocasiones, tratándose de cuentos como “Únete pueblo agachón” o una novela como *Muertes de Aurora*, el mismo Gerardo de la Torre los ha referido como escritos en los que se hallan sus experiencias de vida y que se pueden consultar en tanto documentos que registran un hecho histórico, o una anécdota.

De la Torre es comprendido en esta investigación como un sujeto particularmente reflexivo, dotado de un capital cultural singular que le ha facilitado la posibilidad de construir su obra narrativa, lo cual implica un abanico de subjetividad que en este caso es útil para el análisis sociológico. Si en una obra literaria están presentes (aun de manera latente) las intenciones políticas de un autor y su visión singular sobre la realidad social en que vive, también están presentes los elementos que se filtran de manera inconsciente en el trabajo literario. El autor escribe desde lo que piensa, cree y juzga pero no necesariamente puede controlar en su totalidad aquello que surja en el momento de escribir desde el inconsciente. Una vez publicado un texto, éste es independiente de su autor y el lector tiene la libertad de interpretar desde su propia

subjetividad y sus criterios de análisis lo leído. ¿El texto será leído como el autor pretendía? ¿Pasará su mensaje como él lo deseaba?

A fin de cuentas, lo que se puede apreciar en una lectura literaria es cierta presencia, o en su defecto ausencia, de honestidad del autor en mostrar una realidad. Me parece que el autor literario, antes que intentar convencer al lector sobre cierto punto de vista político, moral o ético, tiene una convicción de mostrar las cosas con verosimilitud. Más adelante, en el Capítulo III se tratará más a fondo esta cuestión. Aquí valga sólo apuntar la importancia que puede tener en la literatura el valor de esa convicción literaria que podríamos llamar el compromiso del autor con sus lectores.

En este trabajo se expone una interpretación del cuento “El vengador” entre las múltiples posibles. Se trata de una lectura desde la sociología en la que se intenta valorar el trabajo de observación del escritor plasmada tanto en la descripción de las situaciones que viven sus personajes, como en las reflexiones que éstos hacen sobre sus condiciones de vida. El análisis del cuento se convierte de esta manera en la ocasión para explorar un panorama del mundo social elaborado por un autor literario. Se trata, en consecuencia, de una valoración de la capacidad de un sujeto social de reflexionar sobre su lugar en el mundo social e incluso sobre sus posibilidades de acción en éste.

## Capítulo II

### Gerardo de la Torre: su historia y su escritura

#### *Advertencia*

En este capítulo se esboza el espacio social e histórico en el cual ha vivido De la Torre, con el propósito de comprender en medio de qué condiciones surgió la posibilidad de que el sujeto estudiado se dedicara a la escritura. Dado el caso de que en este autor la elección de los temas de escritura está en relación estrecha con sus experiencias de vida, el capítulo reúne reflexiones de Gerardo de la Torre sobre su vida y refiere algunos acontecimientos de la historia social de México e incluso de otros países, cuyos efectos trascienden en la vida y la obra del escritor. Así mismo, se comentan algunos enfoques y temas de los principales libros de Gerardo de la Torre y se exponen reflexiones sobre éstos que han incidido en la lectura de “El vengador”.

Las fuentes consultadas respecto de la historia mundial y nacional están referidas en la bibliografía al final del trabajo; la información sobre la vida de Gerardo de la Torre se ha obtenido mediante entrevistas realizadas durante los años 2006 y 2007, y una última en febrero de 2008 para tratar los temas referentes a “El vengador”. Las selecciones de dichas entrevistas están citadas en *cursivas* y sólo llevan sangría del lado izquierdo para distinguirlas de las citas de libros; ya que algunas de sus novelas y particularmente el libro de carácter autobiográfico *De cuerpo entero*, en el que De la Torre toma a su hijo José Gerardo como el interlocutor a quien comparte esas notas sobre lo vivido, se emplean para ahondar en la propia visión de De la Torre sobre su historia de vida.

Por otra parte, cuando comuniqué a De la Torre mi interés por hacer una investigación sobre su trayectoria como escritor, además de ponerse a disposición para

las entrevistas él mismo me informó que en una carpeta digital de su computadora acumulaba fragmentos de relatos autobiográficos. Al poco tiempo me facilitó una copia de dichos escritos. Se trata de material que busca acomodo en su obra narrativa o, aventuro, notas para unas memorias o quizás simple necesidad del escritor de poner en signos gráficos ciertas vivencias.

La carpeta digital titulada *Contra reloj* ha sido de mucha utilidad para la investigación; siendo rica en anécdotas, conjunta experiencias relatadas desde una perspectiva distinta al tono de las novelas y cuentos, así como de la conversación cotidiana con su autor. Algunos escritos de *Contra reloj*, como veremos más adelante, están narrados en tercera persona, que a veces es interpelada por una voz en segunda o en primera personas. En algunos casos De la Torre se autonombra Emilio Ge, es decir una abreviación de Emilio Gerardo, y en otros casos se llama a sí mismo GT (abreviación de Gerardo de la Torre). Y de ese modo el escritor recrea un juego de espejos entre personajes y autor, un recurso frecuentado también en sus novelas, por cierto.

¿Por qué se llama dicha carpeta *Contra reloj*? El primer documento que encontramos en ella se titula así y es una reflexión sobre el paso del tiempo y la inexorable llegada a la muerte. En un momento, dice el autor:

Una vez que el hombre alcanza los sesenta años y desde esa eminencia en el más o menos llano territorio de la vida divisa el oscuro túnel que conduce a la nada, comienza a repudiar su futuro, interrumpe los vínculos con el porvenir (ya no haces planes, Emilio Ge, rechazas toda posibilidad de proyectar; y sin embargo el futuro se te viene encima).

Vivo por eso sujeto al pasado, inmerso en el presente, terco en la vana negación del futuro. Asido a la certeza única de continuar meneándome hasta que pite el gran árbitro.

La única forma de ganar tiempo al tiempo, reconozco, es someterse a él, vivir a su paso.<sup>11</sup>

Dicha sujeción al pasado que menciona De la Torre se materializa en la escritura de anécdotas chuscas, nostálgicas y reflexivas, reunidas en esa carpeta electrónica, de las cuales se han seleccionado algunos fragmentos para nutrir esta investigación.

---

<sup>11</sup>Gerardo de la Torre, documento “Contra reloj”, carpeta electrónica *Contra reloj*.

## 1. El amor a los libros

### 1.1 Bajo el ala del Águila

En 1934, dentro de las instalaciones de la compañía petrolera inglesa El Águila, la primera refinería establecida en la República Mexicana (1906) en Minatitlán, Veracruz, estalló una huelga de trabajadores que demandaban mejores condiciones de trabajo, prestaciones económicas, nivelación de salarios, jubilaciones, etcétera. Luego de una negociación con la empresa “se logra la unificación de sus miembros y se da pie para el establecimiento de un contrato colectivo de trabajo”.<sup>12</sup> La lucha laboral continuó para lograr la unidad nacional de los obreros de la industria petrolera con la puesta en marcha del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana en 1935.

Los trabajadores petroleros se sumaron después a la Confederación de Trabajadores de México, la fuerza política proletaria que a su vez se asociaría en 1936 al que pronto sería nombrado Partido de la Revolución Mexicana (PRM). En ese momento se consolidaba el sistema político mexicano del siglo XX mediante una estrategia de unificación de los sectores económicos impulsada por el Presidente de la República, Lázaro Cárdenas.

Conforme avanzaba el sexenio la repartición agraria avanzaba en la constitución de ejidos en distintas partes del país y la educación socialista planteada en el Artículo 3 de la Constitución se concretaba en la creación de escuelas rurales y urbanas. No obstante, las inconformidades laborales persistían en varios de los centros petroleros del país.

Para darnos una idea del ambiente social de la época, veamos cómo recrea Gerardo de la Torre la efervescencia de un nuevo conflicto entre los trabajadores y las

---

<sup>12</sup> José Rivera Castro, “Periodización del sindicalismo petrolero”, en: Javier Aguilar, *Los sindicatos nacionales en el México contemporáneo. Petroleros*, p. 18.

compañías petroleras en la novela *Hijos del Águila* (1988). En esta obra, el personaje Víctor, uno de los trabajadores que participan en el movimiento de 1936, que pedía mejores condiciones de trabajo y otros derechos sociales, argumenta a favor de un paro de labores que comenzaría esa noche precisa en el relato:

–Las empresas dicen que no hay sindicato [...] Dicen que el sindicato lo manejan unos cuantos pistoleros. Tenemos que demostrarles que los trabajadores estamos unidos, que sí queremos un sindicato nacional, que sí queremos un contrato colectivo que imponga iguales condiciones de trabajo aquí [en Minatitlán] y en Nanchital, en Ébano, en Ciudad Madero. Si no ahora, ¿cuándo vamos a demostrarlo, Esmaragdo?<sup>13</sup>

Más adelante en la novela el mismo personaje le advierte a otro huelguista temeroso de represalias:

–Hay que recordar, compañero, que ahora el presidente es Cárdenas. Hay que recordar que hace unos dos años, cuando el general andaba en campaña, vino aquí a Minatitlán, nos juntó a los petroleros que en esa época andábamos de pleito todos contra todos y nos aconsejó que en vez de estar peleando por tonterías debíamos unirnos para hacer valer nuestros derechos. Ahora vamos a ver de qué madera es el general. Si es de la buena, seguro que nos va a respetar. Y si es de la mala, pues se va a tener que chingar el general.<sup>14</sup>

La huelga general de los trabajadores petroleros comenzaría finalmente en mayo de 1937 y concluiría en junio por intervención del Presidente Cárdenas. El conflicto tuvo por resultado un fallo de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje de la República a favor de los trabajadores. Las compañías, inconformes con el fallo, llevaron el caso a la Suprema

---

<sup>13</sup>Gerardo de la Torre, *Hijos del Águila*, p. 36.

<sup>14</sup>*Ibíd.*, p. 38.

Corte de Justicia, la cual ratificó dicho fallo. No obstante, las compañías desconocieron la autoridad suprema judicial.<sup>15</sup>

En 1938 había una constante actividad política en varias zonas petroleras y se rumoreaba ya la posibilidad de la expropiación de la industria petrolera en su totalidad. Minatitlán, por supuesto, no era la excepción. Por esos motivos, Alicia Morales, secretaria de formación originaria de Oaxaca, quien cumpliría pronto nueve meses de embarazo viajó a casa de sus padres para dar a luz, procurando evitar algún riesgo con el hijo que esperaba. Francisco de la Torre, su esposo, trabajaba como taquígrafo en las oficinas de El Águila y permaneció en Minatitlán a la expectativa de los cambios políticos.

De modo que nació Emilio Gerardo de la Torre Morales en la casa familiar materna en el centro de la ciudad de Oaxaca de Juárez el 15 de marzo de 1938, tres días antes que el Presidente Lázaro Cárdenas anunciara la nacionalización del petróleo.

Una vez transcurridas las labores de parto, la recuperación de doña Alicia y cuando existía una estabilidad respecto a la cuestión petrolera, los De la Torre se instalaron en una casa dentro de los terrenos de la refinería de Minatitlán.

### *1.2 En otras latitudes*

Al tiempo que México vivía ese periodo de transformación social, en otras coordenadas del mundo ocurrían eventos que tuvieron repercusión en la historia de nuestro país y que más adelante se irá viendo cómo también repercutieron de forma específica en la vida de Gerardo de la Torre.

En Europa el avance militar de Alemania alertaba a las otras potencias; el día 12 de marzo de 1938 el ejército de Hitler había entrado a Austria con la consigna de

---

<sup>15</sup> Ángel Miranda Basurto, *La evolución de México*, p. 349.

recuperar territorio para el Tercer Reich, expulsando a judíos y oponentes políticos de los puestos universitarios, construyendo campos de concentración y asesinando a cerca de 67 000 personas.<sup>16</sup> En España ocurrían intensas batallas de la guerra civil donde los republicanos, apoyados por Rusia, comenzaban a perder terreno en el Norte contra los nacionales, apoyados por Italia y Alemania.

En Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt entró a su segundo periodo como presidente luego de ganar las elecciones en 1937 y dio continuidad a su política de recuperación (*New Deal*), generando empleos y fomentando el consumo para salvar a su país de los estragos de la Gran Depresión (que comenzó en 1929) y con ello se recuperaba también la esperanza en el sistema capitalista. Se consolidaba así mismo el Estado de Bienestar estadounidense. Mientras tanto, William Faulkner terminaba de escribir *Los invictos* y Ernest Hemingway vivía uno de los periodos más intensos de su vida como escritor de cuentos.

Al fin de la Guerra Civil Española en 1939 –preludio del enfrentamiento entre las grandes potencias europeas en la llamada Segunda Guerra Mundial (1939-1945)– y prácticamente hasta el final de la dictadura franquista miles de republicanos españoles llegaron a México y se distribuyeron en distintas ciudades del país. Entre ellos había estudiosos y artistas que fundaron o renovaron una tradición intelectual que transformaría el desarrollo cultural del siglo XX mexicano. Algunas décadas más tarde, la editorial Joaquín Mortiz del exiliado Joaquín Diez-Canedo publicaría tres libros de Gerardo de la Torre.

---

<sup>16</sup> Ver: Carl Grimberg, *El siglo XX*, p. 247.

### *1.3 Entre libros y árboles de mango*

De su vida dentro de la refinería de Minatitlán, en aquellos primeros años de la expropiación, Gerardo de la Torre evocó en una entrevista en 2006: “Mi padre era jefe de personal. Me acuerdo de que vivíamos muy cerca de los tanques de almacenamiento, que había enormes árboles de mango y que ahí aprendí a jugar béisbol”.

Nacieron todavía dos hermanos varones en Oaxaca, luego una hermana nació ya en Minatitlán. A sus siete años, Gerardo había cursado el primer grado de primaria en la escuela Artículo 123, en terrenos de la refinería. Al respecto, comenta en un texto que aborda el tema de la lectura:

Entré a esa escuela, por cierto, sabiendo ya leer porque a los cinco años me veía mi madre, según decía, tantas ganas de leer porque leía yo falsamente los periódicos que decidió enseñarme; compró unos cubitos de madera con letras en altorrelieve, con los cuales, en vez de construir castillos o fortificaciones, construía palabras y en un dos por tres aprendí a leer.<sup>17</sup>

En entrevista, De la Torre bromea...

*A los seis años recibí de regalo libros no sólo de ilustración, sino libros con textos más o menos amplios. [...] A escribir en realidad no he aprendido hasta la fecha, por eso sufro tanto.*

En la familia Morales había una tradición educativa. El abuelo de Gerardo era un sastre que había abandonado la casa y su nieto lo conoció ya viejo y enfermo en un “departamentucho” del centro de la Ciudad de México. La abuela tenía una casa de huéspedes que le permitió dar educación a sus seis vástagos: la madre de Gerardo y otra

---

<sup>17</sup> Gerardo de la Torre, “De acuerdo, Julio” en: AA.VV., *Libro arbitrio*, p. 257.

hermana eran secretarias, dos eran maestras, había una educadora y el hijo menor era también profesor. De la Torre afirma en entrevista:

*En general todos leíamos, mi madre era muy aficionada a las novelas breves, esas novelas condensadas, digamos, de Selecciones. Y entonces todos mis hermanos leímos ahí a autores como Pearl S. Buck, John Steinbeck, pero quiero decir, los leímos siendo niños. Yo a los catorce, quince años comencé a leer en serio.*

Don Francisco de la Torre, por otro lado, fue educado por un padrino sacerdote luego de quedar huérfano de padre. Gracias a ese cura aprendió a leer y después obtuvo la formación como taquígrafo, además se desempeñaba bien en el inglés. Gerardo recuerda que tocaba el violín y tenía el hábito de recitarles de memoria buena parte del primer capítulo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

#### *1.4 México durante la guerra*

La explosión de los conflictos entre las naciones europeas, cuyo comienzo se ubica con la invasión de Hitler a Polonia el 1 de septiembre de 1939, significó importantes transformaciones económicas en América; los yacimientos petrolíferos de México se convirtieron en fuente importante de combustible para el ejército de Estados Unidos y otros países aliados. Además, una serie de productos de consumo básico que escaseaban en Estados Unidos debido a la prioridad del Estado en producir material bélico, fueron provistos por empresas mexicanas.

Durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) se procuró una política de unidad nacional que aminorara los enfrentamientos entre la burguesía nacional y el proletariado. Así, la educación socialista había cedido el paso a la *Educación para el amor*,

con Jaime Torres Bodet al mando de la Secretaría de Educación Pública (SEP); se habían apaciguado los grupos sinarquistas en el Bajío, últimos espacios de la lucha religiosa después de la Guerra Cristera, para lo cual influyó el hecho de que el presidente reconociera públicamente su culto católico –algo inédito en la era posrevolucionaria–. Por otra parte, en 1943 habían surgido el Instituto Mexicano del Seguro Social y el programa Bracero, que pretendía suplir temporalmente la falta de fuerza de trabajo en las fábricas estadounidenses. Ese año había nacido también el volcán Parícutín en el estado de Michoacán, significando el éxodo de varios pueblos, lo cual contribuyó a una oleada migratoria de michoacanos a Estados Unidos, que comenzó con el programa Bracero.

En 1945, cuando terminaba la guerra, el presidente Ávila Camacho tenía que empezar a proponer candidatos a la sucesión del mandato. También en 1945 se firmó un pacto obrero-patronal entre la CTM y la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (Canacintra) con la idea de que el Estado apoyara a los empresarios nacionalistas mediante “subsidios, estímulos fiscales y proteccionismo”<sup>18</sup>. De este modo se fortalecía la pretensión de Ávila Camacho de lograr que prevaleciera el nacionalismo antes que cualquier lucha, de clase o religiosa, al interior del país.

Con la idea de mantener la estabilidad social, durante esta época se tomaron distintas decisiones respecto del control de la CTM y la clase obrera en general. Para 1946 “se retiró a las asociaciones gremiales la capacidad de escoger por sí mismas a sus candidatos, funciones que asumieron los órganos directivos del partido”<sup>19</sup> oficial.

Y por otra parte, como sostiene Lorenzo Meyer:

---

<sup>18</sup> Teresa Aguirre y José Leyva, “El cachorro de la revolución”, en: Ilán Semo, comp., *El ocaso de los mitos (1958-1968)*, p. 84.

<sup>19</sup> Arturo Garmendía, “Los obreros sin cabeza” en: Enrique Semo, coord., *Nueva burguesía (1938-1957)*, p.136.

el régimen no sólo abandonó la retórica socialista de la administración anterior, sino que comprometió aún más sus recursos en la construcción de una infraestructura que facilitara la tarea de la empresa privada, y su política fiscal favoreció definitivamente al capital sobre el trabajo.<sup>20</sup>

### *1.5 Del trópico a la capital*

Hacia 1945 don Francisco de la Torre había conseguido en Petróleos Mexicanos que lo trasladaran a la Refinería de Azcapotzalco en la Ciudad de México y la familia emigró de Minatitlán. Gerardo continuó su educación formal primero en una escuela privada en el centro de la ciudad...

*Creo que era un colegio mixto de maestros del exilio republicano y maestros mexicanos, supongo que no era confesional, el Colegio Cervantes.*

*Y ya quinto y sexto los hice en otra escuela en la colonia Postal, vespertina. Me iba yo a pie, cosa que ahora no hace nadie, caminaba una media hora y tenía yo diez años. En la escuela vespertina 652 todo iba bien, era yo el alumno más brillante y distinguido de la escuela, era el que sacaba las más altas calificaciones.*

Con cierta vaguedad De la Torre recuerda algunos detalles de esas escuelas y particularmente la disciplina corporal:

*Eran escuelas comunes y corrientes. Iba uno y leía y aprendía y le daban reglazos en las manos cuando hacía mal las cosas. Todavía había aquello de los castigos corporales y váyase al rincón y las orejas de burro, pero sobre todo me acuerdo de los reglazos en la mano. Yo no tuve mayor problema, yo era de los niños súper aplicados.*

---

<sup>20</sup> Lorenzo Meyer, “La encrucijada” en: *Historia general de México*, p. 1278.

A esto se agregaba la continuidad del hábito de la lectura. Cerca de la casa donde vivía la familia recién llegada al Distrito Federal, en el centro, estaba la Biblioteca Benjamín Franklin de la Embajada de Estados Unidos donde había préstamos a domicilio. “Y ahí me leí todo Salgari y todo Julio Verne”, recuerda De la Torre.

Pero al concluir la primaria las cosas cambiaron...

### *1.6 El México de las “instituciones”*

El país al principio de la década del cincuenta vivía ya una etapa de industrialización importante. Los gobiernos de Miguel Alemán (1946-1952) y Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958) favorecieron el desarrollo de la empresa privada. Así mismo, en esos sexenios se redujeron las cooperativas de trabajadores; además, la inversión extranjera, principalmente estadounidense, iba en aumento.

El fenómeno de la corrupción al interior de la mayor parte de los sindicatos nacionales tomaba fuerza y los principales líderes sindicales se iban comprometiendo más con el gobierno antes que con las bases. Sin embargo, la corrupción de los líderes sindicales realmente fue una parte de la estrategia del gobierno para controlar a la clase obrera. A la par de esa situación, los obreros ferrocarrileros y los petroleros vivieron la experiencia de la mano dura, “tendiente a suprimir cualquier asomo de disidencia.”<sup>21</sup>

A lo largo del sexenio de Alemán, hubo una continua represión violenta de huelgas de trabajadores en todo el país. A partir de que Jesús Díaz de León, trabajador ferrocarrilero y aficionado al jaripeo, fue impuesto por el gobierno como líder de su sindicato en 1948 se habló del fenómeno asociativo de los dirigentes obreros y el aparato patronal y de gobierno como charrismo sindical.

---

<sup>21</sup> Arturo Garmendia, “Los obreros sin cabeza” en: Enrique Semo, coord., *Nueva burguesía (1938-1957)*, p.137.

La llegada al poder de este dirigente cumplió la misión del gobierno de mantener a la fuerza la unidad dentro del sindicato ferrocarrilero de manera poco transparente. El charro Díaz de León denunció a Valentín Campa (de filiación comunista) y Luis Gómez Z. de un supuesto desfalco durante la gestión anterior del sindicato, que ellos presidían. Los inculpados fueron apresados y posteriormente el charro fue suspendido de su cargo por el sindicato, pero al día siguiente este siniestro personaje, acompañado de cerca de cien policías vestidos de civiles, tomó por asalto el local del sindicato. Las cuatro secciones del sindicato en el Distrito Federal fueron tomadas después por el Estado Mayor Presidencial.

Tras una serie de trampas jurídicas y juegos sucios, los dos dirigentes ferroviarios permanecieron en prisión hasta que Gómez Z. negoció su libertad con el régimen y Valentín Campa huyó de la cárcel. Pero un año más tarde Campa fue capturado de nuevo, acusado además de ser el responsable de un accidente ferroviario.

De ahí en adelante, como sostiene Arturo Garmendia, “tomado por la fuerza el principal baluarte del movimiento obrero independiente, encarcelado uno de sus principales dirigentes, la represión oficial prosiguió incontenible.”<sup>22</sup> El sindicato petrolero no fue la excepción en esa avanzada, ese mismo año de 1948, una vez que los agremiados quisieron impedir la imposición antidemocrática del dirigente gobiernista Gustavo Roldán Vargas, intervino la policía para lograr que se efectuara el charrazo.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 142.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 144.

Justo cuando el país tenía por primera vez a un Presidente de la República que no era militar, la clase gobernante empleaba al ejército como brazo armado a su conveniencia. Esa era la factura de un gobierno “revolucionario” que se hacía “institucional”.

Respecto de los problemas de desarrollo económico que enfrentaba el país a mediados de siglo podemos mencionar algunos que señala Guillermo Bonfil Batalla:

estancamiento tecnológico progresivo y escasa capacidad de competencia de los productos mexicanos en el mercado internacional, por una política de protección del mercado interno que asegura márgenes generosísimos de ganancia con poco esfuerzo y menos calidad; concentración de la industria en un puñado de ciudades que crecen tan anárquica como arbitrariamente; un férreo control de las demandas obreras [...] Para decirlo en pocas palabras: la expansión de un capitalismo salvaje, depredador, sin proyecto alguno a largo plazo, apoyado en mil formas por el sector público en el marco de la llamada economía mixta.<sup>24</sup>

La ciudad de México vivía, pues, la recepción de una oleada migratoria de distintas regiones del país que junto con la entrada de productos extranjeros transformaba la vida de la capital. Los automóviles, la ropa, la música, el baile, las bebidas se aproximaban cada día más desde el norte. La clase media se estaría acercando a los paradigmas que perfilaban la nueva forma de vida en la ciudad.

Sin embargo, los barrios obreros crecían sin una planeación urbana, como se citaba arriba en Bonfil Batalla. Quizá valga la pena recordar aquí, que precisamente en 1950 se exhibe la película *Los olvidados* de Luis Buñuel (otro español exiliado); una cinta en la cual la Secretaría de Gobernación pidió que se le cambiara el final por uno menos trágico. El reconocimiento vino del extranjero dado que algunos miembros de la sociedad mexicana no podían aceptar ese tipo de cine que reflejaba esa realidad cruda entre los pobres de México.

---

<sup>24</sup> Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo*, p.177.

Aquello que el discurso oficial del Estado llamaba progreso era algo que en realidad estaba lejano de alcanzar a la mayor parte de la población. En este país, los niños de la calle ya pululaban y sufrían hambres, fríos, extorsiones y todo aquello que se podría considerar que habría que esconder.

En 1953 aparecería, por otra parte, *El llano en llamas* de Juan Rulfo, un libro en el que también se deja ver una crítica al gobierno pero en el aspecto rural. Los personajes de “Nos han dado la tierra”, por ejemplo, se han de conformar con la dádiva de un terreno seco. O en el cuento “Luvina”, viven en el pueblo así nombrado niños y viejos en su mayoría, pues los jóvenes salen a trabajar y ya no vuelven a ese lugar donde sólo se escucha el silencio, el viento rasguña la tierra y se lleva los techos de las casas como si fueran sombreros de petate.

Y cuando el personaje de este cuento pregunta a los pobladores de San Juan Luvina si conocen al gobierno, uno de ellos contesta con una célebre frase sarcástica: –De la que no sabemos nada es de la madre del gobierno (paráfrasis, “Luvina”).<sup>25</sup>

### *1.7 Las lecturas en el árbol*

*Al alumno se le “escolariza” [...] para confundir enseñanza con saber, promoción al curso siguiente con educación, diploma con competencia, y fluidez con capacidad para decir algo nuevo. A su imaginación se la “escolariza” para que acepte servicio en vez de valor.*

Iván Illich, *La sociedad desescolarizada*

Paulo Freire sostuvo que en una sociedad dinámica no es posible admitir una educación que conduzca al hombre a posiciones quietistas, sino que se debe pretender una educación que

---

<sup>25</sup> Ver: Juan Rulfo, *El llano en llamas*.

lleve al sujeto a procurar la verdad en común “oyendo, preguntando, investigando”.<sup>26</sup> El estudiante, el alumno, el educando sería para este autor un verdadero sujeto capaz de procurarse el conocimiento empleando toda su capacidad creativa para descubrir el mundo. Freire criticaba una educación en la que el ser humano era visto como un mero objeto al que se le insertaban conocimientos digeridos.

Desde otro punto de vista, Iván Illich al lado de Everett Reimer llegó a la conclusión de que para la mayoría de los seres humanos la posibilidad real de acceder al conocimiento, el derecho a aprender se veía restringido por la obligatoriedad de asistir a la escuela.<sup>27</sup> El caso de la educación de Gerardo de la Torre es particularmente llamativo por su decisión a muy corta edad de abandonar la escuela. Tanto en éste como en el siguiente apartado podrá observarse cómo, en efecto, el joven De la Torre se sentía atraído por la lectura de textos literarios, así como entusiasmado por la solución de problemas matemáticos; pero al mismo tiempo era renuente a la idea de asistir a la escuela y sobre todo a practicar el método de memorización. Así recordó De la Torre en 2007 su paso por la secundaria:

*En la secundaria ya vivíamos en Narvarte. Y muy chamaco me mandaron a una escuela secundaria por cooperación, que eso era un decir, era de cuotas muy bajas. Se llamaban así porque la SEP daba un subsidio y todos los alumnos pagábamos poca lana. Nada más que, no entiendo por qué, quizá porque yo era de los más chiquitos de edad y de tamaño (yo entré de once todavía y todos los demás eran de doce, trece, catorce años) me dio por salirme. Yo creo que me atemorizó la escuela. No recuerdo nada en particular que me haya sucedido, sino más bien que eran más grandes y que no me gustaba, no hice amistades, pues, me sentí muy aislado.*

---

<sup>26</sup> Paulo Freire, *La educación como práctica de la libertad*, p. 85.

<sup>27</sup> Ver: Iván Illich, *La sociedad desescolarizada*, pp. 7-11.

*Me dio por salirme de la escuela. Es decir, iba yo a la escuela, entraba, pero había una ventana a la cual le faltaba un barrote. Y me iba a caminando a Vértiz donde había varios terrenos baldíos. En uno de esos había un árbol muy alto, un pirul si no mal recuerdo, y ahí me subía yo a leer, pero no sólo leía aquellas novelitas policíacas o cualquier otra cosilla que me gustaba en lo que se suponía que eran mis horas de clase, sino que iba yo anotando resúmenes de los libros escolares.*

*Llegó el fin de año y de pronto me decían mis papás: ¿y las calificaciones?, desde luego, mentira de chamaco: “No, dijeron que las iban a mandar por correo”. Y ahí estuvieron esperando el correo hasta que dijeron vamos a ver; resultó que estaba yo separado de la escuela, porque llegó el momento en que ya no fui.*

*Al darse cuenta de que no había ido a la escuela, al año siguiente me inscribieron a la Normal en la Calzada México-Tacuba, donde me iba a cuidar un primo que tenía yo por ahí, estudiando ya la carrera de maestro. Ahí sí me pasó algo. El primer día de clases llegué un minuto o dos minutos tarde pero ya estaban en el salón. Abrí la puerta, rechinó, todos voltearon a ver, cerré la puerta y no volví a clases.*

*Llevaba yo mis apuntes, porque compré libros de secundaria, me informé, y hacía yo unos resúmenes maravillosos, llevaba todo en orden y me fui a refugiar al internado. En esa época en la normal había internado y ahí me hice cuate de los que estaban, y me tenían incluso de mascota porque era yo aguador de los equipos de futbol americano, hasta jugaba. Ahí aprendí a tirar el balón bien, pero no fui a clase nunca. Le preguntaron a mi primo, cómo va. Y él después de informarse les dijo “pues que no está inscrito”. “¿Cómo, qué no lo inscribiste?” “Sí, pero que no se presentó.” Pero mis apuntes, a la orden, perfectos, ¿no? Entonces, ese era mi mayor engaño.*

*Y ahí sí entonces reventó el cohete y me mandaron a estudiar a Oaxaca a la Normal...*

Más allá de la anécdota, resulta llamativo el hecho de que la fuga de la escuela del joven estudiante no fuera para irse a divertir en alguna forma común de entretenimiento para un muchacho de su edad, sino precisamente para solazarse en la lectura. La imagen del joven Gerardo trepado en un árbol leyendo de matemáticas, biología, o alguna novela de aventuras podría pensarse como una idea utópica de la educación autodidacta. Por amor a la lectura, por el placer hallado en los libros el estudiante estaría abandonando el edificio y la estructura escolar decidido a aprender por su cuenta en la vida.

Como resultado de estas acciones de rebeldía ante la institución escolar, que no ante el aprendizaje, luego de esos “dos años perdidos” (1950 y 1951, tomando en cuenta que los ciclos escolares iban de enero a diciembre) Gerardo fue enviado a Oaxaca para comenzar de nuevo la secundaria en la Escuela Normal del estado. En esa ocasión sí fue vigilado por su tía, profesora de inglés en la misma escuela. Pero allí Gerardo sí desarrolló el gusto por aprender en el aula.

*Me gustaba sobre todo la clase de matemáticas, con un maestro, que de ese sí me acuerdo exactamente de él: Alfonso Pacheco Arango, que nos ponía a demostrar teoremas y llevábamos un libro de un tal Bruño, creo que español, no sé de donde era. En la clase de matemáticas era yo el mejor y eso sí me gustaba mucho.*

*Lo penoso era que en cada clase [el profesor] pasaba a demostrar teoremas, a uno y a otro y a otro, siempre distintos y no podían, y acababa por decir: “A ver, De la Torre, pase y dígame cómo”. Y entonces me odiaban mis compañeros, pero ahí ya me había yo vuelto peleonero y relajiento y ya no hubo mayor problema, y ahí ya era yo de los grandes.*

Luego de la temporada en Oaxaca, en la que había demostrado ser un buen alumno, Gerardo regresó al Distrito Federal para cursar el segundo de secundaria en una escuela

del Instituto Politécnico Nacional en 1953. Durante ese año tuvo un buen desempeño en clases, principalmente en matemáticas y otra de sus clases favoritas era la de geografía económica, cuyo profesor era Pablo Fernández Márquez, un refugiado español a quien después De la Torre reencontró en el ámbito periodístico, dedicado a la crítica de cine.

### *1.8 Un estudiante de buen promedio que no iba a clases*

En septiembre de 1953, De la Torre entró a trabajar como aprendiz en el taller de tubería en la Refinería de Azcapotzalco, mientras seguía estudiando la secundaria en el Politécnico. Después se incorporaría a una secundaria nocturna en la que nunca concluyó el tercer grado.

*Me eché medio tercero, luego me salí. Era muy difícil andar con amigos, con dinero en la bolsa, primeros tragos y seguir en la escuela. Seguía yo leyendo. Me gustaba, pues, aprender. Lo que no me gustaba era ir a la escuela, de eso me di cuenta.*

Pero justo en ese tiempo ocurre algo curioso, De la Torre no asistía a las clases de química pero en su casa estudiaba el libro y hacía ejercicios. Al ver sus profesores que sacaba tan altas calificaciones en los exámenes se extrañaron:

*Y decían, “¿Cómo?, si nunca viene a clase, ¿cómo le hace?, ¿a quién le copió? Copió del libro”. No pues cómo iba a copiar del libro en el examen si ahí no estaba, ¿no? “Lo que pasa es que...”. E inventé una historia de que tenía un hermano químico y él me daba clases, pero no era cierto. Aprendí en el libro, me gustaba mucho balancear ecuaciones químicas.*

Y como si en esas confabulaciones desarrolladas para justificar su práctica autodidacta –porque los portavoces del sistema escolar de alguna manera le solicitaban una justificación– estuviera ya la semilla creativa, De la Torre empezó a explotar su capacidad para imaginar historias.

Mientras continuaba sus labores en la refinería, Gerardo se fue involucrando en distintas actividades en las que iba ejercitando sus habilidades artísticas. Así, los trabajadores de la refinería se acostumbraron, no sin hacer cierta mofa, a verlo leyendo en cualquier rato de descanso algún libro que acomodaba entre la camisa y el pantalón a la altura de las vértebras lumbares.

Talleres de actuación y dirección, dramaturgia, narrativa, incursiones en la escritura poética, asistencia a conferencias, salas de cine, juegos de beisbol y por supuesto muchas horas de lectura fueron dando solidez a su camino autodidacta que él califica al paso de los años como: “totalmente desordenado, anárquico, arbitrario y desmadroso”.

Con esta formación, sin embargo, Gerardo de la Torre rebasó por mucho las expectativas de la institución escolar, aunque no lograba entenderse con las exigencias de ésta. En tercero de secundaria, por ejemplo, De la Torre había reprobado la clase de literatura:

*Saqué un cuatro creo, porque eran esas preguntas de ¿quién es el autor del Cid? y ¿cuáles son los versos de pie quebrado? y todas esas cosas de literatura española. Entonces para el segundo examen me aprendí el libro de memoria, todo lo que había que aprenderse y pasé con diez y ya recuperé. Pero era eso, me daba flojera aprenderme de memoria las cosas. A mí me gustaban las clases donde deducía, hasta la fecha me siguen gustando mucho los juegos de lógica, por ejemplo.*

Al lado de esa propuesta de educación que le daba flojera estaban esas tardes en las que exploraba los mundos imaginarios de Verne o Salgari y después las intrigas policíacas y más adelante la narrativa de descripción delicada como en William Faulkner y el realismo “crudo” de Ernest Hemingway. La deserción escolar fue para De la Torre la gran ocasión para saltar hacia intereses particulares. Lejos de la constrictión académica se decidió a pulular entre librerías, teatros, cines, cantinas; aunque antes abandonó definitivamente la secundaria.

En entrevista, explica:

*Mi último intento por ir a la secundaria debe haber sido cuando tenía yo diecinueve años, en el 57, que fue el año en que quedé de planta en PEMEX. Entonces sentía yo que tenía una especie de pequeña carrera o una manera de ganarme la vida y ya no me preocupé más de la escuela.*

*Pero sí me preocupé en el otro sentido de que me gustaba aprender cosas. Vivía en la calle Obrero Mundial, y en frente de esa calle se hallaba una casa de la asegurada, que ahora es la tienda del ISSSTE [Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado]. Y ahí daban a los derechohabientes, sobre todo a mujeres, clases de cocina, repostería, costura; pero también de arte dramático, danza. Y en estas clases necesitaban hombres para que se hiciera un juego y entonces nos invitaron a los chicos del barrio. Y entramos, entre otros, José Agustín, que vivía en esa calle, y yo. Fue su hermana mayor, que estaba en la clase de arte dramático, la que nos invitó.*

*Y ahí conocí al maestro Carlos Ancira, que me trató muy bien, me ayudó mucho a aprender y que me exigía mucho, pero me ponía a leer y a escribir teatro. Ahí escribí mis primeras obras de teatro, sin tener idea, pero las escribí. O hacía adaptaciones, me acuerdo de alguna adaptación de un cuento de Arkadiy Averchenko, me acuerdo de una obrita que hice sobre Benito Juárez para festejar un veintiuno de marzo o una fecha de esas. Y se ponían en escena, incluso me ponía a dirigir sin tener idea, tenía yo veinte o*

*veintiún años, que fue cuando empezó mi educación informal. Todavía me fui a la escuela de Bellas Artes, estuve un año y abandoné. ¿Por qué razones? Seguramente porque ingresé al Partido Comunista en 1959, a los veintiuno.*

Apoyado sustancialmente en libros, aunque también en algunos guías o consejeros, De la Torre consolidó una formación más libre. En su búsqueda literaria, gracias a José Emilio Pacheco dio con autores de lengua francesa:

*Me lo encontré por ahí, tendríamos veinte años José Emilio y yo más o menos. Yo estaba llevando unas clases de teatro, él andaba enamorando a una actriz que estaba en ese grupo y me recomendó, recuerdo muy bien, leer a dos autores que hasta la fecha cultivo. Flaubert, me recomendó desde luego Madame Bovary y Salambó, y Albert Camus con un librito de cuentos en principio que se llama... El exilio y el reino. Y ya después me seguí con La peste, La caída, El extranjero y sus libros de ensayos, fundamentalmente uno que influyó mucho en mí, El hombre rebelde y también Bodas, El verano y sus diarios y su teatro también, porque en aquella época estaba yo metido en el teatro.*

*Entonces, Camus fue el primer autor de quien me apasioné. Pero, curiosamente, mi mayor satisfacción o mi mayor inclinación fue hacia los autores estadounidenses. Quiero decir, esencialmente Faulkner, Steinbeck, Hemingway, Scott Fitzgerald y sus antecedentes, o sea, aquella corriente de Theodore Dreiser; del autor de El viento en las calles... James T. Farrell, etcétera, una generación anterior también muy dura.*

Cuando menciona a estos últimos escritores, De la Torre destaca su interés en lo social de esta literatura y en seguida menciona la lectura de Sinclair Lewis y Upton Sinclair, como autores dentro de esta corriente.

A esas exploraciones literarias y a las primeras incursiones en la escritura se aunó la militancia en el Partido Comunista Mexicano en épocas de clandestinidad...

*Ahí empezó otra formación, ya no la formación de revolucionario, que de revoltoso tenía yo el alma y el espíritu y todo lo demás, pero no sabía marxismo y ahí me comenzaron a poner a estudiar. Ahí, con la gente, había un ingeniero en Pemex, el ingeniero Abel Hurtado, era pasante de ingeniería y era una gente culta. Como en esa época me corrió mi mamá de mi casa por comunista, me fui a vivir a una casa que pagábamos entre todos.*

## 2. El camino de la política: del diamante de beisbol al Partido Comunista

El último año del periodo presidencial de Adolfo Ruiz Cortines fue 1958. Habían pasado veinte años de la expropiación petrolera, las empresas privadas nacionales proliferaban. Algunas de ellas inauguraban los mercados de petroquímicos y otros derivados del petróleo. Según Elsa Gracida y Esperanza Fujigaki, la inversión extranjera directa en otros sectores provenía en un 75% de Estados Unidos.<sup>28</sup>

La proliferación del charrismo dentro de los sindicatos no era sino una más de las expresiones de la falsa democracia que se vivía en todos los ámbitos a escala nacional. Un documento firmado por el Partido Comunista Mexicano en 1960 sintetizaría así esta situación:

Hace mucho tiempo que los poderes de la unión dejaron de representar al pueblo. Hace tiempo que México no es una república representativa y democrática. Se hacen elecciones, pero desde el momento en que se preparan ya están falseadas.<sup>29</sup>

Pero a los problemas de democracia política se aunaban, por supuesto, las crecientes desigualdades económicas y sociales. Así entre 1958 y 1959 ocurre uno de los sucesos clave en la historia social del siglo XX en este país. Telegrafistas, burócratas, ferrocarrileros y maestros, entre otros gremios se unieron a manifestaciones de proporciones muy considerables para externar su inconformidad ante las políticas sociales. En general se trataba de la manifestación de una inconformidad ante el abandono de las propuestas de transformación de la Revolución Mexicana. “La calle y la bandera rojinegra se convirtieron en el escenario y el símbolo de las confrontaciones sociales” –sostiene Ilán

---

<sup>28</sup> Elsa Gracida y Esperanza Fujigaki, “El triunfo del capitalismo” en: Ilán Semo, comp., *El ocaso de los mitos (1958-1968)*, p. 18.

<sup>29</sup> “El PCM y la revolución mexicana” en: Ilán Semo, comp., *Op. cit.*, p.162.

Semo—. “De nuevo, México emergía ante gobernantes y gobernados con su verdadera fisonomía: la de un país de clases indefinibles”<sup>30</sup>. El Secretario de Trabajo, Adolfo López Mateos, quien sería después postulado a la presidencia habría de “controlar” esa sublevación.

Ya siendo presidente López Mateos encarceló por el delito de disolución social, entre muchos otros luchadores sociales a los dirigentes ferrocarrileros Demetrio Vallejo y Valentín Campa, “cuyo castigo –según las palabras del secretario de Gobernación [*sic*], licenciado Gustavo Díaz Ordaz– habría de ser una enseñanza para todos los que osaran subvertir la ‘paz revolucionaria’ del país”<sup>31</sup>.

En lo que toca a los petroleros del Distrito Federal, se llevó a cabo una huelga de hambre en las oficinas de Pemex y un paro de labores en la refinería de Azcapotzalco que logró el reconocimiento de dirigentes auténticos y un aumento salarial de nueve pesos diarios y algunas prestaciones<sup>32</sup>.

De la Torre narra estos hechos en la carpeta *Contra reloj*:

Los hermanos Hernández Alcalá, oriundos de Minatitlán y conocidos como los Chimales, encabezaron en las secciones 34 y 35 (oficinas generales y refinería de Azcapotzalco) el movimiento contra la prórroga. Los trabajadores respondimos y, al cabo logramos obtener un aumento salarial. Pero el movimiento se deslizó hacia consignas mayores: alcanzar la independencia y la democracia sindical, designio que también perseguían los ferrocarrileros.<sup>33</sup>

---

<sup>30</sup> Ilán Semo, “Por el camino de la huelga” en: *El ocaso de los mitos (1958-1968)*, p. 45.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 60.

<sup>32</sup> Ver: José Rivera Castro, “Periodización del sindicalismo petrolero”, en *Los sindicatos nacionales en el México contemporáneo. Petroleros*, p. 33.

<sup>32</sup> Gerardo de la Torre, *Hijos del Águila*, p. 36.

<sup>33</sup> Gerardo de la Torre, *PCM* en: carpeta electrónica *Contra reloj*, p.2.

Gerardo tenía veinte años cuando participó por primera vez en acciones políticas. En su libro *Los muchachos locos de aquel verano*, una novela de remembranza, el narrador reflexiona:

Vino el año 58 y uno no sabe cómo ni por qué y de pronto se ve arrastrado a las manifestaciones, del brazo de los compañeros, anónimo entre la masa que grita, impreca y se siente dueña de la calle. Nos apedreábamos con los granaderos, huíamos cuando el embate era fuerte y acabábamos en la cantina comentando los incidentes [...] Al principio sólo un oscuro instinto me llevaba a las calles, una sensación en las tripas, un deseo de combatir la injusticia, ese cabrón fantasma. Solamente sabía, intuía, que todos lo encamisados gritones y apedreadores compartíamos un enemigo común. Pero a saber quién era el enemigo. Los líderes de jeta cínica que deseábamos tumbar, los policías y granaderos que nos atacaban, el funcionario que los enviaba a reprimirnos, los administradores de la empresa, o unos patrones impalpables y lejanos sin relación directa con nosotros, que no nos inquietaban. Juntos, sentíamos como clase, pero no pensábamos como clase.<sup>34</sup>

¿Pero cómo adquirió De la Torre esa conciencia política? En alguna de las marchas reprimidas por granaderos, en las que muchos manifestantes tomaban piedras y las arrojaban a los granaderos para defenderse, De la Torre sacó provecho de sus andanzas en el béisbol. Eso, incidentalmente, lo llevó al Partido Comunista.

*Llegué a través de compañeros de la refinería, había un Jesús Flores, que era digamos el comunista viejón; otro a quien apodaban Cerro Azul, supongo que porque era de por allá, Benjamín Hill Cortés; y ese ingeniero Abel Hurtado, que luego se salió de la refinería, fue a dar al Politécnico como maestro de donde era egresado. Fue de los que en 68 formaban el comité de maestros y académicos que encabezaba el movimiento en el Poli. [...] Esos fueron quienes me reclutaron, vamos a decirlo así. Sobre todo, ¿por qué?, porque al parecer como jugaba yo mucho béisbol y tenía buen brazo, me*

---

<sup>34</sup> Gerardo de la Torre, *Los muchachos locos de aquel verano*, p. 24.

*distinguía en las batallas tirando piedras contra los granaderos y cosas así. Y entonces, mi mayor mérito para ingresar al Partido Comunista era el buen brazo.*

Esa primera experiencia de actividad política en las jornadas de 1958 y 1959 sería muy importante en su vida, De la Torre ha reflexionado en su libro autobiográfico *De cuerpo entero*:

Aparte del gas y de los sustos, salí de aquellas semanas con algo nuevo: algo que todavía me reconozco en lo más profundo de las entrañas y que algunos llaman conciencia de clase o ideología libertaria, pero que yo entiendo como una forma muy pura de solidaridad humana.<sup>35</sup>

Por otra parte, en el documento PCM de la carpeta *Contra reloj*, De la Torre reflexiona:

Sin duda, la participación en las batallas de los petroleros me empujó a la militancia; es decir, a la práctica organizada y sistemática de la solidaridad humana, a entregar las capacidades propias con la finalidad única de que todos los seres humanos logaran, algún impredecible día, vivir mejor, alcanzar aunque fuera formas elementales de felicidad.

Hubo sin embargo otro acontecimiento que influyó de manera poderosa para que asumiera con responsabilidad y entusiasmo la militancia: el triunfo de los guerrilleros de Sierra Maestra, la victoria de los revolucionarios cubanos que el primer día de 1959 liquidaron la dictadura de Fulgencio Batista.<sup>36</sup>

La participación en política motivaría más adelante a De la Torre a crear literatura a partir de sus experiencias en la lucha. La primera novela de Gerardo sería ambientada en el contexto de las luchas obreras de 1958 y 1959. *Ensayo general*, publicado en 1970, es un libro que según De la Torre surgió de una lectura de la novela *Las horas violentas* de Luis Spota, de la cual se desprendía la siguiente conclusión:

---

<sup>35</sup> Gerardo de la Torre, *De cuerpo entero*, p. 17.

<sup>36</sup> Gerardo de la Torre, PCM en: carpeta electrónica *Contra reloj*, p.2.

*Si la clase obrera andaba en lós en las calles y en los movimientos era porque por un lado estaban los comunistas, por otro lado los curas, por otro lado la CIA [Agencia Central de Inteligencia de EE. UU.]. Es decir, todo menos que el gobierno actuara mal y por eso hubiera provocado aquella sublevación obrera. Entonces me dio mucha rabia y di mi propia versión del movimiento de 58.*

### 3. La elección del universo narrativo

#### 3.1 A la sombra de Arreola

La formación literaria y la formación política al principio no tuvieron un punto común en la vida de De la Torre. El joven obrero apasionado de la lectura y el cinematógrafo concebía la literatura como un mundo aparte del mundo real, de su vida cotidiana. En el mundo de la refinería, como ya se mencionaba, De la Torre era incluso un personaje singular. No obstante, prevalecía entre él y sus compañeros una camaradería propia de quienes conviven diariamente en el trabajo.

De la Torre le explica a su hijo José Gerardo en *De cuerpo entero*, sobre esa etapa en su vida:

Me guardaba la secreta ambición de escribir algún día un libro: una novela amena, algo como *El último mohicano* de Cooper, *El viejo y el mar*, de ese otro viejo [Hemingway] al que sabes que quiero tanto y al que tan obstinadamente traté de imitar.

A diferencia de la mayor parte [de mis compañeros], me gustaba leer, me creía dueño de convicciones socialistas muy firmes y de vez en cuando escribía artículos para nuestros periódicos locales, poemas y cuentos tan dolorosos como deleznable. Pero si algo me permitía ser un trabajador como los demás, indistinto, común, indiferenciable, era el béisbol. Si alguna vez confiaron mis compañeros en mi capacidad dirigente, no fue por mi conocimiento o ciertas dotes intelectuales y oratorias, sino porque jugué béisbol con ellos.<sup>37</sup>

Poco a poco De la Torre fue hallando un cauce a su caudal literario. Al inscribirse a un taller de literatura con el prosista Juan José Arreola, Gerardo procuraba imitar a ese maestro del cuento.

---

<sup>37</sup> Gerardo de la Torre, *De cuerpo entero*, p. 48.

*Queríamos escribir como Arreola, casi todos los que escribíamos cuentos lo imitábamos. Relevantemente, Jorge Arturo Ojeda, por ejemplo, que era uno de sus alumnos consentidos, quizá Roberto Páramo, José Agustín, René Avilés, yo y otros que no recuerdo.*

*Y a mí, afortunadamente me trató...llegó un momento en que me trataron muy mal como escritor. Por mis primeros cuentos me hicieron pero pedazos, pedazos, pedazos, nada más que en vez de achicarme me agrandé. Dije: “¡Ah!, jijos de la guayaba, pero van a ver que la próxima no me van a tratar así”. Y empecé a mejorar, digo, sí mejoré mi escritura, me di cuenta palpablemente.*

En esa tónica de emulación del maestro, De la Torre fue interesándose en la idea de que el escritor fuera como un orfebre del lenguaje. Publicó un primer libro de cuentos con esa idea de imitar a Arreola.

*Mi primer libro de cuentos se llama El otro diluvio y afortunadamente no hay ejemplares en ningún lado, ni pensaría reeditarlos jamás. No, no. Son mis cuentos más arreoleanos y más miserables, que de hecho están fuera de mi vida, aunque existen, ¿no? Escribía cuentecitos tipo Arreola, sin la imaginación, el gusto o la sensibilidad de Arreola.*

*De mi primer libro de cuentos a mi primera novela hay una diferencia abismal. Y la diferencia entre ambos libros es de dos años, fue un periodo de aprendizaje acelerado, sobre todo de aprendizaje de elección del mundo narrativo o decisiones sobre el mundo narrativo.*

*Afortunadamente me di cuenta de una cosa, que aparte de aprender, de entusiasmarme con esta cosa de la artesanía del lenguaje y de ver al escritor como un orfebre que trabaja con las palabras (y eso estaba muy bien, pues, el amor al lenguaje), me di cuenta de que el mundo estaba a mi lado, la refinería, y entonces comencé a escribir sobre los trabajadores. Y ahí arranqué ya de otra forma.*

Y precisamente eso que De la Torre llama *elección de mundo narrativo* enmarca la escritura del cuento “El vengador”. En ese cuento, que da nombre al volumen editado por Joaquín Mortiz y que De la Torre realizó en parte con la ayuda de una beca del Centro Mexicano de Escritores, está ya la concepción de una literatura realista.

La elección del mundo narrativo tuvo que ver con su vida política y, por ende, con su ideología. En dicho centro de escritores, Juan José Arreola y Juan Rulfo (éste menos porque De la Torre dice que no le interesaba ser maestro), así como en otros lugares algunos amigos escritores como Simón Otaola, Juan Tovar o Juan Manuel Torres, hicieron muchas observaciones a Gerardo a partir de primeras versiones de sus textos.

La decisión de volcarse hacia una literatura realista en la que finalmente De la Torre se había interesado desde su adolescencia fue como dejar el cobijo de Arreola, separarse de la sombra de uno de los escritores más innovadores en el terreno del cuento para que surgiera su voz auténtica.

### *3.2 Escribir y actuar desde el lado moridor: la influencia de José Revueltas*

En sus épocas de militancia De la Torre hubo de leer a autores como Marx, Engels y Lenin. De ellos fue adquiriendo nociones sobre los conceptos de clase, dominación, dictadura del proletariado, revolución, socialismo, etcétera. Esas lecturas y su discusión, así como los cuestionamientos de la realidad propia de los obreros mexicanos y concretamente de los comunistas, son elementos que marcarían a De la Torre por el resto de su vida y que, en efecto, al decidir involucrar su vida en la literatura fueron apareciendo también en muchas de sus obras.

En ello es muy importante el contacto, primero a través de sus libros y después en persona, con José Revueltas. No es casual que De la Torre le dedicara a este escritor su

primera novela, dedicatoria compartida con Yolanda Ramírez, esposa de Gerardo. Obras como *El luto humano*, *Dios en la Tierra*, *El apando*, *Los días terrenales*, entre muchas otras, constituyen una narrativa de gran destreza que retratan la vida de la clase obrera mexicana. A esta forma de expresión literaria comprometida con la clase oprimida, Revueltas la llamó literatura *del lado moridor*.

La literatura del *lado moridor* plantea una vertiente de realismo muy distinta a lo antes conocido en literatura mexicana. Siempre a contrapelo de las instituciones, Revueltas descubre para el lector aquellas historias escondidas entre la historia oficial de hombres y mujeres en sufrimiento perpetuo. No hay en la tierra una “salvación” posible. Ya los nombres de algunos de sus libros dotan de esta dimensión judeocristiana su narrativa. A esto se agrega la reflexión en clave marxista de la sociedad. La Guerra Cristera, la Revolución Mexicana, el movimiento de 1968, en el cual él mismo participó, son algunos de los temas que Revueltas aborda en su narrativa.

Al mismo tiempo que Revueltas establece diálogos con autores como Marx, Engels, Hegel o Kant, discute con el Antiguo y el Nuevo Testamento, así como con los planteamientos de grandes novelistas como Dostoyevsky, acerca de los problemas del alma humana.

Las obras de Revueltas se explayan en descripciones sórdidas de las condiciones de vida de las clases sociales más desgraciadas. Sobre una de las novelas más polémicas, según veremos más adelante, Manuel Fernández comenta:

Poco o nada importa la enclenque estructura novelística de *Los días terrenales*, su entrecortado hilo narrativo, su casi inasible anécdota, su persistente incursión en el ensayo moral, en la acuciosa penetración de atmósferas opresivas, su afición al discurso político y a la disquisición seudofilosófica. Lo admirable de esta novela se encuentra más bien en la conformación de las consecuencias psíquicas, éticas,

afectivas, sexuales, de la clandestinidad, de la lucha a la callada, de la oposición a un medio que no concede siquiera la oportunidad de canales de expresión, de la entrega al sacrificio, de la disciplina espartana requerida por la elección política disidente.<sup>38</sup>

De la Torre, desde que supo de la militancia comunista de Revueltas, se interesó en la lectura de este escritor y conforme conoció su obra a mayor profundidad se fue convirtiendo en su seguidor en más de un sentido. Desde el punto de vista literario, la predilección delatorriana por los temas políticos y la descripción de circunstancias sociales críticas tuvo como uno de sus modelos la narrativa de Revueltas, aunque cada día se ha ido distanciando más de ella. Así, la primera novela de Gerardo se desarrolla en medio de las luchas políticas de 1958 y 1959. Los personajes provienen de un mundo marginal de la ciudad de México, ese mundo sombrío, ignorado o negado por la pujante burguesía de los años cincuenta. *Ensayo general* comienza presentado a uno de sus personajes así:

Tendrían tres meses de haberlo engendrado. Su padre, de mal humor y sudoroso, gastaba el pasillo del tranvía entregando boletos a cambio de monedas que guardaba celosamente en la bolsa mandil que pendía atada a su cintura. La esposa lo esperaba cortando cosiendo bordado ropita para bebé, para ese bebé que vendría al mundo una noche de estrellas violentas y que algunos meses después sería llevado a bautizar por un peón caminero de ojos sombríos y una mujer, su esposa, delgaduchita y fea.

Cuando no había cumplido cuatro años, su padrino el constructor de carreteras fue hallado muerto por los celadores una mañana fría de noviembre. De no ser por el relato entrecortado, incoherente, que uno de los gendarmes hizo a la esposa del peón, que a su vez lo transcribió a la madre del ahijado, jamás se hubiera sabido cómo el padrino fue apresado una noche, cuando escandalizaba borracho; cómo lo recluyeron; cómo durmió la mona en el suelo helado de la prisión; cómo fue hallado con la cara yaciendo directamente bajo la boca de una llave que goteaba; cómo las gotas de agua caían, intermitentes, sobre el rostro

---

<sup>38</sup> Manuel Fernández, “Nueva elite cultural” en: Ilán Semo, comp., *El ocaso de los mitos (1958-1968)*, p.177.

rígido y resbalaban para humedecer la camisa. Por culpa de aquella pena, la delgaducha viuda adelgazó más y murió al poco tiempo de tuberculosis en un sanatorio de caridad.

[...]

Así que cuando le compran su primer lápiz, su primer cuaderno y el silabario de San Miguel, se encuentra en la puerta de la escuela sin padrinos, con un padre bebedor de cerveza y una madre enfermiza y siempre triste. Pero tiene un nombre, que lo identifica cuando el maestro pasa la primera lista del año: Juan Olmos Salmerón.<sup>39</sup>

Los editores de la novela en la segunda serie *Lecturas mexicanas* señalan en la cuarta de forros:

A unas cuadras del Zócalo de la ciudad de México, y en dirección noreste, se inician los barrios proletarios. [...] Tepito, Peralvillo, la colonia Morelos tienen una impronta: un canturreo en el hablar, una actitud ante la vida. De ese rumbo provienen los personajes de *Ensayo general* [...La novela] constituye, en fin, una ventana hacia un mundo cercano y casi desconocido.<sup>40</sup>

En este comentario también se hace notar que De la Torre se inscribe en la corriente de Revueltas, quien “armado, además de su talento, con las nuevas técnicas narrativas que fue experimentando, se mostró capaz de dar nuevo impulso a la tendencia de crear una literatura que llamó ‘del lado moridor’<sup>41</sup>.

El fragmento citado de la novela puede dar cuenta de la inquietud del autor por experimentar con algunas técnicas novedosas en la narrativa en español de la época, así como por las atmósferas sórdidas.

---

<sup>39</sup> Gerardo de la Torre, *Ensayo general*, pp. 9-10.

<sup>40</sup> Ver cuarta de forros en: Gerardo de la Torre, *Ensayo general*, Letras mexicanas segunda serie, SEP/Joaquín Mortiz número 16.

<sup>41</sup> *Ídem*.

Si en *Ensayo general* el alcohol ocupa un papel importante, en *Muertes de Aurora*, la presencia de esta sustancia entre los personajes toma mucha fuerza como refugio de la desilusión política:

En voz muy baja Efrén le confió que la tarde de ayer habían hablado con los compañeros del Partido. Galdino, acorazado en la renuencia, mostró un gesto de disgusto. No se reunían de tres meses a la fecha y cuando había llegado a hacerlo era para el quejido abierto en circunstancia, sobre la dirigencia sindical, para beberse un trago revolucionario y afirmar su conciencia de explotados.<sup>42</sup>

Y más adelante:

Mas cuando abrió la boca fue para ordenar ron con mucho hielo y agua mineral. Entonces sonrió y aguantó la sonrisa hasta que le trajeron la bebida. Paladeando el ron dijo que en este país agonizaba el orgullo de sentirse obrero. Mueven a los trabajadores como marionetas, los congregan en actos que son de otros, arman huelgas ficticias, los agotan en luchas fratricidas. Así desde hace muchos años.<sup>43</sup>

Aunque De la Torre nunca fue propiamente un discípulo de Revueltas, este hombre se convirtió en un modelo determinante también en lo político; ejercía sobre De la Torre una influencia “sobre todo moral, sobre todo ética”, comenta este último en conversación.

A veces en el periódico del Partido Comunista, a veces en novelas, otras veces en cuentos o en ensayos, en ocasiones desde la cárcel (en las Islas Marías, en Lecumberri) Revueltas escribía siempre con una convicción de luchador político y social. Después del ingreso de Revueltas al “palacio negro” de Lecumberri, acusado de haber participado en el movimiento estudiantil de 1968, De la Torre le dedicó su

---

<sup>42</sup> Gerardo de la Torre, *Muertes de Aurora*, p. 21. Adrián Flores-Barrera, un investigador de la Universidad de Michigan en Estados Unidos ha dedicado una ponencia a la presencia del alcohol en la tetralogía sobre los petroleros de Gerardo de la Torre: *Ensayo general, Muertes de Aurora, Hijos del águila y Los muchachos locos de aquel verano*. Más adelante, en el capítulo IV se referirán algunos elementos que considera dicho autor.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, pp.84 y 85.

primera novela *Ensayo general*. “Le dedico mi libro, se lo mando a la cárcel. Y ya lo conocí cuando salió”, aclara el escritor en entrevista de 2006.

Como militante comunista Revueltas se destacó por su entrega a la causa, su compromiso con la clase obrera y en varias ocasiones tuvo fuertes discusiones con otros miembros del Partido por su afán crítico.

El caso de su novela *Los días terrenales*, considerada por muchos críticos y escritores una de las mejores, es singular. En ella, Revueltas emite fuertes críticas a la militancia dogmática, que asemeja a la creencia ciega de las religiosas; además cuestiona desde una argumentación filosófica la posibilidad de llegar a la felicidad terrena. Algunos militantes del PC se quejaron largamente de esta actitud y Revueltas en un acto de respeto a su partido retiró la novela de circulación.

De la Torre ha escrito en el sus notas de la carpeta *Contra reloj* al respecto:

Los ataques, curiosamente tratándose de un escritor comunista, no venían de una derecha que en general prefirió el ninguneo, sino de las filas de la izquierda. Ante la acumulación de insultos y acusaciones, Pepe retiró de la circulación aquella novela, de cuya primera edición sólo se salvaron contados ejemplares (uno de los cuales, con sobria dedicatoria de Pepe, conserva celosamente Emilio Ge).

Los meses posteriores a la publicación de esta novela los vivió Revueltas en el desconcierto. No se explicaba que los propios camaradas pudieran volverse contra la obra de un comunista, y por tanto prefirió revisar sus concepciones ideológicas y estéticas. Al año siguiente, 1950, en un documento autocrítico reconocía las presuntas deficiencias ideológicas del libro y escribía: “Citar esos lados positivos (se refiere a los que él hallaba en tal novela), no sólo sería necio sino que introduciría una confusión perniciosa. Señalar todas y cada una de las desviaciones en que incurre *Los días terrenales*, aparte de inútil, sería farragoso y pedante”.

[...]

Lo que Pepe se había propuesto ya tan temprano —estamos hablando de hace cincuenta años— era poner en tela de juicio el llamado socialismo real, el socialismo

deshumanizado, esa mascarada que más se preocupaba por el triunfo de un programa político que por la condición de los seres humanos.

Quince años después de *Los días terrenales*, Pepe Revueltas dio a conocer *Los errores*, novela que continuaba y profundizaba la crítica del dogmatismo. Ya no había, por suerte, quien exigiera retirarla de la circulación, y en todo caso Pepe no estaba dispuesto a transigir con los enemigos de la verdad en nombre de la causa, a tenor de la devoción.<sup>44</sup>

En la medida en la que De la Torre trató en un principio de emplear la narrativa como un instrumento de persuasión hacia una causa política o al menos de sembrar conciencia, ahí puede notarse una influencia de Revueltas. En lo estrictamente literario hay una influencia más clara de los ya mencionados autores norteamericanos. Que por lo demás, el mismo Revueltas era ya heredero de un Faulkner, por ejemplo. De la Torre comenta sobre la influencia de Revueltas en *Ensayo general*:

*La hay y no la hay [una influencia]. Digo, la hay en cuanto que estaba yo metido en el tema de la clase obrera y las militancias izquierdistas que no están tan claras ahí, pero bueno. No la hay en el sentido de recursos, procedimientos o el uso del lenguaje específico de Revueltas, quien tenía, pese a que era de formación autodidáctica podríamos decir, un poderoso lenguaje filosófico porque era un fan de la filosofía y le gustaba mucho leer, sobre todo filósofos marxistas. Pero, también se leía a Hegel y a Kant, etcétera, etcétera. No, yo estaba muy lejos de eso, mi lenguaje tampoco era el del Burrón que manejaba José Agustín, pero sí el lenguaje de las novelas cotidianas y, desde luego estaban presentes ahí las imitaciones, más que de Revueltas, vamos a decir de las traducciones de escritores gringos que era una de mis fascinaciones en esa época. Y concretamente, y quizás en ese orden: Faulkner, Hemingway y Steinbeck. Junto con otros [los ya mencionados] novelistas sociales de Estados Unidos.*

---

<sup>44</sup> Gerardo de la Torre, documento “Pepe R”, p. 1-5., carpeta electrónica *Contra reloj*.

La otra influencia en construcción narrativa provenía para De la Torre del cinematógrafo, donde pasaba muchas tardes luego de las labores de la refinería. Del cine extranjero que llegaba a las pantallas mexicanas el que más le interesaba era el italiano. Lo acompañaba en este pasatiempo un compañero de la refinería, con quien luego se ponía de acuerdo para decir que habían visto una de Pedro Infante porque resultaría presuntuoso y pedante decir que habían ido a ver una película europea. A la larga, el cine fue también una forma de aprendizaje narrativo.

*Y me he atrevido a sostener que por lo menos mi primera novela [Ensayo general] está estructurada más como un filme que como una novela que yo hubiera conocido. Con esa novela me doy cuenta de una cosa, que mal que bien (porque no pretendo hacer un panfleto, quizás pueda pensarse en una novela de denuncia) la traté de hacer con todas las de la ley. O sea, como un instrumento literario.*

*Yo no sabía exactamente cómo hacer una novela moderna, pero sí había visto muchas películas y algo que estaba tan fresco en mí en esos años como eran las películas de Fellini, una en particular de Francesco Rosi que se llama Salvatore Giuliano. Y que eran estas películas que contaban las cosas fragmentariamente, con flashbacks y adelantos y retornos, y ahí iba como a tientos y tropezones la historia; que luego me di cuenta que era uno de los procedimientos de la novela moderna. Y que yo estaba usando ya sin estar consciente que era de la novela. Yo más bien me apropié de ellos, y no conscientemente, por el cine.*

Respecto de esa primera etapa, en la cual el autor tenía una ilusión en la posibilidad narrativa como estrategia de transformación o en todo caso persuasión política, De la Torre afirma:

*En Ensayo general, no lo puedo decir con tanta conciencia del caso pero sí pienso que yo creía...desde luego creía en la causa y en la lucha y que algún día implantaríamos el socialismo y no sé qué, un socialismo humanista, libertario, el que siempre me preocupó. Y creía, que es lo peor, que la novela podía ser una de las palancas para...no que mi novela fuera a causar una revolución (a menos que la consideraran tan mala que iniciaran una revolución contra la imprenta, ¿no?), sino que pensé que podía influir en ciertos sectores para que por lo menos vieran con simpatía aquel hecho del socialismo y de la revolución que la implantaría.*

*Eso pronto acabó. Ya en una novela como Muertes de Aurora, que es inmediatamente posterior, el personaje está en una cantina con su vaso de agua y dice “La única verdad es el vaso de ron con agua y aquí estoy esperando a los próximos derrotados para que vengan también a servirse un ron con agua”, cosas así...*

La cita ampliada es:

Los de ahora, los que elegían la calle, los soñadores, no sospechaban que no había más destino que la derrota y, al final, el ron con agua. En ese vaso adherido a su mano se hallaba la verdad, y no había más verdad que los golpes, la persecución, el saludo que te retiran, el aislamiento, el sabor a lámina vieja de la derrota, y después la búsqueda de otros vasos que ayuden a sentirse bien mientras se acoge con los brazos abiertos a los nuevos vencidos.<sup>45</sup>

De la Torre continúa su reflexión en entrevista:

*Ya en 80, que publico esa novela, ya estaba en la decepción. Curiosamente en 81 se desintegra el Partido Comunista y yo todavía estaba en el partido, más por tradición que por convicción. Además ya estábamos en la legalidad y en esas células culturales, que no han servido jamás para un demonio.*

---

<sup>45</sup> Gerardo de la Torre, *Muertes de Aurora*, p. 16.

La narrativa social que De la Torre se dedicó a construir, como se da a entender más arriba, va tomando forma a partir de esas lecturas distintas y va surgiendo en su especificidad, con sus propias obsesiones, recurrencias y estilos. Una constante en sus novelas: *Ensayo general*, *Muertes de Aurora* y *Los muchachos locos de aquel verano*, así como en muchos de sus cuentos es la denuncia, a través de sus personajes, del charrismo sindical que ya se ha mencionado, es decir la práctica de un sindicalismo vendido a la política del Poder ejecutivo. En otras ocasiones, tratándose de atmósferas narrativas diferentes, aparecen otro tipo de preocupaciones en torno a la vida humana: el amor, la sensación de fracaso ante la vida, etcétera. Aquí, sin embargo, interesan esas visiones desde el mundo obrero, la perspectiva de una clase social.

### 3.3 *¡Únete pueblo! Los trabajadores petroleros en el movimiento social de 1968*

*Las urbes son el microscopio de la historia moderna. En ellas se agolpan los sucesos, se amontonan los resentimientos, se entretrejen, estallan y plasman, en una espiral interminable de contradicciones. Aquí la historia se hace nudo de lugares y tiempos diversos. Las victorias de un poder sobre otro, de una fracción sobre otra, del Estado o los ciudadanos, de una concesión más, de una menos, de un genocidio o del eterno certamen entre las ideología; quedan sellados en la ciudad.*

Ilán Semo, *El ocaso de los mitos*

Si al historiador, según Ilán Semo, “le resta desenredar el nudo, descifrar los signos”<sup>46</sup>, a un escritor como Gerardo de la Torre le habría nacido una necesidad de plasmar puntos de vista, recuerdos, dudas, sueños, fantasías, obsesiones sobre ese mundo de cosas que estaban ocurriendo a su alrededor. En el momento en que elige como mundo narrativo la vida

---

<sup>46</sup> *Ídem.*

obrero con todas sus ambiciones, resentimientos, testimonios de iniquidad, pareciera también estar eligiendo un espacio físico, la ciudad. Pues, como sigue diciendo Semo: “Más que ninguna otra, la década que se inicia con la huelga ferrocarrilera y que transcurre hasta el 2 de octubre yace desdibujada en las ciudades”.<sup>47</sup>

Para Gerardo de la Torre, que se había casado con Yolanda Ramírez en 1964 y seguía trabajando en la refinería, al tiempo que era becario del Centro Mexicano de Escritores, el año 1968 representa un parteaguas, una fecha de muchos cambios y convulsiones tanto íntimas como sociales. Afirma en entrevista de 2006: “Enviudé en 67. Esos fueron años muy difíciles para mí, la verdad. En 68, fuera de lo político y que tenía una hija, que había nacido a la muerte de su madre, tenía como el alma seca, como el espíritu seco, los amores agotados”.

En 1968, De la Torre había estado trabajando en las oficinas del servicio médico de la refinería porque se habían abierto plazas para taquígrafos y él decidió concursar para obtener una de las plazas.

*Y entonces aprendí taquigrafía con mi cuaderno, mi libro y mi lapicito. Ponía yo a mis cuates a dictarme y me brinqué como a cincuenta en un escalafón y en eso se inaugura el hospital de PEMEX en Azcapotzalco. Voy a dar ahí, pero al poco tiempo ya no sabía qué hacer para regresarme a la refinería con mis amigos.*

*Finalmente hice una permuta y regresé a las plantas, pero ahora al taller mecánico de peón: a barrer el taller y finalmente siendo ayudante, a dedicarme a la mecánica de piso, bombas y maquinaria. Y de pronto surge el movimiento estudiantil de 68. Y los muchachos que estudiaban (trabajaban en la refinería y estudiaban en las tardes-noches en la Universidad y fundamentalmente en el Politécnico) comenzaron a introducir volantes y*

---

<sup>47</sup> *Ibíd.*, p. 16.

*agarramos esos volantes y los amigos empezamos a discutir cómo nos podíamos meter y decidimos ir a una primera manifestación: la primera que llegó al Zócalo... Fue 13 de agosto de 1968, si no me equivoco, llegamos doce petroleros. Segunda manifestación 27 de agosto, ya íbamos como cincuenta petroleros, que ya estábamos empezando a organizarnos mejor; tercera manifestación, 13 de septiembre (la manifestación silenciosa) íbamos como quinientos petroleros. Todos los días hacían mítines los muchachos del Poli frente a la puerta principal de la refinería y ahí nos comenzamos a reunir y todos los días discutíamos.*

En *Muertes de Aurora*, el narrador describe uno de los mítines así:

Cien obreros de rostros comunes y corrientes, jóvenes, viejos, de edad madura los más, que recogían las palabras de un orador con el que nada, quizá, tenían en común: costumbres, religión, modo de vida, diversiones. No sabían si ese orador era hijo de un abogado, de un empresario de provincia, de un campesino, de un obrero, de un militar, pero se identificaban con esas palabras magníficas, magnificadas que surgían del altavoz.

[...]

–Ustedes, compañeros, son los hombres que han dado a este país la riqueza. Ustedes y los campesinos son cotidianamente explotados para llenar las bolsas de empresarios y terratenientes, de funcionarios y toda laya de parásitos que viven a costillas de ustedes, del trabajo de ustedes.<sup>48</sup>

De la Torre refiere que en uno de esos mítines de “los politécnicos” afuera de la Refinería de Azcapotzalco el Ejército “tendió una trampa” a los estudiantes. Salían los trabajadores cerca de las tres de la tarde y un camión politécnico se aproximaba a la refinería cuando un camión de transporte de tropas y un *jeep* del Ejército le impidieron avanzar, mientras un segundo camión se mantuvo detrás.

---

<sup>48</sup> Gerardo de la Torre, *Muertes de Aurora*, p. 66.

Los soldados salieron de los transportes, caladas las destellantes bayonetas, y abordaron el camión estudiantil. [...] Las ventanas del camión permitían ver el movimiento de los militares, que dejaban caer las culatas de los Máuser. Algunos estudiantes, hombres y mujeres, fueron obligados a salir del vehículo y los colocaron contra una pared. En el fondo del camión, arracimados, encogidos, los restantes muchachos eran sometidos a una trituración lenta, meticulosa. Arriba y abajo golpes de las botas claveteadas, culatazos, puniciones, mofas, puñetazos, quejidos, mutilaciones.<sup>49</sup>

La gente de la Colonia Plenitud, próxima a la refinería, desde las azoteas y luego acercándose al lugar de la acción, comenzó a gritar: – ¡Asesinos! Partieron los soldados en los dos camiones junto con el transporte del politécnico y el *jeep* al cual subió el oficial en mando, que había estado todo el tiempo dentro de un coche particular estacionado.

Sólo quedaron dos soldados dentro de ese coche.

En cuanto desapareció el convoy los trabajadores rodearon el auto del oficial. Los dos soldados subieron los cristales de las ventanillas, abrazaron los fusiles. [...] Cruzaron los soldados unas palabras y de pronto, con movimientos concertados, abandonaron el auto y se colocaron a un lado, muy juntos espalda con espalda, un solo miedo. Los rifles apuntaban a lo alto, las manos se hallaban lejos de los gatillos, en evidencia de que no pretendían disparar. [...] Pero de más allá del círculo de los trabajadores que se estrechaba llegaron piedras. Los soldados apuntaron las bocas de los fusiles hacia la multitud, se abrieron paso, corrieron asustados.<sup>50</sup>

Evoca De la Torre en entrevista:

*Entonces nos lanzamos contra el coche, pero nos lanzamos una masa, quiero decir, mujeres, niños, todo mundo a apedrear a los soldados y finalmente quemar el coche y fue un escándalo bastante sonado, luego vinieron más soldados, un pelotón (diez*

---

<sup>49</sup> *Ibíd.*, p.157.

<sup>50</sup> *Ibíd.*, p. 159.

*soldados) y por poco los mata la gente ahí. Pero no, por intervención de gente serena que decía: “No, pues ellos qué culpa tienen”, no sé qué, “ellos reciben órdenes”.*

Al día siguiente en el diario *El Herald*o, una nota responsabilizaba a un grupo de estudiantes de haber incendiado un automóvil particular a las puertas de la refinería para impedir el reparto de gasolina.<sup>51</sup> Por eso De la Torre considera que el Ejército le había tendido una trampa a los “politécnicos” y a los petroleros.

La organización de los petroleros en torno al movimiento estudiantil era una tarea clandestina, planeada con la cautela suficiente para que no fuera posible identificar “cabezas visibles”, relata De la Torre. En *Muertes de Aurora* se lee cómo los involucrados repartían volantes en los casilleros de los vestidores a la hora en que nadie anduviera por ahí rondando.

Muchos años más tarde, cuando De la Torre trabajaba como guionista televisivo, tuvo ocasión de hacer un viaje a Tampico con un amigo que no sólo había permanecido en PEMEX, sino que terminó involucrándose en la política sindical.

En dicho viaje De la Torre conoció a Joaquín, la *Quina*, Hernández Galicia (todavía en los años ochenta un líder inamovible del sindicato petrolero), de quien escuchó una historia que desconocía acerca de 1968. Esta historia la refiere el narrador de *Los muchachos locos de aquel verano* como la muerte y resurrección de la Quina, pues en aquella época el director de PEMEX, Jesús Reyes Heróles, se había enemistado con el líder del Sindicato Mexicano de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana. En la novela el personaje la Quina cuenta:

---

<sup>51</sup> El Herald

[...] ese año me estuvo combatiendo duro Reyes Heroles, y yo no sé de dónde salió ese movimiento de ustedes, muchachos, y nadie lo sabía. Valerio me ha platicado mucho de Sócrates [se refiere a Campos Lemus, uno de los líderes estudiantiles de 1968], el tal Sócrates que luego traicionó, lo veían en el Poli [...] –En fin –agregaba la Quina cuando en su picop doble tracción se dirigían a la zona de limoneros–. Reyes Heroles y el presidente Díaz Ordaz [...] estaban en la creencia de que su servidor apadrinaba el movimiento de ustedes. Yo los dejé creer, no dije ni sí ni no y un día el presidente citó a Reyes Heroles, director de PEMEX, y me mandó llamar. A ver, licenciado, a ver Joaquín, dejen de pelear y me arreglan este asunto, se dan las manos y a olvidarse, no me muevan a los trabajadores porque ya tenemos suficientes dolores de cabeza con los estudiantes. Y de acuerdo, nos olvidamos, hicimos a un lado los rencores, me hubiera gustado guardar fotos de aquellas sonrisas amables, casi cariñosas. Y vean la magia del poder, inmediatamente me comenzaron a autorizar permisos con salario, comisiones para mis ayudantes, préstamos, todas las puertas se abrieron. Pero voy a confesarles que yo no sabía qué hacer, cómo acabar rapidito con su movimiento, ya mis amigos estaban trabajando, tú sabes muy bien cómo, Valerio, pero ninguno se acercaba a la cabeza porque no sabíamos quién era la cabeza, quién los estaba apadrinando.<sup>52</sup>

Ese movimiento de petroleros en apoyo al movimiento estudiantil representaba para De la Torre muchas cosas. La muerte de su esposa Yolanda Ramírez unos meses antes lo había llevado a una depresión de la que se seguía una relación fuerte con el alcohol y una condición de pérdida no sólo de su mujer sino de un sentido en la vida. Su hija Yolanda, quien nació una semana antes de la muerte de su esposa, fue llevada a casa de la abuela Alicia y ahí pasó los primeros años. En *De cuerpo entero*, dice sobre esa época:

Con todo, esos años –cuatro, algo más– fueron miserables, de turbia soledad, de vacío emocional, de un vago erotismo despojado de nostalgia: la relación con las mujeres era de piel a piel, de sexo a sexo.<sup>53</sup>

---

<sup>52</sup> Gerardo de la Torre, *Los muchachos locos de aquel verano*, p. 36.

<sup>53</sup> Gerardo de la Torre, *De cuerpo entero*, p. 52.

Al buscar su lugar en el mundo una vez muerta su esposa, De la Torre se encontró con el movimiento estudiantil y considera que eso le dio sentido a su vida en ese momento. No se trataba ya de la búsqueda de la muerte, de la asunción de una profunda soledad y la cara amarga de la vida, sino de la posibilidad de estar al frente de un movimiento lleno de vida. Como aquella criatura recién nacida, que fue criada sus primeros años por doña Alicia, la madre de Gerardo, el grupo de petroleros que apoyaban el movimiento estudiantil se volvió un motivo para seguir viviendo. Se trataba ahora de cuidar de la vida, proteger a esa niña y llevar a cabo ese movimiento a favor de la vida, sin imaginar por supuesto el terrible fin del movimiento estudiantil.

A pesar de ese segundo golpe, la derrota violenta del movimiento sesentaiochero por medio de la masacre, De la Torre se guardaba una esperanza para vivir su vida con cierta dignidad:

Octubre, la derrota, no fueron para mí el golpe vasto y determinante que destruyó las ilusiones, las inquietudes y en muchos casos los jóvenes cuerpos y almas de una generación, sino un dolor que llegó a acompañar y a atenuar el otro más antiguo y a su vez se vio aminorado por éste. El dolor, no la rabia.<sup>54</sup>

---

<sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 53.

#### 4. Gerardo de la Torre, hoy

En la actualidad De la Torre no pretende que la literatura sea un arma que desencadene la transformación social, pero finalmente sí habría de conducir a una reflexión, a una cierta aprehensión del mundo o al menos a la adquisición de una perspectiva diferente sobre la realidad. De la Torre ha comentado en una entrevista sobre la relación entre la lectura y la realidad social y particularmente la violencia:

Uno de los graves problemas del país es que no se lee, lo cual es causa de ignorancias abismales. De lo que no estoy seguro es de que la lectura sea un acto civilizatorio de tal magnitud que logre paliar el problema de la vida en sociedad. Sí creo que la educación y un conocimiento profundo de los hechos de la existencia influyen en el modo social de comportarse. En ese sentido la lectura tiene la misión de arrojar luz sobre las zonas oscuras de la existencia humana. Sólo mediante esa comprensión llegaremos a un mejor entendimiento social. La educación como un todo amplía los dominios de la conciencia. El mundo en que se inserta nuestro país está modelado en general en términos del capitalismo salvaje, que equivale a apropiarse de lo más que se pueda, y ese concepto lleva a la barbarie.<sup>55</sup>

La literatura escrita por De la Torre puede apreciarse, precisamente, como una invitación a ampliar “los dominios de la conciencia”. No se trata de una literatura fácil, o ligera, exige del lector una reflexión y procura hacerlo mirar ciertos aspectos oscuros del ser humano más allá de que presenta una lectura propia del mundo.

Una vez que De la Torre abandonó su trabajo como obrero industrial, la práctica de corrección de estilo, traducción, periodismo, guionismo televisivo y cinematográfico, entre

---

<sup>55</sup> Gerardo de la Torre, citado en entrevista en la página electrónica: <http://www.rebellion.org/cultura/030731leer.htm>, consultada en febrero de 2008.

otros, ha sido la continuación de su formación en la escritura; aunado a esto, por supuesto, las incontables horas de lectura que siguen siendo tan importantes para el autor.

En una librería de la Avenida Hidalgo, propiedad de Leopoldo Duarte, un exiliado español y su hijo del mismo nombre, el joven lector fue descubriendo nuevos autores, así como compañeros de discusión y tertulia. Escritores como Simón Otaola (otro exiliado español) y Juan Manuel Torres, nacido en Minatitlán y con una formación cinematográfica en Polonia, lo fueron acercando a una manera diferente de ver la literatura. Sobre esta época de la librería de los Duarte, el cuentista y crítico de cine José de la Colina relata:

En Libros Escogidos lo de menos era vender libros. Allí se hacían y deshacían teorías literarias, artísticas, eróticas, futbolísticas o del mundo y de la vida en general, y se engendraban, vehiculaban, mejoraban o empeoraban las anécdotas y habladurías del ámbito de los intelectuales y los literatos.

Y antes de esto, el mismo De la Colina refiere:

Simón Otaola chisporroteaba en juegos de palabras, en anécdotas de la guerra de España y del exilio, en nostalgias de bilbaíno con vocación madrileña [...] el cuentista Juan Manuel Torres tomaba poses a lo James Dean o Ernest Hemingway, a escoger; [...] Gerardo de la Torre, que era él sólo toda la base obrera del Partido Comunista, rumiaba ya sus enérgicos cuentos vividos por sus “viejos lobos de Marx”.<sup>56</sup>

De esa época se desprende el interés de Gerardo de la Torre por literatura europea, particularmente comienza su lectura de Pío Baroja, recomendada por Otaola. Y también su amigo Torres lo invitó a conocer algo de la producción cultural polaca. Al respecto, De la Torre comenta:

---

<sup>56</sup> José de la Colina, “La librería de Polito” en: AA.VV., *Libro arbitrio*, p. 196 y ss.

*Juan Manuel era un tipo brillante y talentoso y fue otro que me metió a literaturas europeas porque venía lleno de Bruno Schulz y de Witold Gombrowicz. Y me hizo leerlos y ver cine polaco y a Roman Polanski, que había salido un año antes que él de la escuela de cine de Lodz. Y de su maestro Andrzej Wajda, creo que he visto todas sus películas o las vi en su momento (y ya no hay más; por cierto, no se consiguen).*

Fue el mismo Juan Manuel Torres quien invitó a De la Torre a trabajar en el Taller de Televisión Infantil patrocinado por la empresa Xerox para hacer programas de la primera temporada de la serie Plaza Sésamo:

*Eso me sirvió para aprender el rigor de la televisión, cómo hacer escaletas...crearme una disciplina para hacer televisión. No tuve grandes maestros, sino el hecho de estar trabajando, el aprendizaje sobre la marcha. Fue muy importante porque de los treinta y seis años que he vivido de “cosas extrañas”, yo creo que el cincuenta por ciento ha sido de la televisión, treinta por ciento de la literatura –digamos en el entendido no de escribir libros sino de corrección de estilo, clases, talleres, etcétera– y veinte del periodismo.*

Ese recorrido práctico e intelectual vivido por De la Torre ha fraguado en una obra narrativa que consiste en un promedio de treinta libros y que ha sido reconocida oficialmente por varias instituciones culturales.

De la Torre fue becario del Centro Mexicano de Escritores y del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Obtuvo en 1988 el Premio de Novela Pemex 50 años de la Expropiación por *Hijos del águila* y en 1992, el Premio Nacional de Novela José Rubén Romero del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes por *Los muchachos locos de aquel verano*. Sus cuentos han aparecido en antologías de la Universidad de

Sinaloa y la colección Para leer de boleto en el Metro del Gobierno del Distrito Federal, entre otras.

Por otro lado, De la Torre es actualmente profesor de *Cine y literatura* en el Diplomado de Creación Literaria de la Escuela de Escritores de SOGEM en la Ciudad de México, ha impartido cursos y talleres de narrativa y guión cinematográfico en varias ciudades del país y en múltiples ocasiones ha sido jurado de premios nacionales de narrativa.

A partir de que dejó de trabajar en la refinería, ansioso por dedicarse de tiempo completo a la literatura, De la Torre se fue alejando de la militancia comunista obrera. Entre 1974 y 1975 volvió al Partido Comunista pero en una célula de escritores y artistas, después en una de cinematografistas hasta que en 1981 el partido se disolvió. Desde entonces se ha involucrado de forma espontánea en algunas movilizaciones sociales en coyunturas políticas como la de 1988, primero apoyando la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas y después en la defensa del voto, o más recientemente durante 2006 en las batallas en contra del desafuero del Jefe de Gobierno Andrés Manuel López Obrador y después en la lucha por el recuento de los votos de la elección presidencial en junio del mismo año.

En *De cuerpo entero*, el autor sostiene que después de la masacre de 1968 “no quedaba, pues, sino seguir en la lucha, participar en todas las batallas, inventar cada día modos de compromiso y participación. Vivir, en suma. Y vivir generosamente”.<sup>57</sup>

Por otra parte, en su novela *Los muchachos locos de aquel verano*, volviendo los ojos hacia su juventud en ese valiente, violento y finalmente trágico verano de 1968, De la Torre hace propia una frase de la película *Nos amábamos tanto* del cineasta italiano Ettore Scola: “Volevamo cambiare il mondo, ma il mondo ha cambiato noi”.

---

<sup>57</sup> Gerardo de la Torre, *De cuerpo entero*, p. 53.

“Queríamos cambiar el mundo, pero [sin darnos cuenta, agrega De la Torre] el mundo nos cambió a nosotros”.

*Los muchachos locos de aquel verano*, visto por el propio autor como su libro más logrado, refleja mejor que cualquier otro la visión actual de De la Torre sobre la lucha política, el pasado petrolero y su transición al presente literario; una transformación en su modo de vida, una búsqueda del placer en la literatura, quizás, pero ante todo como una justificación de la vida misma. Literatura y vida indisociables, en esa expresión del mundo se plantearían para Gerardo de la Torre las inquietudes emocionales, ideológicas, estéticas, en esencia: filosóficas.

Según Natalia Núñez:

Leer una novela o un cuento de este escritor es adentrarse en una Ciudad de México, con todo lo que la habita, donde justamente la realidad se desborda de sí, en una atmósfera en la que el alcohol juega un papel idiosincrásico, culturalmente rotundo, aunque con los puntos de apoyo trémulos de la costumbre; y también es divertirse, engolosinarse, avanzar con el apetito abierto porque el aroma nos lleva directamente al meollo del asunto: sin engaños, claramente. Para él el artificio de la palabra cobra vida en el margen discutible de la verdad, que aunque no es absoluta por su condición ficticia, tampoco resulta hiriente o destructiva como la mentira. Es la verdad del hombre la que exuda de estos mundos creados por él, que son a la vez éstos en los que habitamos. Hay algo auténtico en la prosa de De la Torre que fascina; más allá de la axiomática pulcritud, su labor (a lo largo de una trayectoria sin vacíos) plantea congruencia, evolución, conciencia del ser con todos sus errores y defectos, la soledad del individuo y cómo ésta desemboca en un gesto, en la representación de un despertar brumoso, después de un jugueteo con la conciencia, o un sueño, o una utopía.<sup>58</sup>

En su insistencia por desentrañar la realidad, manifiesta en su narrativa, así como en la guerra diaria con el lenguaje y la imaginación en la que se sabe inmerso cada mañana de trabajo frente a la computadora, Gerardo de la Torre pone en práctica

---

<sup>58</sup> Natalia, Núñez, “La casa del mono y otros crímenes” en la columna ‘La caja de pandora’, diario *La jornada*.

su visión de la vida como una lucha constante. Al igual que su personaje Emilio de *Los muchachos locos de aquel verano*, De la Torre se enfrenta con la vida para trabajar, amar, combatir, a sabiendas que no tiene “nada que perder sino más batallas”<sup>59</sup>.

---

<sup>59</sup> Gerardo de la Torre, *Los muchachos locos de aquel verano*, p. 230.

## Capítulo III

### El cuento como objeto de estudio sociológico

#### 1. De sociología literaria

El estudio de la narrativa desde un punto de vista sociológico se ha concentrado en la novela por la capacidad de dicho género para transportar una visión amplia de la realidad a la ficción. Se considera que la novela es la versión moderna de la épica griega en la cual, a diferencia de ésta, el héroe “lejos de aceptar su destino y la posición social que se le ha asignado, cuestiona su fundamento en el orden social; así, el conflicto entre el individuo y la sociedad se considera como una de las estructuras básicas del género de la novela”.<sup>60</sup>

En *Novela y revolución* Alan Swingewood analiza distintos puntos de vista sobre el papel de la novela en términos de discurso político, ya que es innegable el hecho de que un narrador expresa en sus obras un punto de vista sobre la realidad que vive. Asimismo, la novela puede tener una función como instrumento político. No está de más recordar, por ejemplo, el impacto en la sociedad nortea estadounidense de *La cabaña del tío Tom* de Harriet Beecher Stowe, como una fuente de conciencia sobre la cuestión de la esclavitud en los estados del sur de EE. UU. Existen muchos ejemplos sobre el papel de la novela, bien subversivo o bien tranquilizador de conciencias en determinada sociedad. En el Capítulo II, se citó el caso de *Las horas violentas*, de Spota, que de hecho motivó a De la Torre a escribir una novela que tratara el tema de las luchas de 1958 y 1959 desde un punto de vista de la clase obrera y no desde un punto de vista que justificara las acciones del gobierno.

---

<sup>60</sup> Alan Swingewood, *Novela y revolución*, p. 21.

El hecho de que la novela realista ocurra en un momento concreto la distingue de otro tipo de obras de ficción y le da su peso como retrato histórico.<sup>61</sup> Empero, esto no debe significar tampoco que la novela deba ser percibida como un simple reflejo de la realidad. Las grandes novelas realistas, desde el punto de vista de los críticos, pero también desde el punto de vista de lectores que vuelven a valorar los clásicos, son aquellas que no se reducen a una descripción llana de los hechos observados junto con una transposición de las opiniones políticas del autor, sino que deslumbran al lector con sus descripciones y un modo de estructurar el lenguaje que resulte novedoso.

Swingewood señala la tendencia desafortunada de ciertos marxistas dogmáticos que acotarían el pensamiento de Marx para sostener que la literatura se podría evaluar por el origen de clase de un autor y su ideología. Por el contrario, en la lectura que hace Swingewood de Marx, una de las proposiciones del autor alemán encaminadas a una teoría de la literatura sería la siguiente:

El escritor refleja verazmente la naturaleza de la sociedad y las relaciones del hombre dentro de su propia clase (todos los escritores están ligados histórica y sociológicamente a un grupo social y clase específicos). Es decir, el escritor creador se convierte en crítico de la sociedad precisamente a causa de la relación dialéctica entre la actividad artística y los valores sociales, los individuos, las instituciones y la sociedad.<sup>62</sup>

Tanto Marx como Engels, así como Lenin y Trotsky más tarde, miraron con desdén la escritura que evidenciaba el punto de vista militante del autor, pues al tender hacia el panfleto deja de ser buena literatura.<sup>63</sup> Por otra parte, Marx hacía notar la relación

---

<sup>61</sup> *Ibíd.*, p. 23.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 35.

<sup>63</sup> Ver: Alan Swingewood, *op. cit.* y Edmund Wilson, "El marxismo y la literatura" en *Literatura y sociedad*, p. 139 y ss.

contradictoria entre la existencia simultánea de condiciones socioeconómicas muy primitivas (una estructura económica basada en la esclavitud) y una producción artística del más alto nivel en la Grecia antigua.<sup>64</sup> Así, los teóricos marxistas admiraban y leían con entusiasmo obras de Balzac, Tolstoi, Dostoyevski sin reparar en las posiciones políticas de estos autores sino en sus descripciones críticas reveladoras de una sociedad.

La literatura para Swingewood no sería un mero reflejo pasivo de la sociedad, ni una mera biografía personal del escritor, sino que “surge al mismo tiempo, como una interrogación y un cuestionamiento de la realidad, la respuesta compleja de hombres específicos que viven sus vidas dentro de grupos sociales específicos, a los problemas humanos, sociales y políticos que predominan en su época”.<sup>65</sup> Esa relación entre los elementos internos de una obra y los factores en la producción literaria sería el problema esencial del estudio sociológico de la novela.<sup>66</sup>

Más adelante en este libro de sociología literaria, Swingewood afirma:

La literatura misma no escoge los elementos de la tradición existente para desarrollarlos o rechazarlos. Es el escritor mismo quien lo hace; su elección y las formas en que transforma estructuras determinadas dentro de la cultura literaria no son explicables sino con referencia a lo extrínseco, a los valores sociales del escritor y a sus afiliaciones de grupo.<sup>67</sup>

Esta aseveración nos remite muy concretamente al caso citado anteriormente de José Revueltas, así como al caso mismo de De la Torre. En tanto militantes políticos y participantes de una realidad social concreta los temas de sus novelas tienen una correspondencia deliberada con su vida. Sin embargo, en ambos escritores existió la

---

<sup>64</sup> Karl Marx, *Introducción general a la crítica de la economía política de 1857*, pp. 60-62.

<sup>65</sup> Alan Swingewood, *op. cit.*, p. 39.

<sup>66</sup> *Ibíd.*, p.40.

<sup>67</sup> *Ibíd.*, p. 55.

conciencia de buscar recursos innovadores en las formas narrativas. De la Torre, por ejemplo, cuenta en entrevista la dificultad que tuvo para describir una batalla en su primera novela, *Ensayo general*. No hallaba la manera de dar una visión de conjunto de la batalla, pero una ocasión, recuerda en entrevista De la Torre...

*Leyendo una novela de Faulkner que se llama Una fábula, sobre la Primera Guerra Mundial, hay unos hombres que van a fusilar por haberse negado a salir de las trincheras en uno de varios famosos paros de los soldados que se negaban a combatir, a salir de las trincheras, porque era aquello una matazón terrible. Entonces, comienza Faulkner a contar “venían por los más distintos medios de locomoción”, “llegaban por acá familias” y dije esto es lo que yo necesito para contar ese episodio; no tomando, desde luego, los elementos que tenían que ver con una realidad campirana... Aquí la gente se reunió en torno al Caballito, que estaba en Paseo de la Reforma y Avenida Juárez... De hecho fue tomar más o menos el recurso narrativo, implantárselo a mi novela.*

Este ejemplo ayuda a ilustrar cómo un escritor (Faulkner) a quien se ha acusado de racista, conservador, machista, entre otros atributos, se convierte en modelo para la estrategia narrativa.

La discusión sobre el novelista como crítico social o apoyo al *statu quo* es muy amplia y finalmente varía de uno a otro autor e incluso de una obra a otra. Sin embargo, el realismo burgués, en particular, es considerado por Swingewood como “una forma artística revolucionaria y conservadora, creada por un estrato independiente de intelectuales, que daba resonancia a los valores de la cultura capitalista moderna al mismo tiempo que los criticaba”.<sup>68</sup> Esa dualidad ocurre porque más allá del punto de vista político del novelista, la

---

<sup>68</sup> *Ibíd.*, p. 94.

obra rebasa ese punto de vista y no niega las transformaciones sociales venideras. Sobre el caso, Swingewood comenta la presencia marxista en los teóricos que atribuyen “al novelista del siglo XIX el poder para trascender su propia posición de clase limitada y sus simpatías políticas por medio de una crítica ‘negativa’ del capitalismo”.<sup>69</sup>

Ahora bien, ¿qué relación tiene todo esto con un cuento de Gerardo de la Torre? Ya hemos dicho que los debates de la sociología literaria se centran en la novela, en parte por su protagónica aparición como género moderno, aunque también por sus características de extensión en las que el autor puede plantear un desarrollo amplio de situaciones en las cuales el lector contempla a personajes desarrollarse en distintos ámbitos de la vida. Para De la Torre, por ejemplo, la novela es una oportunidad para dar una visión del mundo mediante la creación de personajes entrañables. El novelista tendría por misión lograr esos personajes que resulten tan atractivos para el lector de modo que se les acompañe en sus aventuras y sufra y disfrute con ellos.

El cuento, por el contrario sería básicamente una historia corta. A continuación veremos cómo el cuento, desde su brevedad y su concisión, puede también ser útil para el estudio sociológico.

---

<sup>69</sup> *Ibíd.*, p. 97.

## 2. El lugar del cuento

*Todo cuento perdurable es como la semilla donde está durmiendo el árbol gigantesco.*

*Ese árbol crecerá en nosotros, dará sombra en nuestra memoria.*

Julio Cortázar

Si la novela se ha identificado históricamente con el avance de la burguesía y las condiciones sociales que le permitían a ésta contar con tiempo de ocio para dedicarse a la lectura,<sup>70</sup> el cuento resulta más difícil de clasificar dentro de una época. Tomando en cuenta la necesidad del mito como justificación de tal o cual fenómeno natural o cultural, aunada a la necesidad del entretenimiento como tal, el cuento tiene un origen más antiguo. Recopilaciones de distintas partes del mundo atestiguan la presencia de historias, relatos y leyendas en todas las civilizaciones. Sin embargo, el cuento corto, tal como lo conocemos hoy, publicado en revistas, diarios o en volúmenes autónomos del género, es al igual que la novela un producto de la modernidad.

El cuento es una invención en la cual el autor imagina una realidad y la objetiva al exteriorizarla, escribiéndola en esas páginas destinadas a un lector (así sea únicamente él mismo en una primera instancia). Si bien el cuento no tiene reglas definitivas para ser escrito, ni mucho menos es una labor del sociólogo definir las, sabemos –nuestra práctica social como lectores nos capacita para saberlo– que hay una intención de impactar en el lector, sorprenderlo, entretenerlo. Un cuento puede decirnos algo nuevo o hacernos ver algo conocido con ojos distintos; puede también llevarnos a descubrir algo de nosotros mismos, descubrirlo o develarlo ante nuestra conciencia. O bien, nos lleva de la mano en el aprendizaje de un mundo lejano o ignorado por nosotros hasta ese momento.

---

<sup>70</sup> Ver: Alan Swingewood, *Novela y revolución*, p. 19 y ss.

En tanto invención, artificio a fin de cuentas, esa pieza de ficción tiene una autonomía respecto a la realidad, pero finalmente no una inconexión total. Cuando la relación de hechos, la anécdota contada, involucra una descripción de cierta realidad, así sea un mínimo detalle de nuestro mundo social, en ese invento producto de la imaginación y la memoria, la destreza en el lenguaje y la tenacidad de un individuo para darle forma atractiva, el cuento se vuelve relevante para la sociología.

En esta investigación tratamos particularmente con la narrativa realista, es decir aquella que no pretende desfigurar la realidad originaria a tal grado que no seamos capaces de reconocerla. Este tipo de narrativa deja de lado la posibilidad de lo sobrenatural y se centra en lo que podemos considerar posible de ocurrir en nuestra vida como lectores y concretamente en ese universo recreado por el cuento.

A semejanza de aquellos espejos de feria en los que hallamos nuestra figura deformada, los cuentos pueden exagerar, desfigurar, reinventar lo que se capta con la mirada y demás estrategias de observación. Sin embargo, en ese proceso de redefinición de la realidad, deliberadamente ficticia, se van colando consciente e inconscientemente elementos de lo real que el investigador puede reconocer y contrastar con su observación cotidiana. Así, el cuento realista se convierte en la recreación de un ámbito selecto de la vida.

En un cuento, el espacio es corto para poder desprender de su lectura una visión del mundo así como para lograr un perfil complejo de un personaje. Sin embargo, ese tipo de narración breve es como una mirada profunda de la realidad, se adentra en un espacio muy específico y puede a través de una sutil perspicacia del escritor profundizar en esa selección de la realidad. Julio Cortázar afirmaba en una conferencia en Cuba a principios de la década de los sesenta:

un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez que una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, un fugacidad en una permanencia.<sup>71</sup>

Si en la novela, como en las películas, la captación de la realidad “se logra mediante el desarrollo de elementos parciales”,<sup>72</sup> según Cortázar el cuento se asemejaría mucho más a la fotografía:

El fotógrafo o el cuentista se ven precisados a escoger y limitar una imagen o un acaecimiento que sean *significativos*, que no solamente valgan por sí mismos, sino que sean capaces de actuar en el espectador o en el lector como una especie de *apertura*, de fermento que proyecta la inteligencia y la sensibilidad hacia algo que va mucho más allá de la anécdota visual o literaria contenidas en la foto o en el cuento.<sup>73</sup>

En esta misma conferencia, Cortázar menciona una frase que se haría célebre acerca de la comparación entre el cuento y la novela.

Un escritor argentino, muy amigo del boxeo, me decía que en ese combate que se entabla entre un texto apasionante y su lector, la novela gana siempre por puntos, mientras que el cuento debe ganar por *knock out*. Es cierto, en la medida en que la novela acumula progresivamente sus efectos en el lector, mientras que un buen cuento es incisivo, mordiente, sin cuartel desde las primeras frases.<sup>74</sup>

Entonces, a diferencia de la novela que iría sumando conforme se avanza en los capítulos, el cuento tendría que ser fulminante, tendría que derrotar al lector de un solo

---

<sup>71</sup> Julio Cortázar, “Algunos aspectos del cuento” (1962), p. 306.

<sup>72</sup> *Ibíd.*, 308.

<sup>73</sup> *Ibíd.*, pp. 308 y 309. Al respecto vale la pena consultar el cuento “Las babas del diablo” en: Julio Cortázar, *Las armas secretas*, De bolsillo, Barcelona, 2001., un verdadero homenaje a esa coincidencia entre la fotografía y el cuento.

<sup>74</sup> *Ibíd.*, p. 309.

golpe. Más adelante Cortázar señala: “El tiempo del cuento y el espacio del cuento tienen que estar como condensados, sometidos a una alta presión espiritual y formal para provocar esa ‘apertura’ a que me refería antes.”<sup>75</sup>

Respecto al compromiso ideológico del escritor, Cortázar señala en medio de la Revolución Cubana la necesidad de diferenciar pedagogía de literatura para no caer en la idea escueta de creer que el buen escritor comprometido tenga que escribir a un nivel precario para ser mejor comprendido por el pueblo. Afirma, por lo contrario, que el “escritor revolucionario tiene todo el derecho de dirigirse a un lector mucho más complejo, mucho más exigente en materia espiritual de lo que imaginan los escritores y los críticos improvisados por las circunstancias y convencidos de que su mundo personal es el único existente”<sup>76</sup>. Después sostiene ya hablando específicamente del caso cubano:

Y pensemos que a un escritor no se le juzga solamente por el tema de sus cuentos o sus novelas, sino por su presencia viva en el seno de la colectividad, por el hecho de que el compromiso total de su persona es una garantía indesmentible de la verdad y de la necesidad de su obra, por más ajena que ésta pueda parecer a las circunstancias del momento. Esta obra no es ajena a la revolución porque no sea accesible a todo el mundo. Al contrario, prueba que existe un vasto sector de lectores potenciales que, en un cierto sentido, están mucho más separados que el escritor de las metas finales de la revolución, de esas metas de cultura, de libertad, de pleno goce de la condición humana que los cubanos se han fijado para la admiración de todos los que los aman y los comprenden.<sup>77</sup>

Y bien, este último comentario, apoya el combate a los prejuicios por los que se clasifica a los escritores en uno u otro lugar por el mero hecho de escribir fantasía o por no escribir de una manera fácil. Bien advierte Cortázar: “¡Cuidado con la fácil demagogia de exigir una

---

<sup>75</sup> *Ídem.*

<sup>76</sup> *Ibíd.*, p. 320.

<sup>77</sup> *Ibíd.*, p. 321.

literatura accesible a todo el mundo! Muchos de los que la apoyan no tienen otra razón para hacerlo que la de su evidente incapacidad para comprender una literatura de mayor alcance.”<sup>78</sup> Y más adelante Cortázar señala el prejuicio mismo de creer que la gente no sabrá distinguir entre un cuento popular mal escrito y “un cuento más difícil y complejo pero que lo obligará a salir por un momento de su pequeño mundo circundante y le mostrará otra cosa, sea lo que sea pero otra cosa, algo diferente”.<sup>79</sup> Y esa creencia, finalmente involucra un menosprecio del pueblo al creer que un lector común no tiene suficiente capacidad para comprender un cuento complejo.

Puede decirse que el cuento es esa construcción de un escritor cuyo objetivo consiste en sorprender a un lector, deslumbrarlo con una cierta mirada sobre una situación en específico para la cual la anécdota sirve de gancho. Siguiendo a Cortázar, el cuento contiene la posibilidad de dejar en el lector una semilla, un pequeño recorte de una circunstancia a la cual el tiempo, fraguado en la memoria de la lectura, habría de alimentar para engrandecer la imaginación.

---

<sup>78</sup> *Ídem.*

<sup>79</sup> *Ídem.*

### 3. El cuento según De la Torre

En sus clases de narrativa en la Escuela de Escritores, así como en tertulias y conversaciones en las que se prolonga su interés en discutir temas literarios, políticos y sociales con jóvenes escritores, Gerardo de la Torre habla del cuento como un género cuya esencia consiste en relatar una anécdota.

Lo interesante de escribir el cuento, sin embargo, no está en el hecho mismo de que la anécdota sea de por sí entretenida. El oficio del escritor entra en juego al momento de tomar decisiones sobre cómo contarlo, lo cual significa una serie casi infinita de posibilidades. ¿Quién narra, hay uno o varios narradores?, ¿qué tiempo verbal se emplea?, ¿qué adjetivos y sustantivos se emplearán en la narración? Estas son algunas de las preguntas que el escritor responde en la práctica de la escritura, ensayando hasta decidir que ha llegado a un punto en el que el texto está maduro.

Si en “El vengador”, por ejemplo, el narrador fuera cualquier otro de los personajes que más adelante conoceremos, el cuento sería sencillamente otro. La anécdota en sí, que De la Torre tomó de la nota roja, si hubiera sido elegida por otros veinte autores y conociéramos los veinte cuentos resultantes de dicho ejercicio, enfrentaríamos una gama de perspectivas sumamente rica. De ahí, el lenguaje que se escoge para narrar en un cuento, los adjetivos y los sustantivos específicos, la confección del carácter de un personaje, el orden temporal en que los hechos son expuestos, dan como resultado una creación única. Dicho de otra manera, “El vengador”, como lo conocemos, sólo lo podría haber escrito Gerardo de la Torre.

Sólo un autor mexicano, cuyo oficio anterior a la escritura profesional era el de obrero industrial, que se involucró en la acción política de disidencia en el sindicato

petrolero, que era aficionado a la lectura desde muy joven y luego lector profesional (y a esto podemos sumar un largo etcétera que detallaría elementos de la personalidad de Gerardo de la Torre que se han referido en el Capítulo II) pudo haber escrito ese cuento.

Además, el momento en que se escribe un cuento es también muy importante. El contexto histórico mundial, nacional y local afecta de manera considerable, sobre todo, valga insistir, cuando hablamos de literatura realista. Así, hay que valorar también qué posición política está ocupando el autor al momento de escribir el cuento.

Aunque De la Torre considera la novela el género idóneo para la exposición de una visión del mundo en el que se desarrollan personajes con sus respectivos conflictos, intenciones y actitudes, “El vengador”, según veremos, si bien no detalla una visión del mundo, sí da muchos elementos que permiten atisbar una perspectiva social del autor. Así, el cuento realista, entre otros subgéneros<sup>80</sup>, tiene la posibilidad de exponer una perspectiva sobre ciertos ámbitos sociales. El autor selecciona consciente e inconscientemente sus temas y después define toda esa serie de elementos que se mencionaban arriba como parte de la construcción del cuento (tiempos verbales, narrador, lenguaje), lo cual contribuye a que el resultado final sea una producción arraigada en la visión del mundo de un autor.

De vuelta a Cortázar, podríamos decir que “El vengador” es como una semilla que en su proceso de crecimiento ha ramificado en una serie de reflexiones y notas que a continuación se comparten.

---

<sup>80</sup> Valga hacer notar que aquí nos concentramos en el cuento realista por que ésta es la naturaleza de “El vengador”, pero no puede negarse la incidencia de la realidad social en cuentos fantásticos. Inclusive la obra de un cuentista como Juan José Arreola no puede eximirse de interpretaciones sociales. Piénsese, por ejemplo, en un cuento como “El guardagujas”. Y eso por no mencionar el sólido contenido de análisis social en autores de ciencia ficción o literatura de anticipación como Aldous Huxley y Ray Bradbury.

## Capítulo IV

### “El vengador”

#### 1. La creación del libro

En los últimos años de la década del sesenta De la Torre fue becario del Centro Mexicano de Escritores; vio nacer a su hija Yolanda y unos días después sufrió la muerte de su esposa igualmente nombrada; participó en el movimiento estudiantil de 1968 y escribió cinco versiones de la novela *Ensayo general*. En 1971 renunció a su trabajo en la refinera y comenzó a ganarse la vida como escritor en distintos géneros.

En medio de esos años de vorágine social, política, emocional y profesional, para De la Torre, precisamente como proyecto para la beca que le otorgó el Centro Mexicano de Escritores, nacieron los cuentos que llegarían a ser publicados en el volumen *El vengador* en la Serie del volador de la editorial Joaquín Mortiz en 1973.

El comentario de la cuarta de forros presenta el volumen como:

Un libro de relatos que pone en evidencia las contradicciones crecientes de nuestra sociedad enajenada. Las desigualdades económicas; la frustración política; la corrupción de gobernantes y líderes; la sensación creciente de la injusticia que nos rodea; el aparente conformismo, en espera sólo de un detonador para transformarse en rebeldía; el humor, como una de las limitadas vías de escape en la represión; todos estos elementos son, en la narrativa del autor, una vía para expresar su ira y su deseo de un mundo mejor. Pocas obras calan, como ésta, en lo profundo del proletariado y el lumpen mexicano actuales y expresan, con un realismo que no desdeña las formas modernas de la narrativa, muchas de las esencias que, subjetivamente, rehuyen los “especialistas” en el tema.<sup>81</sup>

---

<sup>81</sup>Ver cuarta de forros de Gerardo de la Torre, *El vengador*, Serie del volador, Joaquín Mortiz, 1973.

Por nuestra parte podríamos agregar que *El vengador* es un volumen cuyos relatos comparten una búsqueda de novedosos recursos narrativos y el ansia por dejar testimonio de un mundo marginal. La herencia narrativa de Hemingway y Faulkner, entre tantos otros autores estadounidenses y europeos, nutre la inventiva que busca recrear ciertos aspectos de la vida defecha en una época de crecimiento de la ciudad. Pulquerías, antros, edificios multifamiliares, calles desoladas, zonas oscuras de la ciudad, son los espacios en los que transcurren las vidas de los personajes de estos cuentos. Y es innegable que con dicho trasfondo social surge esa ira que señalan los editores.

Si bien es notoria la influencia mencionada de autores reconocidos en este volumen de cuentos, también es cierto que De la Torre practica una experimentación constante del lenguaje y las posibilidades de contar cada historia según su naturaleza. En las diversas formas de narrar propuestas en este libro se violenta constantemente el orden temporal, mediante la inmersión de recuerdos y fantasías en la descripción de un hecho. Se nota, inclusive, esa influencia del cine, de la que se habló en el Capítulo II, como propuesta de relatar los hechos de manera desordenada cronológicamente para generar un cierto suspenso.

En el cuento “El vengador”, en particular, se plantean por medio de los personajes algunas inquietudes respecto al problema de la desigualdad social, y si bien las acciones emprendidas por el personaje en un intento por resarcir dicha desigualdad resultan polémicas, las preguntas y los problemas que despiertan estas acciones se manifiestan actualmente con evidencia en nuestra sociedad.

En una entrevista realizada en 2008, a treinta y cinco años de la escritura de “El vengador”, De la Torre comenta sobre las implicaciones políticas del cuento y de paso hace una comparación entre la situación actual de la clase obrera y la de esa época:

*Lo conté [“El vengador”] a ras de tierra, desde abajo, pero yo sí era una gente con conciencia política, había andado ya en la militancia política, en las confrontaciones de clase, en el sindicato y las confrontaciones políticas en el Partido Comunista. Pero, entre los personajes sólo hay uno que tiene conciencia de clase, de pertenencia, los demás viven sus vidas como la gente en general, sin mayor preocupación que tener para vivir. Que ahora es cada vez una dificultad más acuciante, porque en aquella época yo recuerdo que se pensaba en el sindicato: “Vamos a ganar cada vez más, porque peleamos y les podemos seguir arrebatando cosas a la clase en el poder, a los empresarios, a los patrones”. Y ahora ya no, los trabajadores se conforman con tener trabajo. Incluso están, y lo hemos visto, dispuestos a aceptar rebajas en sus salarios, y desde luego sus pretensiones salariales no llegan mucho más allá. Se conforman con mucho menos. En términos del ejército industrial de reserva, los desempleados se van cada vez más a Estados Unidos. Y por otro lado no hay una mano de obra calificada amplia.*

Como vemos, la cita ilustra la especificidad del momento en que fue escrito el cuento. Hoy, De la Torre tendría que contar desde otro punto de vista, con otro enfoque para quizás denunciar otros aspectos criticables de la sociedad. Empleo el verbo denunciar porque me parece que es adecuado, aunque vale la pena mencionar que a De la Torre le incomoda emplear dicho término al referirse a su obra. Cuando se le pregunta si en algún momento era su intención denunciar una situación social, aclara:

*No, no lo era. ¿Qué denunciabas con esto? Yo jamás creí en eso. Las denuncias habría que ir a ponerlas en la Procuraduría General de la República o algo así. No, lo que pasa es que nadie hablaba de estas cosas, la clase obrera era algo que no se podía tocar en la literatura, no tenía sentido. No había que hablar de eso, ¿cómo hablar de obreros, del trabajo? En la literatura mexicana, quiero decir; porque en otras literaturas es distinto.*

*Yo no intenté denunciar nada, simplemente ponía a los personajes a rodar por el mundo y así eran. El corrupto de la novela Ensayo general contra el no corrupto, pues eran dos características que diferenciaban a los personajes. Pero así lo decían: la denuncia de la corrupción sindical. Pues no, no andaba yo tratando de denunciar, sino de mostrar ese mundo.*

Al parecer, lo que le molesta a De la Torre es el término empleado, por esa carga jurídica que tiene la palabra denuncia en una de las acepciones del Diccionario de la Real Academia: “tr. *Der.* Dar a la autoridad judicial o administrativa parte o noticia de una actuación ilícita o de un suceso irregular.”<sup>82</sup> Por supuesto que esa no era la intención de “El vengador”, aunque sí puede desprenderse de la lectura una intención de describir ese mundo social desde un punto de vista particular, enunciar un tipo de reflexiones que tantas veces se quedan dichas en voz baja; lo cual involucra una intención política en la literatura.

Al respecto de otros textos incluidos en el volumen de cuentos, en la entrevista De la Torre insiste sobre la diversidad de temas y enfoques aunque dentro de cierta tendencia:

*También hay cuentos de ladrones, por los que se muestra cierta simpatía a veces. Por los desheredados, por los fregados, por los perdedores de la Tierra, finalmente. Todos los amores son frustrados, todas las aventuras acaban mal. A mí uno de los cuentos que más me gusta de ese libro es Coser y cantar, el de la muchacha enamorada, que el novio se viene a trabajar a la ciudad de México y ella sabe que no lo volverá a ver.*

En esa misma entrevista De la Torre comenta los cuentos “Cómo explicárselo a mamá” y “A los ojos de Dios”, textos en los que en efecto no hay referencias evidentes a la diferencia de clase, aunque los personajes son seres en sufrimiento: sufren una pérdida,

---

<sup>82</sup> Diccionario de la Lengua Española, versión electrónica en: <http://buscon.rae.es/draeI/>

les duele algo en el fondo de su conciencia, viven una culpa, un remordimiento. Y concluye: “Yo no veo nada de denuncia en todo esto.” Pero ahí está presente la revelación o el develamiento de la opresión, de la condición de los dominados en una sociedad de profundas iniquidades.

En ese sentido, como conjunto de visiones sobre una realidad del sufrimiento, que podríamos ubicar en la tradición de José Revueltas, una literatura del lado moridor, “El vengador” es un texto vigente que, desde las circunstancias históricas de las cuales emerge, tiene mucho qué decir al lector actual.

## 2. “El vengador”: una lectura sociológica

A continuación se pretenden objetivar verbalmente las observaciones realizadas en la lectura y la relectura del cuento. Para ello hay que tomar en cuenta que leer es siempre interpretar, quien lee lo hace desde una posición histórica y social única, a partir de sus nociones particulares sobre el mundo en que vive. Como diría Paulo Freire: “La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra, de ahí que la posterior lectura de ésta no pueda prescindir de la continuidad de la lectura de aquel”<sup>83</sup>.

“El vengador” es un cuento espeluznante; dado que involucra violencia física explícita, se trata de un cuento atípico de Gerardo de la Torre. La dosificación de los hechos a lo largo de la narración va construyendo la expectativa del final y genera un suspenso que lo acerca al cuento de terror, en el sentido de miedo psicológico, en el cual la amenaza es un peligro humano, no sobrenatural.

El narrador es al mismo tiempo protagonista en la historia y narra en primera persona. La anécdota relatada, en síntesis, es la siguiente: Una tarde de octubre en 1969 cinco muchachos beben cerveza afuera de una vecindad en una colonia popular en la ciudad de México. Platican de temas cotidianos: el fútbol, las borracheras, las prostitutas, las novias, etcétera. Dentro de este etcétera, se comenta algo respecto a las “rubitas”, “niñas de gestos, pasos y ademanes seguros”. Se habla de las posibilidades de que alguno de ellos se case con una niña rica y rubia.

Carrillo, uno de los muchachos, trabaja como taxista mientras que los demás son obreros industriales. El narrador mismo trabaja en la refinería, pero desde un principio

---

<sup>83</sup> Paulo Freire, *La importancia de leer y el proceso de liberación*, p. 94.

hace notar las diferencias entre él y los demás, pues él sabe de explotadores y explotados (menciona en un momento su pertenencia *al partido*), mientras que los otros atribuirían al destino el hecho de vivir en condiciones de pobreza. El narrador también comenta algo sobre la enajenación a través de la televisión, justamente a propósito de la posibilidad de que Carrillo se case con una de las niñas ricas que abordan su taxi.

¡Putá, que si me casaba! Pero, ¿tú crees que ella se iba a casar conmigo, con un pinche ruletero jodido? ¿Por qué no? Así sucede en las películas de Pedro Infante. Carrillo no decía nada más. Su mirada se sumergía tal vez en un mundo de ilusiones creado no por la imaginación sino por las pantallas televisoras y kilómetros de celuloide. ¿Por qué no?<sup>84</sup>

Constantemente el narrador llama la atención sobre la posibilidad de relatar a los otros “lo de las noches” o “lo del día dos”. Esa noche precisa sigue su curso entre cervezas, plática, risas, albures, comparaciones entre ellos y Carrillo que tendría más oportunidad de conocer a mujeres en su trabajo como ruletero. Y el narrador, que nos hace sus cómplices, sigue con la idea de contarles aquello, pero se detiene; se frena precisamente porque considera que los otros no lo van a entender, menciona el hecho de que todos viven en las mismas condiciones materiales y que los une incluso una solidaridad de amigos de la infancia, sin embargo él se sabe distinto a los demás.

Trabajaba como ellos, con las manos, pero yo no le veía sentido a mi trabajo. [...] Muy bien, habría podido decirles, el destino o la suerte hacen que éste o el otro lleguen a banqueros, pero, ¿qué los sostiene en ese lugar? Su dinero. ¿Y de dónde sale ese dinero? De sus negocios. Jamás pasaríamos de los negocios. Carrillo, más que nadie me discutiría, porque en el fondo conservaba la esperanza de ahorrar un poco y comprarse otro coche de ruleteo y más tarde otro y otro y otro y llegado el

---

<sup>84</sup> Gerardo de la Torre, *El vengador*, p.23

momento comprar una casa en Lomas Verdes y abandonar para siempre el barrio oloroso a miseria.<sup>85</sup>

Aunque se percibe como alguien diferente, no le queda clara la razón de esa diferencia.

Pensé que yo, después de todo, había estado dos años en la secundaria. Pero Néstor había terminado la secundaria y Chabelo pasó por una escuela técnica. ¿Entonces? Quizás algún sociólogo hubiese podido explicármelo. ¿Y de qué me hubiera servido la explicación?<sup>86</sup>

Luego de señalar la diferencia de capital cultural<sup>87</sup>, el narrador comienza a imaginar la posibilidad de que sus amigos fueran diferentes, más parecidos a él. Entonces, en vez de seguir el hilo de la charla deja que los otros hablen y los imagina en circunstancias distintas:

abstraje la voz de Néstor, la puse en otras situaciones, comencé a imaginar a Néstor hablando en un mitin de obreros revolucionarios poder, partido, patria, pueblo, los hombres explotados que levantan la cabeza, dicen basta y se lanzan a la lucha.<sup>88</sup>

Pero luego el narrador vuelve a la realidad y concluye que es un “lunático” por imaginar esa situación, ya que como él mismo lo había mencionado antes, en una discusión con sus compañeros sobre las condiciones materiales de la sociedad, nunca pasarían de ver los negocios como fuente del capital sin llegar a analizar a fondo la constitución del régimen capitalista.

En esa continuada noche de alcohol, el narrador termina por contarle únicamente al lector aquello del día dos. Se trata, por supuesto, del día 2 de octubre en la Plaza de

---

<sup>85</sup> *Ibíd.*, p. 25.

<sup>86</sup> *Ibíd.*, p. 30.

<sup>87</sup> La diferencia del capital cultural, no está directamente relacionada con los años de escolaridad, como vemos tanto en el ejemplo que da el narrador como en el caso particular del propio De la Torre, referido en el Capítulo 2.

<sup>88</sup> *Ibíd.*, p. 27.

las Tres Culturas en Tlatelolco. El suceso que platica es una visita con Valerio, un amigo de las plantas, a esta plaza el día 2 de octubre un año después de la matanza.

Venían en grupos de dos y tres, enlutadas, silenciosas, algunas arrastrando niños, y todas con veladoras y flores en las manos. Varios policías, con los fusiles tendidos como barreras, se adelantaron para detenerlas, pero un sargento los hizo retroceder.<sup>89</sup>

Y así, el narrador relata esta presencia de las mujeres que rezaban, llevaban flores y veladoras al sitio donde hacía un año habrían perecido sus hijos, maridos, hermanos.

Después el narrador señala:

Pero había algo más que un ir y venir. No eran los velos negros ni las holgadas ropas negras ni las veladoras depositadas en la terraza ni la tarde húmeda y gris ni el llanto sofocado, sino los rostros amarillos, los cenicientos rostros inmóviles y apagados de madres, hermanas, novias y esposas que en aquella hora, en aquel sitio contenían toda la tristeza y todo el odio del mundo.<sup>90</sup>

A partir de aquí, con este último sustantivo (odio), el cuento va tomando un cariz más violento. El narrador describe cómo los policías de la plaza pisotearon gladiolas y rosas, y apagaron las velitas. “—Qué poca madre— dijo Valerio. — Sí, y lo peor es que no podemos hacer nada”<sup>91</sup>, replica el narrador.

La juerga se prolonga entre los amigos de la calle Mar del Norte. Unos deciden ir a un bar nocturno llamado Poza Rica, el narrador dubita todavía en la posibilidad de invitarlos a otro lugar, a que lo sigan en sus hazañas nocturnas, pero nuevamente se detiene. Los demás terminan yendo al Poza Rica y al día siguiente comen pancita todos juntos, incluido el narrador, en un mercado. ¿Qué había hecho el protagonista, por qué

---

<sup>89</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>90</sup> *Ibíd.*, p. 32.

<sup>91</sup> *Ídem.*

se veía desvelado si se suponía que no iría al Poza Rica por quedarse a descansar? Los amigos interrogan y él responde que se desveló leyendo.

En realidad ocurrió otra cosa y aquí viene la historia de *lo de las noches*. El narrador cuenta que una mañana en la refinería, su amigo Valerio estaba con su tambache de propaganda de la corriente verde del sindicato, siendo que antes habían hablado al respecto “con un poco de rabia o un poco de asco”. No iban a participar en las próximas elecciones, no tendría sentido hacerle el juego a los líderes charros. Y a la hora de la comida hablan nuevamente:

–Creí que no ibas a participar, Valerio.

–No quería, pero tú sabes, las presiones.

– ¿Qué esperas ganar?

–Me van a hacer delegado del departamento.

– ¿Y con eso vas a arreglar el mundo?

–No, pero ya sabes que no puede hacerse nada...Lo que pasa es que tú eres demasiado radical. Ya me convencí, hay que luchar desde adentro.

– ¿Y Tlatelolco?

Cuando sonó el silbato para anunciar la vuelta a las labores, la amistad entre Valerio y yo había terminado. Es un hipócrita hijo de puta. Son mejores Chabelo, Carrillo, Néstor, el Guacho. Ellos, por lo menos, no se las andan dando de revolucionarios [...]<sup>92</sup>

Y una vez sabiendo que no cuenta con Valerio, aunque por otra parte es la única persona que sabe “lo de las noches” (según veremos enseguida), el narrador entra en acción como personaje en sus hazañas nocturnas, vengativas.

Resulta que en una comida en la que Valerio y el narrador aprovechaban para discutir temas políticos se comenta la necesidad de hacer algo, vengarse, después de lo de

---

<sup>92</sup> *Ibíd.*, p. 34.

Tlatelolco y antes de que el primero decidiera participar en la política sindical desde adentro. ¿Tomar las armas?, ¿era realmente una opción?, ¿irse a la sierra? Y nuestro narrador de pronto externa su visión:

–A los ricos sólo los joden dos cosas: que les quiten su dinero o que se cojan a sus hijas, a las niñas bien, a las niñas de sociales. No podemos quitarles su dinero...

–¿Entonces?<sup>93</sup>

Así sucede entonces que el personaje se autoproclama vengador de la clase obrera, acaso también de la raza de bronce como se deja ver en algunos detalles que más adelante se señalarán, y toma cartas en el asunto. El personaje pide prestada una motocicleta y en una noche toma la carretera del Distrito Federal hacia Cuernavaca, chamarra de cuero y pistola al cinto. En el camino encuentra una casa de gente rica donde hay una fiesta de jóvenes. Esconde la moto y camina en la oscuridad hasta encontrar un coche donde atisba a unos novios. Abre la puerta del vehículo y empuña la pistola contra el muchacho. A ella le pide que se desnude. Luego de *dormir* con dos culatazos al novio, el protagonista fuerza al acto sexual a la chica luego de platicar con ella y finalmente se va de regreso en la moto. Y como si continuara haciendo a Valerio y al lector sus cómplices, termina diciendo cómo seguía yendo por las noches, ahora a la Zona Rosa:

Pero no lograba odiar todo lo que quería. Sí, me subía el odio frente a los muchachitos y muchachitas que me despreciaban, pero yo buscaba un rostro, una carita blanca, llorosa aquella noche, quizá sonriente esta vez, una carita afligida y dulce...<sup>94</sup>

---

<sup>93</sup> *Ibíd.*, p. 40.

<sup>94</sup> *Ibíd.*, p. 43.

## 2.1 La cuestión del poder

El Estado es una entidad y un concepto sin el cual es incomprendible la historia de la política moderna en Occidente y los lugares a donde han llegado la civilización y la cultura europeas. Aunque el cuento que estudiamos no alude de manera directa a la idea del Estado como tal, vale la pena retomar algunos elementos de sus características en el caso mexicano, concretamente, para luego entrar en detalle a las formas en que aparece de modo tan relevante el tema del poder en “El vengador”.

En *La formación del poder político en México*, Arnaldo Córdova define:

El régimen político mexicano, régimen populista por obra de una revolución, es también, por supuesto, un régimen clasista. Este carácter aparece claramente, no tanto porque una clase se encuentre en el poder, sino porque el poder del Estado promueve de un modo específico los intereses de una clase, la clase capitalista.<sup>95</sup>

Y más adelante, Córdova precisa: es verdad que en ocasiones el Estado ha

blandido su ascendiente entre las masas contra los empresarios, obligándolos a seguir determinada política; y es verdad, en fin, que el Estado se ha creado un poderío económico propio, constituyendo un fuerte sector público en la economía, frente al cual los capitalistas mexicanos se han manifestado con frecuencia en desacuerdo. Sin embargo, todo ello, en última instancia, ha sido hecho para transformar a México en un país capitalista, moderno.<sup>96</sup>

Desde este punto de vista es posible ubicar las reflexiones y las inconformidades del narrador de “El vengador” como una expresión muy consciente de la situación política mexicana. El cuento puede apreciarse de este modo como testimonio de un ámbito de la realidad social en el que es patente una profunda desigualdad. El odio de clase, el

---

<sup>95</sup> Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, p. 62.

<sup>96</sup> *Ídem.*

resentimiento, el deseo de venganza contra las clases privilegiadas afloran en el personaje principal de “El vengador” hasta encarnar en su acción perversa.

El tema del poder cobra fuerza como uno de los ejes del relato en varios aspectos. Por una parte está presente una perspectiva sobre la inicua distribución del poder adquisitivo en tanto que los personajes se ubican como obreros pobres, habitantes de un barrio “oloroso a miseria”, según lo describe el narrador. La condición de pobreza de los obreros contrasta con la de esas mujeres a quienes se sienten atraídos al tiempo que las envidian.

Y ese aspecto económico del poder está vinculado al aspecto político. En el Capítulo II se han referido algunos acontecimientos históricos que definen las condiciones de los sindicatos de trabajadores de manera general en México. A esto habría que agregar un par de observaciones realizadas, nuevamente, por Arnaldo Córdova:

Formalmente, el de México no es un sistema político de partido único; pero el monopolio que el partido oficial ejerce en las organizaciones de masas hace que virtualmente prive el sistema de partido único. Sin organizaciones de masas, los demás partidos no son, frente al partido oficial, y ya sean de izquierda, de derecha, de centro, verdaderos contendientes, lo que equivale a decir que no son verdaderos partidos.<sup>97</sup>

Por lo mismo, Córdova matiza más adelante en *La política de masas y el futuro de la izquierda*:

Sin temor a exagerar puede decirse que la izquierda, en sus más variadas manifestaciones, es desde la década de los treinta un componente esencial de la historia del movimiento obrero mexicano. Tan es así que, de hecho, no se registran alternativas de independencia sindical en el movimiento obrero que no sean las planteadas por la izquierda.

---

<sup>97</sup> Arnaldo Córdova, “La política de masas y el futuro de la izquierda”, en: Pablo González Casanova, y Enrique Florescano, coords., *México, hoy*, p. 390.

[...]

Si la dirección obrera oficialista es tan franca y rabiosamente anticomunista es porque el único enemigo de consideración que ha tenido, por lo menos en determinados momentos, ha sido la izquierda sindical.<sup>98</sup>

Estas acotaciones de un artículo escrito a fines de los setenta son útiles para ubicar las dimensiones y características de los problemas obreros dentro de una empresa estatal, como es el caso de Petróleos Mexicanos. Lo que comenzó como una relación de apoyo de los sectores obreros al gobierno revolucionario resultaría, paradójicamente, una atadura para el mejoramiento de la propia clase obrera una vez que dicha relación devino en dependencia hacia el gobierno “institucional”.

Nada se puede hacer, dice Valerio en “El vengador”, fuera del sindicato petrolero; nada podría hacerse, parece decir el personaje, frente al poder de control ejercido sobre los sindicatos por parte de los dirigentes charros.<sup>99</sup> Sobre todo, nada podría hacerse ante el poder de los patrones a escala nacional, el cual se expresó concretamente en la represión de las manifestaciones y específicamente en la matanza del 2 de octubre. Nada puede hacerse, diría el narrador, respecto a la pobre educación (y aquí se hace manifiesto un aspecto cultural del poder) de sus amigos y a la imposibilidad de que se involucren en un proyecto revolucionario de transformación social. Lo cual confirma uno de las funciones inherentes al Estado destacadas por Marcos Kaplan: “Creación y consolidación del conformismo general, como modo de refuerzo de la legitimidad del consenso a favor del Estado, y de la aceptación de la hegemonía de ciertas clases y fracciones sobre otras.”<sup>100</sup> Sin embargo, el

---

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 391.

<sup>99</sup> En *Muertes de Aurora* puede hallarse una excelente descripción de las distintas estrategias de control y de obtención de información al interior de la refinería de Azcapotzalco por parte de los líderes sindicales.

<sup>100</sup> Marcos Kaplan, *El Estado en el desarrollo y la integración de América Latina*, p. 66.

personaje principal de “El vengador” desearía revertir las condiciones del poder económico político, como detallaremos más adelante.

El tema del poder en el cuento, asimismo, toca también un aspecto relacionado con la interacción sexual dominada por ciertos preceptos masculinos. Al narrador le preocupa si su víctima es virgen y además señala que su acto vengativo no se perpetra contra esa víctima sino contra el burgués padre. La mujer es entonces vista como el artificio de la venganza, como un medio para ésta. La violación, asimismo, implica la subordinación de la víctima a la fuerza bruta y la alevosía del victimario. La mujer es violentada, se vuelve objeto de una supuesta venganza en la que a fin de cuentas ella, irónicamente, desde un principio también es objeto de la opresión, según puntualizaremos más adelante.

De ese modo, el poder está presente a lo largo del relato en distintas facetas. Vale la pena referir en este punto una definición del poder desarrollada por el sociólogo peruano Aníbal Quijano:

Tal como lo conocemos históricamente, a escala societal el poder es un espacio y una malla de relaciones sociales de explotación/dominación/conflicto articuladas, básicamente, en función y en torno de la disputa por el control de los siguientes ámbitos de existencia social: (1) el trabajo y sus productos; (2) en dependencia al anterior, la “naturaleza” y sus recursos de producción; (3) el sexo, sus productos y la reproducción de la especie; (4) la subjetividad y sus productos, materiales e intersubjetivos, incluido el conocimiento; (5) la autoridad y sus instrumentos, de coerción en particular, para asegurar la reproducción de ese patrón de relaciones sociales y regular sus cambios.<sup>101</sup>

Siguiendo este razonamiento, en el cuento podemos leer la exposición de situaciones que aluden a varios de estos ámbitos de poder; ámbitos en los cuales el

---

<sup>101</sup> Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder y clasificación social” en: *Festschrift for Immanuel Wallerstein*, en: *Journal of World Systems Research*, p.345.

Estado mexicano concretamente, como ya dijimos con Córdova, promueve los intereses de una clase social específica. En “El vengador”, por una parte existe entre los personajes, y principalmente en el protagonista, la conciencia de explotación y dominio de la burguesía. Igualmente, dicho personaje es consciente del control de la subjetividad cuando menciona el papel de la televisión y el cine como fuentes de fantasías ilusas. Y a esa labor de los medios de comunicación se agrega en el relato el trabajo de la historia oficial como generadora de ciertas esperanzas o expectativas.

Norberto Bobbio, siguiendo a Bertrand Russell, dice respecto a esta forma del ejercicio del poder en el plano psicológico que se le puede definir como parte de una “producción de efectos deseados” y que se ejerce mediante la persuasión o la disuasión y se manifiesta en todos los países mediante la educación.<sup>102</sup>

Al describir el ensueño de sus amigos del barrio de lograr escalar en la sociedad, el narrador de “El vengador” afirma:

para Carrillo como para el Guacho y Néstor y todos los muchachos de nuestro barrio y de tantos barrios como el nuestro, se materializaba [en la ensoñación] el gran sueño de poder y riquezas: el niño humilde crecía y con velocidad vertiginosa se acomodaba en la silla presidencial. La mente pasaba de Los Pinos a Guelatao al Hemiciclo a Palacio al libro de texto de primaria que nos contaba vida y hazañas de Benito Juárez. Cualquiera puede llegar a la presidencia, cualquiera puede casarse, acostarse y revolcarse con las rubitas de nalgas perfumadas.<sup>103</sup>

Esta cita ilustra, asimismo, como la posibilidad de poseer sexualmente a esas chicas deseadas por los amigos pobres de la vecindad se queda en un fantaseo, colmado de esperanza, subordinado al azar.

---

<sup>102</sup> Norberto Bobbio, *Estado, gobierno y sociedad*, p. 103.

<sup>103</sup> Gerardo de la Torre, *El vengador*, p. 24.

Frente a la aparente imposibilidad real de llegar a poseer los cuerpos de esas mujeres ensoñadas, a las cuales aparentemente sólo podrían acercarse Chabelo, Carrillo, Néstor y los demás como sus empleados o en todo caso como prestadores de un servicio, en el narrador esto se va convirtiendo en un motivo más para odiar a la clase dominante. Y de ese odio va surgiendo el deseo de venganza, una venganza supuestamente orientada a quienes ocupan la cúpula del poder en una sociedad opresiva.

De lo que no es consciente el personaje es de su propia enajenación, de la subordinación de su pensamiento a un imaginario impuesto por un régimen social generación tras generación. Al ejercer su acto supuestamente vengativo, el personaje perpetúa la opresión, se convierte en uno de los de poderosos de manera violenta, ejerce una opresión contra la mujer (un ser también enajenado, como darán cuenta algunas citas más adelante). Pero incluso antes de que el personaje decida llevar a cabo su venganza, en las pláticas entre los amigos se manifiesta la reproducción de una opresión, en este caso orientada a las muchachitas “de la burguesía” (y nótese este matiz en la manera de referirse a ellas en el relato, no son consideradas mujeres autónomas, con alguna conciencia de liberación de las determinaciones de su clase social, sino las hijas de la burguesía, las mujeres *de* alguien).

## 2.2 Colonialidad, “raza” y “clase”

*El mito de las razas puras es una de las estafas más absurdas que se han tratado de imponer al mundo [...] Toda la gran cultura europea, de la que heredaríamos en América tantas y tan grandes riquezas, nace en la cuenca mediterránea. Y, ¿qué cosa es la cuenca greco mediterránea sino el crisol de mestizajes más fabuloso y más tremendo de la historia de Occidente?*

Alejo Carpentier, en entrevista televisiva con Joaquín Soler

Serrano

La mera selección del título para el cuento delata una violencia, pero al título le sigue un epígrafe que reproduzco en su forma original:

Rape was an insurrectionary act. It delighted me that I was defying and trampling the white man's law, upon his system of values and that I was defiling his women...<sup>104</sup>

La cita proviene del libro *Soul on ice* de Eldridge Cleaver, quien fue, a saber, un connotado miembro de la organización Panteras Negras que por esos años había comenzado a luchar por los derechos de los afroamericanos en Estados Unidos. Panteras Negras había nacido originalmente como una agrupación de defensa personal en contra de la policía californiana con la cual la población afroamericana tenía constantes enfrentamientos. El libro fue escrito como una especie de confesión mientras Cleaver estuvo encarcelado y en él relató algunas anécdotas de su vida como delincuente.

Si bien en el “El vengador” el intento de venganza que se propone el protagonista tiene por fundamento una lucha política y más específicamente se puede detectar en el personaje un odio de clase, la situación puede matizarse para lograr un análisis más detallado. Me parece importante señalar de modo particular una diferencia social referida al color de la piel, que se puede percibir ya en algunos párrafos citados

---

<sup>104</sup> La violación era un acto de insurrección. Me fascinaba que estuviera desafiando y burlando la ley del hombre blanco, su sistema de valores y que estuviera mancillando a sus mujeres en: *Ibíd.*, p. 22.

del cuento. El epígrafe de Cleaver refuerza el vínculo entre “clase” y “raza”. Cleaver reflexiona sobre aquellos actos criminales como una forma de desafío a la ley del hombre blanco y a su sistema de valores. Como puede observarse, en la perspectiva de ese joven Cleaver está presente también la subordinación de la mujer a mero objeto de mediación para desafiar, en este caso, al hombre blanco.

Por otra parte no se puede pasar por alto el hecho de que en el momento en que Cleaver escribe, la población negra en Estados Unidos estaba marginada política, social y económicamente. Su argumento no se basa meramente en una diferencia de “raza” sino también de clase.

Martin Luther King, en el célebre discurso pronunciado frente al memorial de Lincoln en Washington, D.C., denunció la condición de marginalidad de la población negra:

Cien años después [de la emancipación de los esclavos], el negro vive en una solitaria isla de pobreza en la neblina de un vasto océano de prosperidad material. Cien años después, el negro languidece en los rincones de la sociedad americana y se halla en un exilio dentro de su propia tierra.

[...]

No estaremos satisfechos mientras el negro sea víctima de indecibles horrores de la brutalidad policíaca.<sup>105</sup>

Este trabajo no es el espacio para ahondar en las diferencias entre la historia de la sociedad estadounidense y la sociedad mexicana. El papel de la esclavitud como tal en una y en otra, así como las relaciones de poder establecidas en uno y otro caso entre los

---

<sup>105</sup> One hundred years later, the Negro lives on a lonely island of poverty in the midst of a vast ocean of material prosperity. One hundred years later, the Negro is still languished in the corners of American society and finds himself an exile in his own land.

We can never be satisfied as long as the Negro is the victim of the unspeakable horrors of police brutality. Martin Luther King, Jr., “I have a dream” en:

<http://www.americanrhetoric.com/speeches/mlkhaveadream.htm>, consultada el 24 de julio de 2008.

pobladores nativos y los inmigrantes europeos son muy distintas. Pero si lo miramos desde una perspectiva histórica global, podemos comprender ambos casos como parte de un mismo fenómeno. Aníbal Quijano ubica el concepto de colonialidad como un elemento constitutivo y específico del patrón mundial capitalista que

se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas, de la existencia social cotidiana y a escala societal. Se origina y mundializa a partir de América.<sup>106</sup>

Una vez que fue “descubierto” el continente americano y las naciones europeas se establecieron como centro del capitalismo mundial, también fueron clasificados socialmente los distintos grupos étnicos y raciales. Desde la condición colonial, los americanos estaríamos reproduciendo el orden de ideas configurado desde Europa. En tanto ciudadanos de la periferia, desde el punto de vista de la teoría de la dependencia, construimos nuestra identidad a partir de como nos define el centro. Así, en América el negro es visto como un ser inferior, cuyas capacidades intelectuales están delimitadas por su pertenencia a una raza menor. Como si las diferencias fueran “naturales”, determinadas por una condición genética, se da por sentado que el negro está destinado a vivir bajo la tutela y opresión del “hombre blanco”.

El indio, por otra parte, aunque en un principio fue visto por el extranjero como animal y desde el punto de vista teológico se puso en duda si poseía un alma, se convirtió en objeto de transformación de Occidente. El indio, para ser mejor, para poder ser moderno, habría de dejar de ser indio. Así, argumenta Aníbal Quijano:

---

<sup>106</sup> Aníbal Quijano, *Op. cit.*, p. 342.

La estructura colonial del poder produjo las discriminaciones sociales que posteriormente fueron codificadas como “raciales”, étnicas, “antropológicas” o “nacionales”, según los agentes y las poblaciones implicadas. Esas construcciones intersubjetivas, producto de la dominación colonial por parte de los europeos, fueron inclusive asumidas como categorías (de pretensión “científica” y “objetiva”) de significación ahistórica, es decir como fenómenos naturales y no de historia del poder.<sup>107</sup>

El concepto de colonialidad es útil para el análisis de “El vengador” en tanto permite ubicar la disposición del poder a escala societal como organizada en torno a ese concepto y el de modernidad como ejes centrales del patrón de dominación en el sistema mundial.<sup>108</sup> Desde el punto de vista del imaginario colectivo, más allá de la opresión directa de la cultura europea que se ha establecido como modelo de la civilización universal, lo perceptible en el cuento es la asimilación por parte de los personajes de un imaginario colonial. Como sostiene Quijano, durante la Colonia:

La europeización cultural se convirtió en una aspiración. Era un modo de participar en el poder colonial pero también podría servir para destruirlo y, después, para alcanzar los mismo beneficios materiales y el mismo poder que los europeos; para conquistar la naturaleza.<sup>109</sup>

A partir de la imposición del pensamiento colonial en América, el americano se pensaría a sí mismo desde la metrópoli europea. Los países americanos se asumen actualmente como “subdesarrollados” o “en vías de desarrollo”, modos más sutiles para nombrar el concepto de “tercer mundo”, fraguado durante la Guerra Fría.

En esta lógica los países americanos miden su atraso o su progreso a partir de Europa y la milenaria cultura mesoamericana queda relegada a una antigua gloria del

---

<sup>107</sup> Aníbal Quijano, *Colonialidad y modernidad/racionalidad*, p. 12.

<sup>108</sup> Ver: Aníbal Quijano, *Colonialidad del poder y clasificación social*, p. 342.

<sup>109</sup> Aníbal Quijano, *Colonialidad y modernidad/racionalidad*, p. 13.

pasado muerto. El colonialismo como periodo histórico económico y político ha terminado, aunque las actuales formas de dominación bien pueden clasificarse como neocoloniales. Y aún, la colonialidad de las mentalidades sigue viva cotidianamente. Lo cual, por supuesto, implica una crisis de identidad en tanto el mexicano concretamente, se siente parte de Occidente, sin ser considerado por los europeos como un occidental auténtico. Y aunque se tiene una conciencia de la naturaleza mestiza de la cultura mexicana, se efectúa de manera cotidiana un bloqueo de la raíz mesoamericana de nuestra civilización.

Siguiendo a Quijano, una vez reconocida dicha condición de colonialidad, para avanzar en un análisis más complejo de la constitución social habríamos de abandonar la eurocéntrica teoría de las clases sociales para construir una teoría histórica de la clasificación social. Lo cual se refiere a:

Los procesos de largo plazo en los cuales las gentes disputan el control de los ámbitos básicos de existencia social y de cuyos resultados se configura un patrón de distribución del poder centrado en relaciones de explotación/dominación/conflicto entre la población de una sociedad y en una historia determinadas.<sup>110</sup>

Quijano enfatiza la necesidad de conocer los problemas sociales del capitalismo contemporáneo desde la perspectiva de relaciones sociales heterogéneas, ya que:

lo que puede llamarse “sujeto”, no sólo colectivo, sino inclusive individual, está siempre constituido por elementos heterogéneos y discontinuos y [...] llega a ser una unidad sólo cuando esos elementos se articulan en torno de un eje específico, bajo condiciones concretas, respecto de necesidades concretas y de modo transitorio.<sup>111</sup>

---

<sup>110</sup> Aníbal Quijano, *Colonialidad del poder y clasificación social*, p. 367.

<sup>111</sup> *Ibíd.*, p. 370.

De manera que las generalizaciones que definirían una clase social habrán de someterse a la experiencia histórica para lograr una visión más compleja y menos inexacta del concepto de sujeto.

Acerca de la clasificación social o procesos de subjetificación social frente a la explotación/dominación, la cuestión central es la determinación de las condiciones históricas específicas respecto de las cuales es posible percibir los modos, los niveles y los límites de la asociación de las gentes implicadas en esas tres instancias (trabajo, “género” y “raza”), en un periodo y en un contexto específicos.<sup>112</sup>

En el caso de los problemas de distinción racial en México, éstos se hallan presentes y se pueden percibir en la práctica social de forma cotidiana. Los conflictos racial/étnicos surgen en México de manera muy singular, si pensamos junto con Guillermo Bonfil Batalla que dichas cuestiones tienen que ver con una negación constante de la civilización mesoamericana. Negamos el presente indio, porque no queremos reconocernos en él. En tanto los países americanos nos asumimos como “países niños” decididos a orientar nuestros esfuerzos a convertirnos en una nación moderna a imitación de los Estados nación europeos, rechazamos cualquier atadura al pasado indio “del atraso”.

Sergio Bagú, en “La supervivencia del feudalismo español”, sostiene que en el territorio que hoy llamamos América Latina las proporciones del problema racial se redujeron con el mestizaje entre conquistadores y conquistados.<sup>113</sup> Y podemos afirmar que en efecto las proporciones del problema son menores que en Estados Unidos, sin embargo el tema racial está presente y no es posible ignorarlo si queremos ir al fondo de nuestra constitución como sociedad. Bonfil Batalla señala en ese sentido:

---

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 372.

<sup>113</sup> Sergio Bagú, “La supervivencia del feudalismo español”, p. 261.

Si se observa con objetividad la presencia de ciertos rasgos somáticos en la población mexicana, por ejemplo el color de la piel, es inevitable advertir que no se distribuyen de manera homogénea, sino que la piel más clara se encuentra con mayor frecuencia en algunos grupos sociales que en el resto de la población...el mestizaje no ha ocurrido de manera uniforme.<sup>114</sup>

A esto se suma el constante desprecio entre los mexicanos de la presencia de una herencia indígena tanto en lo rasgos físicos como en muchas manifestaciones culturales. Y este rasgo hace muy distinta la discriminación en Estados Unidos a la que se presenta en México. Donde en Estados Unidos la discriminación estaría en relación fundamental al color de la piel y ciertos rasgos fisonómicos, aunque también asociada a las prácticas culturales heredadas de una tradición afroamericana<sup>115</sup>, en nuestro país se trata de principalmente de una diferencia de visión civilizatoria. La ironía más burda es que el llamado “indio” pobló mucho antes este territorio que el colonizador europeo. La producción cultural que fue resultado del establecimiento de la civilización mesoamericana está completamente hecha a un lado y subyugada al proyecto de civilización occidental.<sup>116</sup>

Así, la discriminación en México se vive de una manera más compleja, para percibirla se necesita de mayor sutileza y, por supuesto, de una voluntad para reconocerla. De manera cotidiana en este país se escuchan comentarios que hacen mofa de lo indio en nosotros; de hecho entre muchos la palabra indio se emplea para designar al inculto o al

---

<sup>114</sup> Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo*, p.39.

<sup>115</sup> Piénsese en el desprecio que existió hacia el *jazz* en un principio al considerársele “música inferior” por ser la creada y ejecutada por los negros.

<sup>116</sup> Desde luego que habría muchos elementos a matizar en esta cuestión, ya que no se puede negar la presencia de muchas prácticas culturales tanto en la sociedad mexicana como estadounidense que proceden tanto de la cultura mesoamericana como de las culturas de distintos países de África, cuya influencia en nuestro continente proviene de la presencia de esclavos de origen africano. La muy diversa cocina mexicana, la cocina creole en Estados Unidos, así como la música popular de ambos países son ejemplos de esto. Lo que se trata de hacer ver aquí es cómo la definición de proyecto civilizatorio, la visión de conjunto persisten bajo un esquema colonial. Lo cual por lo demás es muy grave en términos de futuro de la civilización humana si se piensa en el abandono de tantos elementos de la cosmovisión mesoamericana en referencia al equilibrio con la naturaleza.

ignorante. ¿Ignorante de qué? De los saberes occidentales, por supuesto. Pues hablar purépecha o náhuatl, practicar medicina tradicional, o trabajar alguna artesanía no son actividades valoradas por la mirada occidental. O bien, los productos de dichas actividades se toman por meros adornos a nuestra supuesta identidad nacional aparentemente fundada en el mestizaje. Y digo que dicho mestizaje es aparente porque en realidad se trata de una transformación cultural que comenzó con el intento de destrucción del *otro*. Como dice Bonfil Batalla, entre la gente bien “nadie habla náhuatl, pero muchos francés y casi todos, hoy, inglés”<sup>117</sup>. Dicho sea de paso, el español que se habla en México está cada vez más poblado de anglicismos y términos importados deliberadamente del inglés. Puesto de otra manera, en México pareciera que se es mejor mexicano mientras más extranjero se es.<sup>118</sup>

Al principio de “El vengador”, cuando se habla de las niñas ricas “olorosas a lavanda y jabón, ágiles, sonrosadas, inmaculadas”, el narrador pone especial énfasis en el color de su piel. “¿Qué te parecen, Carrillo? ¿Te gustan? A huevo, mano, huelen a toda madre las pinches descoloridas.” Y con el adjetivo peyorativo de por medio se percibe ya un dejo de resentimiento, además del hecho de señalar la comodidad de esa vida sin agobios. Es decir, la ubicación en la escala social se asocia de facto al color de la piel. Yendo hacia atrás en una revisión de nuestra historia nacional, en *México profundo* Bonfil Batalla destaca que si bien las distinciones entre castas estaban supuestamente delimitadas

---

<sup>117</sup> Guillermo Bonfil Batalla, *Op. cit.*, p.92.

<sup>118</sup> No se puede dejar pasar el uso del adjetivo naco, que bien puede referirse al patán, al maleducado, al ventajoso, pero que muchas veces está asociado precisamente a lo autóctono, o bien a todo aquello que se salga del patrón extranjerizante. Se es naco por no vestir a la moda (europea o estadounidense, o la imitación legitimada de éstas). También existe una cierta connotación política del término; por ejemplo, se es naco cuando se efectúan prácticas de contracultura, o bien en 2006 para muchos era naco votar por López Obrador.

por los porcentajes de una sangre y otra, la cuestión central en el paso de un grupo al otro tenía que ver con factores sociales entre los cuales la riqueza tenía una preponderancia<sup>119</sup>.

Carrillo y yo nos mirábamos a veces profundamente, quizá porque los ojos buscaban en los ojos ajenos o en los propios imágenes de las niñas rubias levantándose no muy temprano, bañándose, colocándose el portabustos y los calzones immaculados, la blusa blanca [...] seleccionando una botella de perfume entre las docenas de botellas colocadas en la repisa de mármol y dejando correr la esencia a borbotones. Todo el día les duraba el aroma aristocrático.<sup>120</sup>

Aunado al señalamiento de esa posibilidad de despilfarro en la gente rica, “dejando correr la esencia a borbotones”, se delata una insistencia en lo blanco, puro, immaculado de esas jovencitas. Sobre la clasificación social de las razas, Aníbal Quijano acota que “las diferencias fenotípicas entre vencedores y vencidos han sido usadas como justificación de la producción de la categoría “raza”, aunque se trata, ante todo, de una elaboración de las relaciones de dominación como tales”<sup>121</sup>.

Según Luis Villoro, a principios del siglo XIX en el Virreinato de la Nueva España (énfasis con negritas la idea que me interesa destacar):

Dentro de la élite tendían a diversificarse cada más los intereses de dos sectores distintos. De un lado, los grupos que se habían convertido en hegemónicos y que estaban ligados de cerca al sistema de dependencia [de la metrópoli]: mineros, comerciantes exportadores, burocracia política. Del otro, los sectores interesados en promover un mercado interno: Iglesia, hacendados, comerciantes de provincia y el incipiente grupo industrial. Esta diversificación de grupos en la clase dominante no coincidía con diferencias raciales. **Aunque en el sector exportador y administrativo predominaran los peninsulares, y los criollos entre los hacendados e industriales, la mezcla entre las familias de la oligarquía era frecuente. No era el nacimiento ni la sangre, sino la distinta función que cumplían dentro del sistema colonial lo que les separaba.** El

---

<sup>119</sup> *Ibid.*, p.125.

<sup>120</sup> Gerardo de la Torre, *El vengador*, p. 23.

<sup>121</sup> Aníbal Quijano, *Colonialidad del poder y clasificación social*, p. 374.

antagonismo entre “criollos” y “gachupines” nunca corrió con suerte entre las familias privilegiadas. Más bien, sería creación de los “letrados” de las clases medias que se harán voceros de los intereses americanos. Esa distinción racial funcionará entonces como una “racionalización” de antagonismos más profundos. Como sucede a menudo, los conceptos de raza y nacionalidad servirán para encubrir y dramatizar diferencias económicas y sociales.<sup>122</sup>

La “dramatización” referida por Villoro se ejemplifica en el siguiente pasaje del libro *Charlas de café con...José María Morelos*, en el que supuestamente este personaje histórico se presenta ante el autor, Pedro Ángel Palou, para pedirle que cuente su verdad. Se dirige el personaje Morelos a Palou:

Entonces me ponen mi nombre: José María Tecló. Asentado quedó en el *Libro de Españoles* como antes el matrimonio de mis progenitores, una mentira. Mi madre no podía permitirse menos, pensaba sólo en mi futuro. Allí estamos inscritos todos en esa época a falta de un *Libro de Americanos*.

[...]

¿Cuándo se deja de ser hijo de español y mestizo o de español e indio y mulato? Sólo cuando ya no hay castas, ni amos ni esclavos, cuando todos son iguales. Porque si no se está allí en el mentado *Libro de Españoles* no se puede ser ni bachiller ni abogado, ni militar, ni sacerdote, ni ser maestro de un oficio ni pertenecer a un gremio...Qué sueño inalcanzable ser propietario de mina o de comercio.<sup>123</sup>

---

<sup>122</sup> Luis Villoro, *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, p. 34. En una nota a pie de página de este libro, Villoro plantea la siguiente reflexión, sumamente interesante: Cuando la clase explotada cobra conciencia de que detrás del régimen estatuido se oculta el arbitrio de la clase explotadora, se abre para ella la posibilidad revolucionaria; la división de las clases actúa entonces como perpetuo desafío. Por el contrario, cuando la conciencia de clase mengua, la clase explotada, en lugar de hacer responsable de su situación a la *otra* clase, atribuye sus males a la reglamentación social existente, a la “situación económica general”, a la “crisis”, a la “guerra” o a cualquier otra realidad vagamente impersonal. Entonces la actitud revolucionaria deja el lugar a un movimiento reformista [Cfr. Luis Villoro, *Op. cit.*, p. 69].

<sup>123</sup> Pedro Ángel Palou, *Charlas de café con...José María Morelos*, p. 28.

De vuelta a “El vengador”, cuando el protagonista narra su expedición a la Zona Rosa en busca de víctimas, se puede apreciar la asociación entre el concepto de clase y el de raza:

Y yo cumplía una misión. Me detenía largamente frente a los ventanales de los cafés, observaba, con la violencia dentro, ardiendo, pero frío en el exterior. Imaginaba el comentario que seguía a la sonrisa de dientes perfectos. De él: ya le gustaste al proletas, Diana [Más adelante, el narrador aclara el hecho de que la llame así: “Después de la primera vez, todas se llamaban Diana”.], tienes tu pegue. De ella: si te descuidas, podría correrme una aventura con el morenito, ¿no?, con la raza de bronce, para que se le quitara la tentación.<sup>124</sup>

“El vengador” estaría mostrando la existencia latente de una discriminación racial/étnica en México. No es casual que el autor haya decidido tomar una frase prestada de uno de los líderes del movimiento por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos. La condición de “exilio dentro de su propia tierra” que expresa Martin Luther King en el discurso citado más arriba es vivida por miles de indígenas en México. Cuando el personaje de la muchacha en la Zona Rosa dice: “podría correrme una aventura con el morenito, ¿no?, con la raza de bronce”, se manifiesta la distinción racial y muy concretamente la negación de un mestizaje. Por muy blancos y güeritos que fueran ella misma y su novio y muchos de sus congéneres de clase social, sus genes serían producto de un mestizaje. Sin embargo el personaje se substrahe a esa generalización, la raza de bronce son los otros.

Cuando se le preguntó a De la Torre en febrero de 2008 sobre la presencia de esos elementos de distinción racial étnica en el cuento, comentó:

*Lo que pasa es que esto era (estoy hablando de los años sesenta, de los años setenta) un desprecio muy sentido por alguna gente, no digo que por todos. Pero obviamente era*

---

<sup>124</sup> Gerardo de la Torre, *El vengador*, p. 37.

*percibido en un conglomerado sindical o en el barrio bajo, donde aunque no existe una marcada ascendencia indígena, sino un mestizaje moreno que se diferencia un poco o se diferenciaba de mestizajes más tirando a blanco.*

*En el cuento es fiel reflejo de la realidad de mis compañeros, no era cosa que a mí se me hubiera ocurrido ni me pusiera yo a sociologizar sino que yo veía que siempre hablaban de los pinches güeros y no se qué güeritos. Y por otra parte estaba la atracción por las güeritas, que además era una atracción publicitaria. No sé si por esa época existía ya la publicidad de la rubia de categoría, de la cerveza...El anhelo, o la ilusión de andar con una rubia despanpanante era común, y creo que sigue siendo.*

*Por otro lado, yo sí sentí desde pequeño esa diferencia y no porque sea precisamente oscuro, sino mestizo-moreno-claro. Pero en la escuela, en la primaria, en la secundaria, sí me impresionaban mucho los güeritos. No sé por qué razón en aquellos tiempos, de manera bastante estúpida, pensaba yo que los güeritos eran más inteligentes. Digo, seguramente porque me sentía yo tonto, pero en general así lo consideraba. Con el tiempo me di cuenta de que eso era una absoluta falsedad, una ideología incrustada no sé cómo en aquella cabecita de niño tonto.*

Es curioso como De la Torre reconoce esa idea como “incrustada” en su cabeza al tiempo que la censura llamándose a sí mismo niño tonto. El hombre maduro, reflexivo, se ve en la necesidad de reprender al niño que se dejaba llevar por alguna ideología que “quién sabe cómo” habría llegado allí. Sin embargo, la idea cabe perfectamente dentro de un esquema reduccionista de la colonialidad que asociaría ciertas razas con ciertos atributos. Por otra parte, al llamarse a sí mismo “niño tonto”, el autor de “El vengador” estaría reproduciendo el pensamiento impuesto. Se devalúa a sí mismo con el adjetivo tonto, como si en verdad la

confusión o el error fueran su responsabilidad individual y no el producto de un proceso histórico social en el que un niño es “objeto” de una inserción de ideas en su conciencia.

Somos lo que nos dicen que somos, y al preguntarnos quiénes nos dicen qué somos volvemos al tema del poder y al concepto del Estado. La clase política del México independiente, en su deseo de reconocimiento internacional y de los beneficios materiales implícitos en dicho reconocimiento-toma en cuenta por parte de los países occidentales, ha luchado desde diferentes facciones por la adaptación de un sinnúmero de estrategias para el progreso del país según los puntos de vista de los diversos grupos que la conforman. Pero en general, se ha perdido de vista el reconocimiento de una “otredad”, distinta de la supuesta “mismidad” impuesta por el pensamiento europeo, al interior de nuestra propia sociedad. Pero, “dejemos de ver a México desde el extranjero”, clama Bonfil Batalla, “y veamos al mundo desde México”.

La función del Estado como educador es en ese sentido, básica. De la universidad regida por el papado a la universidad regida por los estándares del positivismo adaptado a México existe, por supuesto, una importante diferencia. De ahí a las universidades públicas y privadas actuales es patente otro salto. Sin embargo, hay una observación realizada por José Martí hace más de un siglo que sigue vigente para muchos casos:

¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yankees o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen.<sup>125</sup>

---

<sup>125</sup> José Martí, “Nuestra América”, pág. 74.

Un pueblo que no conocemos. Esta expresión es en su contundencia, cruda y difícil de asimilar, no obstante es también cierta, repito, para muchos casos. Una formación en historia de México y ciencias sociales en los niveles básico, medio y superior que sintetiza al mínimo el periodo mesoamericano (y que cada día es aún más reducida también en historia moderna); una labor “indigenista” dirigida por el Estado que por muchos años ha tendido a la “civilización” de las comunidades indígenas, despojando a los pueblos de su identidad; una escasísima difusión de las lenguas, y por tanto de las literaturas, vivas del México profundo; o el ejemplo breve pero conciso que da Bonfil Batalla: un museo de antropología, que dedicada sus grandes áreas al “glorioso pasado” y apenas un segundo piso (rara vez visitado por el turista) a las culturas mesoamericanas vivas; y por sobre todo esto, una educación nacional pobre y un sinnúmero de conflictos al interior del sistema educativo que dejan la tarea educativa cotidiana en manos de los medios de comunicación masiva: todos estos elementos redundan en la ignorancia de un México al que pertenecemos, o nos pertenece, casi sin darnos cuenta y no pocas veces menospreciamos.

Más allá de esto, me parece que los temas de discriminación y racismo, como ya mencionaba más arriba, se rehuyen en la cotidianidad. Se niega todo el tiempo que haya discriminación de razas y de clases en este país, nuestras leyes al respecto no responden a una realidad y parecen más exposiciones de ideales anhelados que verdaderas normas. Nuevamente aquí “El vengador” levanta el velo que oculta el murmullo de los “secretos a voces” de nuestras vergüenzas sociales. Recupero aquí la pregunta que se hace el personaje de Morelos en la obra antes citada de Pedro Ángel Palou: “¿Cuándo se deja de ser hijo de

español y mestizo o de español e indio y mulato? Sólo cuando ya no hay castas, ni amos ni esclavos, cuando todos son iguales.”<sup>126</sup>

Pero no basta con que estos ideales se manifiesten en la Constitución, ni con que circule un fragmento de *Sentimientos de la nación* en cada billete de cincuenta pesos. El mismo personaje de Morelos enuncia más adelante en su entrevista con Palou: “Ya se lo dije antes, no han cambiado las cosas ahora que son todos americanos. Los ricos son más ricos y los pobres miserables en este país que anhelaba yo que fuera la nueva Ciudad de Dios, la ciudad de la igualdad.”<sup>127</sup> Bastará el día en que nos descolonicemos a profundidad.

### 2.3 *El machismo*

El cuento manifiesta múltiples visos de machismo, en el cual la virginidad se convierte en un elemento preponderante en el fantaseo de los personajes, así como en una categoría de clasificación de las mujeres. Vale la pena señalar, por otra parte, la presencia de una violencia no sólo física, sino también simbólica, manifiesta tanto en el lenguaje como en la acción.

Desde que los cinco muchachos beben cerveza en la calle Mar del Norte se hacen referencias a las prácticas machistas. Cuando Carrillo, el taxista, decide retirarse para ver a su “noviecita”, los amigos tratan de disuadirlo: “– No la veas, ñeris, vámonos al Poza Rica [el bar al que irán más tarde los otros]”<sup>128</sup>. Pero él se niega y una vez que se ha ido los otros comentan: “lo trae jodido la tal, ya que se case o que se la tire, ni eso, es un pendejo, va a acabar cogiéndosela otro, le van a dejar gallo muerto.”<sup>129</sup>

---

<sup>126</sup> Pedro Ángel Palou, *Op. cit.*, p. 128.

<sup>127</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>128</sup> Gerardo de la Torre, *El vengador*, p. 33.

<sup>129</sup> *Ídem.*

Más adelante en el relato reaparece el tema de la virginidad, pues al protagonista le importa en un momento que Diana, su víctima, fuera virgen, como ya decíamos más arriba.

Te juro, Valerio, que en algún momento sentí que me abrazaba con fuerza, que gozaba. Y no, no era virgen. Terminé y volví al asiento delantero. Dije mentirosa, ¿no que eras virgen? Para él, para Rolando era virgen. Él no sabía nada y llorando todo el tiempo [el estilo del cuento incurre en ocasiones en este tipo de enunciados en los que aquello recordado por el personaje no se distingue de la descripción].<sup>130</sup>

La virginidad, esa condición que por supuesto es señal del machismo en una sociedad, va acompañada en “El vengador” de otras observaciones que dejan ver la violencia de género, mediante una concepción de la mujer como objeto que dota de un estatus;

porque las noches de sábado en la Zona Rosa y las mañanas de domingo en la carretera a Cuernavaca eran como sorteos donde Carrillo podría ganar un primer premio consistente en hija de político o un segundo premio, bastante más modesto pero no por ello despreciable, consistente en hija de profesionista acomodado.<sup>131</sup>

No sólo los personajes masculinos del cuento dan muestras de la cotidianidad de una mentalidad machista, sino que la misma Diana, la víctima del protagonista, al contarle a éste sobre su relación con el novio, explica:

íbamos a esa fiesta, pero a Rolando se le ocurrió detenerse, porque nos queremos mucho, sí, besos, y sí, me acaricia las piernas y los senos y no, nunca me he acostado con él, hasta después de casarnos, si no, pierden interés, te dejan, siempre me ha respetado, claro, bueno, eso no tiene nada de malo, no pasa nada, caricias, besos, [...] es buena gente, no me maltrata, no me grita, y no, no creo que ande con otras, si quiere puede hacerlo, es hombre, tiene necesidades, y como no puede acostarse conmigo ya buscará, pero no, no sé, no me consta, si me

---

<sup>130</sup> *Ibíd.*, p. 43.

<sup>131</sup> *Ibíd.*, p. 24.

constara me haría tonta, ¿para qué pelear por pequeñeces?, soy celosa, pero en otro sentido, si anduviera con alguna de mis amigas, pero es incapaz.<sup>132</sup>

El personaje de Diana se muestra sometida a esa tendencia sexista, poniendo en práctica una enajenación, asume la posición denigrante como propiedad del hombre: él “tiene necesidades” argumenta, “nunca me he acostado con él, hasta después de casarnos, si no, pierden interés, te dejan”. Diana se convierte así en una doble víctima de la opresión, primero de su “condición de mujer” en términos sociales y después de un acto canalla por parte del supuesto vengador.

Aquí sería importante apropiarse de una reflexión que hacía Aleksandra Kollontai en *El amor y la nueva moral* en los años veinte del siglo pasado sobre los matrimonios “a ciegas”:

No sólo uno no sabe nada de la naturaleza psicológica del otro, sino aún más: ambos ignoran si existe entre sí esa afinidad física, esa consonancia corporal, sin las cuales es irrealizable la felicidad.<sup>133</sup>

Más delante, Kollontai da un ejemplo del absurdo de la moral que promueve la virginidad antes del matrimonio:

Dos novios son poseídos por el mismo deseo, pero la severa moral grita: “¡Todavía no!” Y el novio va a casa de la prostituta que en modo alguno desea sus caricias, pero que debe entregársela, mientras que la novia a la que ama está obligada a esperar la autorización legal. Sería mucho más natural y *moral* que esos dos seres, animados por un mismo deseo, buscaran satisfacción uno en el otro, en vez de contratar el servicio de su carne a una tercera persona, completamente extraña a esta situación.<sup>134</sup>

---

<sup>132</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>133</sup> Aleksandra Kollontai, *La mujer nueva y la moral sexual*, p. 135.

<sup>134</sup> *Ibid.*, p. 144.

Las reflexiones de esta autora están enmarcadas precisamente dentro del ámbito de la lucha comunista. La liberación de la mujer de la opresión histórica sería parte fundamental del avance hacia una sociedad más justa y menos hipócrita.

Como hemos visto, el personaje se burla de las almas pequeñoburguesas y en general de la moral de su sociedad, pero al mismo tiempo cae en el juego de esa moral que supuestamente desafía y al final hace confesar a su víctima que en realidad no era virgen aunque el novio no sabía nada. En el cuento hay otro comentario del narrador, que igualmente delata su propia creencia en dicha moral que critica. Al describir el ambiente nocturno de la zona rosa, señala:

Hamburgo y Génova. Muchachos con sus acampanados y sus botas altas departiendo animadamente. Gringos de piernas desnudas. Gringos con pantalones de mezclilla, huaraches, tarjeta de American Express. Los cafés saturados de muchachas fumadoras, piernas cruzadas. [...] Y más claxons y más psst psst y más acampanados y más piernas, como para volverse loco, sexo, amor, lujuria, degenerere. Pero yo [...] Y de aquí se sigue aquello de que él, el narrador, tenía una misión.]<sup>135</sup>

Él, que en esas noches en vez de leer los relatos del Che saldría a la calle a buscar víctimas; él, que en vez de llevar los libros llevaba el revólver, el Colt 38 corto que había comprado después de Tlatelolco. Él quería odiar más y más cada vez.<sup>136</sup> Sin embargo, en medio de esa aparente ausencia de sensibilidad necesaria para la actuación eficaz de su venganza de clase al narrador lo delata su propio deseo por esas mujeres a quienes (ad)mira. El narrador contempla piernas y piernas “como para volverse loco” pero luego asesta la sentencia. Todo aquello no sería sino “lujuria” y “degenerere”.

---

<sup>135</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 40.

Así, el personaje principal, que al narrar va supuestamente afirmando la seguridad en su discurso, va dejando huella de su propia sujeción mental a un discurso que lo rebasa y que lo hace caer en contradicción.

Ahora bien, “¿por qué las niñas ricas, las que salen en sociedad, son todas guapas, se ven todas a toda madre?”, recuerda el narrador que se preguntaron una ocasión en la cantina algunos de sus amigos. Mientras uno comentaba la buena alimentación de esas mujeres y alguien más hablaba de las posibilidades de la fotografía para destacar lo bello, el narrador se quedaba pensando

en la vida ociosa y regalada de las niñas de sociales, la leche de primera y los filetes, los vestidos made in USA. Sí, sobre todo lo primero: la vida inútil, cómoda, tranquila, sin prisas y sin preocupaciones, sin necesidad de lavar trastos, ir al mercado, hacer comida para ocho o cambiar al hermanito. El ocio embellece, pensé, y las risas todavía no se apagaban. Pensé en el cabrón de Veblen, ocio, vitaminas y alberca.<sup>137</sup>

Pero el narrador decide al final no decirles eso que ha pensado y leído, “¿para qué?, no me van a entender si salgo con mi Veblen, no les entra nada, me callo”. Así, termina haciendo un chiste no exento de sarcasmo:

Di una fumada a mi cigarro, expelí el humo y dije no sean pendejos, es la cirugía plástica, si tienen hijas de narices feas hacen que les arreglen las narices, si son flacas les inyectan cera en las patas, en las chiches, en las nalgas, si están tullidas las enderezan, si son prietas las aclaran, si son calvas les ponen peluca, si no tienen remedio las tiran a la basura, ¿no?<sup>138</sup>

---

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>138</sup> *Ídem.*

En el comentario nuevamente se percibe a la mujer como un producto que en este caso habría que “mejorar” para acomodarlo mejor en el mercado sexual. Carmen Anderson y Marcela Grossgerge consideraron en 1975:

En el mundo capitalista, a pesar de su lucha, la mujer ocupa un lugar muy singular. Si es cierto que en los países anglosajones la integran a la ley, al voto y la toman en cuenta como individuo, también es cierto que la consideran la Consumidora Número Uno y la desvirtúan bajo el ideal falso del “sex appeal”. Llena de afeites, con un diminuto traje de baño, con un amplio busto, piernas largas, la mujer norteamericana se convierte en mujer-objeto para miles de hombres.

Para llegar a ser tan “sexy” como estas imágenes, gasta tres cuartas partes de sus ingresos en pinturas, perfumes, pelucas, silicones, dientes postizos y demás objetos falsos para atraer al sexo opuesto.<sup>139</sup>

Como el texto lo señala, el culto a la belleza femenina tiene mucho que ver finalmente con una cultura de consumo que se estimula en las múltiples estrategias mercadológicas. Y por otra parte reafirma la cultura machista.

El pasaje del cuento llama la atención en otro sentido, la negativa del protagonista de “El vengador” a hacer reflexionar a sus amigos, compartiéndoles su interpretación de algunas lecturas (el narrador insiste en su lectura de Thorstein Veblen). El protagonista en esa conversación nuevamente reproduce aquella opresión de la que él mismo es objeto al lado de sus compañeros de clase. Menosprecia a sus congéneres porque según él no tendrían capacidad para comprender. Cuando piden su opinión en medio de dicha discusión sobre las niñas de sociales se pregunta a sí mismo:

¿Por qué yo? No, no soy Dios, no tengo respuesta para todo; si acaso, tengo respuestas para mí, respuestas simples, tontas si se quiere, pero que me permiten ir adelante, dudando cada vez más y aclarándome las dudas con respuestas sacadas de

---

<sup>139</sup> Carmen Anderson y Marcela Grossgerge, *La mujer: ni objeto ni símbolo*, pp. 66 y 67.

aquí y de allá, poniéndome parches, haciendo remiendos en mi culturita de partido. Y nada más.<sup>140</sup>

Después se regaña a sí mismo y esta vez aclara que él, a diferencia del resto, sería un devoto de las mujeres de la clase obrera:

Enemigo más que amigo, si pude decir amo las manos agrietadas, las piernas curvadas por el raquitismo, los pechos hundidos por la tuberculosis, los rostros cetrinos, las caderas fuertes, retintas, de nuestras amigas, de nuestras novias, Carrillo, de nuestras prostitutas, Chabelo [...] <sup>141</sup>

En ese intento de reivindicar su posición, el personaje pareciera erigirse como un héroe; sin embargo, como bien sabemos, al narrador lo delatan después sus propias acciones.

De la Torre, comentó al respecto en la entrevista realizada en febrero de 2008:

*Al final del texto hay una respuesta pequeñoburguesa, podríamos decirlo así, en el personaje mismo cuando se enamora de una güerita. Y en eso no puede vencer su conciencia de clase, no se lo permite. No puede renunciar a la belleza de una chava, al encanto, a esto que le llama tanto la atención a los demás.*

Ciertamente el personaje cae en una terrible contradicción, y no sólo por el hecho de quebrantar esa supuesta preferencia por las mujeres proletarias, sino porque su visión de las mujeres es profundamente conservadora. Y en general, en su moral sexual se comporta con mucha hipocresía, como los burgueses a quienes tanto critica. ¿Dónde quedaría entonces la reivindicación de la libertad? ¿O se pensaría sólo en la liberación en términos de la población masculina?

---

<sup>140</sup> *Ídem.*

<sup>141</sup> *Ibíd.*, p. 39.

## *2.4 La variable cultural*

La supuesta certeza en saber más que sus compañeros, la condición de ser diferente, se va constituyendo en una noción de superioridad que de alguna manera le permitirá al personaje auto-justificar su acto criminal. Según su criterio, si Valerio juzga malévola la intención del amigo en violar burguesitas, es por su estupidez y su cobardía. Y el protagonista no reconoce en sí mismo la incapacidad para compartir aquellos conocimientos que lo harían supuestamente tan superior y diferente a los demás. Él, en su lógica, es el que sí sabe lo que hace y lo justifica ante su conciencia. Así se explica a sí mismo que es alguien con suficiente legitimidad para convertirse en “El vengador”.

Hay un elemento muy importante a destacar en ese sentido; la definición de cultura que el protagonista estaría poniendo en práctica es precisamente aquella legitimada socialmente. Sus compañeros de trabajo y de barrio según esta lógica serían ignorantes porque no leían libros, porque no habrían tenido una formación en el partido, y en cambio sí veían las películas melodramáticas del cine nacional y la televisión. No hay en ningún momento un reconocimiento de otro tipo de cultura, del aprendizaje y la destreza en el uso de las manos, de la cultura adquirida en casa de generación en generación, de la cultura presente en las distintas tradiciones populares. Nuevamente, el personaje repite un esquema de dominación y denigra a sus compañeros por no poseer un conocimiento al cual de entrada no habrían tenido acceso por condiciones ajenas a ellos.

Pero, ¿cómo podría saber el personaje si realmente los otros no tendrían posibilidades de comprender los conceptos que el supuestamente domina? ¿Acaso habrían tenido oportunidades de acercarse a cierto conocimiento sobre las condiciones sociales de la manera en que él lo había hecho?

En una entrevista con un líder sindical francés, Pierre Bourdieu enfatiza la importancia de la educación en la lucha obrera:

Pienso que la variable educativa, el capital cultural, es un principio de diferenciación casi tan poderoso como el capital económico. Hay toda una nueva lógica de la lucha política que no puede comprenderse si no se tiene en mente la distribución del capital cultural y su evolución.<sup>142</sup>

Reproduzco la cita, porque me parece importante señalar la profundidad que logra el texto de De la Torre en la exposición del problema de ese “principio de diferenciación” en la clase obrera.

Y, curiosamente, como el personaje lo hace notar, la diferencia ni siquiera se trataría de una cuestión de grados de escolaridad, pues Chabelo había pasado por una escuela técnica.<sup>143</sup> Nos enfrentamos ante una inicua repartición del capital cultural en la sociedad donde desgraciadamente, como el cuento lo ilustra, quienes superan una cierta barrera de la desigualdad muchas veces en vez de encauzar a otros en el fortalecimiento de dicho capital no hacen sino acentuar las diferencias.

En ese sentido me parece muy importante considerar las elaboraciones que dedujo Paulo Freire de sus distintas prácticas como educador en América Latina. En su idea de educación, el ser humano tendría la posibilidad de proponer y cuestionar en la forma de ser educado. ¿Qué concepto tendría Freire del hombre? El de un ente que es *en* y *con* el mundo. Freire buscaba la concepción de un ser humano integrado a los aspectos económicos, políticos, histórico sociales, psicológicos, y demás determinantes que puedan contribuir a la constitución de nuestra realidad social.

---

<sup>142</sup> Pierre Bourdieu, *Capital cultural, escuela y espacio social*, p. 78.

<sup>143</sup> Ver: *El vengador*, p. 30.

La educación sería de este modo una práctica que implique la transformación de las relaciones humanas, en la medida en que existe la posibilidad de restarles esa verticalidad y esa esencia de dominación. Uno de los aspectos que Freire logra demostrarnos como cambio real en su propuesta educativa es la posibilidad del “educando” de hablar por sí mismo. Así, una de las personas que participó en sus proyectos educativos concluyó en un momento: “Sé ahora que soy culto [...] porque trabajo y trabajando transformo el mundo”.<sup>144</sup>

### *2.5 El odio de clase*

No podemos aventurarnos a juzgar cuáles fueron las repercusiones de este cuento entre sus lectores en el momento de la publicación. Lo que sí es claro, lo palpable es el interés del autor en describir (y quizás descubrir ante los ojos de quienes quisieran evitar mirarla) una serie de contradicciones inherentes a la sociedad mexicana. Dicho en términos de Pierre Bourdieu, el cuento muestra la inicua distribución del capital económico, cultural y político dentro del espacio social.

La prioridad del cuento es cautivar al lector, atrapararlo con la narración de un suceso y mediante ello abrir la puerta a un universo de significación. Esto se logra mediante el trabajo de una determinada tensión que genera suspenso y se va preparando al lector en la expectativa de un final. Y todo ello no excluye una intención política y una convicción del autor en exponer una visión del mundo, así sea un pequeño fragmento. En este caso la tensión creada está directamente relacionada con una serie de elementos de la realidad que podemos aprovechar para el análisis sociológico. Dichos elementos son tales como la enunciación de distinciones entre clases, la relación de

---

<sup>144</sup> Paulo Freire, *La educación como práctica de la libertad*, p. 107.

poder en las relaciones sexuales y la asociación de la predominancia de un mestizaje de tendencia a la piel clara y rasgos europeos entre los estratos superiores de la sociedad.

Ahora, no puede considerarse que el relato proponga acciones revolucionarias. De hecho me parece que las limita, las bloquea antes de que aparezcan; todo esto dentro de un ambiente de desilusión luego de la matanza en Tlatelolco que nublaría cualquier posibilidad de salida en el horizonte futuro. El personaje parece encontrarse bloqueado ante la posibilidad misma de ser revolucionario. Su visión de la mujer y su actitud hacia ella, así como su táctica de trasgresión de las normas sociales no denotan posibilidades creativas de transformación social. Por el contrario, la actitud y la acción del personaje reflejan el padecimiento de la opresión mediante una reacción violenta que sólo podría provocar nuevamente violencia como respuesta. No se trata del planteamiento de un acto violento como medio para alcanzar realmente un fin, como sí pretende justificarlo el personaje. Los actos del personaje lejos de desafiar la moral burguesa, aparecen como el producto de una sociedad degradada.

El personaje principal del cuento da cuerda a sus ideas más viscerales. El título del relato ya lo señala, hay en la acción del narrador una descarga de odio que se plantea por objetivo la venganza, aunque pareciera confundirse en su mente con un intento de justicia. Y valga agregar que este deseo vengativo nace de una injusticia (la matanza de personas en la Plaza de las Tres Culturas), pero como ya se decía no avanza hacia resarcir el mal, sino por el contrario lo continúa.

En los argumentos de justificación del personaje puede interpretarse una crítica al dogmatismo. Desde la visión maniquea, y por tanto reduccionista, del personaje los proletarios tienen que vengarse de los burgueses. Dicho de otra manera, los proletarios deben joder a los burgueses. Algo realmente odioso para los burgueses es que se cojan a

sus hijas (y otra vez se nota la connotación machista en esta visión de los padres celosos y dueños de sus hijas). Por lo tanto, los proletarios tienen que violar muchachas burguesas.

Así, en el último párrafo de “El vengador”, el personaje expresa la continuidad infinita de su odio. Lejos de dotarle de tranquilidad, aquella acción vengativa se convierte en una obsesión. El protagonista se obstina en la búsqueda de ese rostro “dulce y lloroso” de su víctima.

El personaje nunca terminaría de odiar. Desde mi punto de vista, ese odio es lo que resulta más interesante. El hecho de que conozca la naturaleza de las desigualdades sociales, a diferencia de sus compañeros de trabajo, va acompañado en este personaje de una sensación de impotencia. Cuando menciona el narrador su militancia (la política de partido), el contexto nos permite suponer que se trata del Partido Comunista. Podemos suponer entonces ciertas lecturas que le mostrarían al personaje las razones históricas de un mundo profundamente desigual. Estas lecturas le darían elementos para ubicar lo que apreciaba de modo vivencial. Y en su caso, luego de la matanza en Tlatelolco y de la actitud que observa en los soldados y policías a un año de los hechos lo llevaría a la frustración. Su situación finalmente lo invita a realizar acciones violentas y justificarlas ideológicamente. Y todo esto no mengua sino incrementa su odio. De esta manera el odio se vuelve un elemento central en el cuento. El personaje odia a una clase social, la burguesía, pero odia también la actitud de su compañero Valerio, que no comparte su punto de vista sobre qué hacer políticamente. Odia a los jovencitos de la clase burguesa. ¿Y después? El relato, de hecho no sugiere un final en la vida del personaje. Éste, al último sólo quiere odiar más.

Por otra parte, hay poca claridad en el objeto de su acción vengativa. Pues si bien el personaje le plantea a su amigo Valerio la necesidad de vengar a los muchachos

del 2 de octubre, en otros momentos la justificación tiene más que ver con una venganza de clase. Finalmente la matanza en Tlatelolco parece un pretexto para la venganza contra la burguesía, que dentro de la argumentación del personaje parece lógico, o al menos para él. Son los burgueses quienes detestan que les quiten su dinero y se cojan a sus hijas.

Ahora, esa clase media que a decir del personaje se interponía entre “ellos”, los pobres, y los ricos, ¿no constituía también una parte sustantiva del movimiento estudiantil, cuyas víctimas pretendería vengar? Puede deducirse que la intención del personaje es vengar antes que nada a la clase obrera y a los estudiantes humildes.

Si rompemos las reglas de un análisis rigurosamente ceñido a los elementos que están presentes dentro del cuento, podemos agregar aquí una perspectiva proveniente de otro texto incluido en el volumen de *El vengador*. En “Únete pueblo agachón”, texto en el que un grupo de obreros de PEMEX se reúne para platicar y aprovechan la ocasión para recordar su participación en el movimiento estudiantil de 1968, uno de los personajes señala una diferencia entre los estudiantes del Instituto Politécnico Nacional y los de la Universidad Nacional.

En la manifestación del 13 de agosto de 1968, “la primera que llegó al Zócalo”:

Algunos obreros jóvenes y algunos viejos militantes de la izquierda tradicional, dispersa y apagada, se citaron frente a la iglesia que se halla en la intersección de la calzada de Camarones y la calzada de los Gallos, detrás de la plaza del Carillón. Dos, tres, diez, quince petroleros y una manta improvisada a última hora, en la que se leía:

#### PETROLEROS SECCIÓN 35

Tímidos, intimidados, con su manta todavía sin desplegar, los petroleros entraron a la plaza del Carillón. Jóvenes y más jóvenes. Estudiantes y más estudiantes. Retratos del Che, de Ho Chi Min, de Vallejo. Baderas rojas y negras. Cartulinas pintadas con los letreros más extraños y fuera de lugar: “Todos somos judíos alemanes”, “La imaginación al poder”, “Prohibido prohibir”...¡Claro, algunos

lemas de la Revolución de Mayo! Y un ambiente parecido, sobre todo entre los universitarios.

Los petroleros iban de un lado para otro, sin encontrar su lugar. Veían a los muchachos politécnicos serios, medio apantallados por los alegres y politizados universitarios, que echaban porras al Che, que gritaban: “Copulación revolución, copulación revolución, copulación revolución”.

– ¿Crees que alguna de esas chavas quiera copular con nosotros? – preguntó Rendón.

– Con nosotros quieren hacer la revolución, pero copulan solamente con sus novios universitarios.

– No digan pendejadas, dejen sus prejuicios antiestudiantiles.

De algún modo, los petroleros se sentían más cercanos a los politécnicos. Tal vez porque estos (de la ESIME [Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica], de Físico-Matemáticas, de Economía) eran los que hacían los mítines en la refinería.<sup>145</sup>

Y este vínculo con los estudiantes del Politécnico y una diferencia con los universitarios (como si los estudiantes del Politécnico no fuera universitarios), llama otra vez a una diferencia de clase (a pesar de esa voz que llama a borrar prejuicios antiestudiantiles). En la persecución del anhelo libertario de manera genérica el movimiento de 1968 parecía englobar un vínculo entre los intereses de los estudiantes y los de los obreros. Ambos sectores pretendían una liberación de las autoridades opresivas y represivas. En mayo de ese mismo año en París había existido también un movimiento social en el que se gestó aquella consigna mencionada en este último cuento: Prohibido prohibir, que reclamaba el derecho a elegir, el derecho a discutir libremente, el derecho al placer. Y con esto último, se reclamaba también el derecho a la igualdad de condiciones entre mujeres y hombres. Algo de esto puede percibirse en esa otra consigna que aparece en “Únete pueblo agachón”: “Copulación revolución, copulación revolución”. El reclamo del derecho al amor libre contrasta precisamente

---

<sup>145</sup> Gerardo de la Torre, “Únete pueblo agachón” en: *El vengador*, pp. 95 y 96.

con la visión que tiene el personaje de “El vengador” respecto a la sexualidad y específicamente respecto a la mujer.

En otro momento de “Únete pueblo agachón”, durante una manifestación que pasa por la embajada estadounidense, se señala otra vez la diferencia entre los estudiantes en general y los obreros, pero de inmediato viene nuevamente una diferencia respecto de los estudiantes del Politécnico:

Después de consumida la energía antiyanqui en la carrera frente a la embajada, gritaban Únete pueblo – Únete pueblo – Únete pueblo. Parte del pueblo, dos o tres personas, intentaron sumarse a uno de los grupos que invitaban, pero fueron rechazados violentamente. ¿No que únete pueblo? Sí, únense, pero a la cola. En cierto modo era simbólico: los estudiantes a la vanguardia y el pueblo a la cola. El pueblo siempre a la cola, el pobre pueblo jodido, hambreado, humillado día y noche.

– Bueno, pero los del Poli no eran tan sangrones.

– No, los del Poli eran como más nuestros, eran como menos de Polanco, de la Narvarte, de San Ángel y más de la Popular, de la Industrial, de Peralvillo.<sup>146</sup>

Y bien, este otro relato puede servir como referente, por supuesto, también dentro del marco de la ficción, pero dado que pertenece a un periodo muy cercano no es absurdo citarlo. De la Torre, en entrevista, ha referido ese cuento como uno en el que buscó relatar su experiencia al lado de un grupo de petroleros en el apoyo al movimiento estudiantil (que, por cierto, había comenzado con una riña entre estudiantes de una vocacional del Politécnico y una preparatoria incorporada a la UNAM).

Según De la Torre, la desigualdad social entre los estudiantes del Politécnico y la UNAM, no sólo era patente, como lo describía más arriba el pasaje del cuento sino que particularmente en los años cincuenta se hacía ver según recuerda de su época como jugador de futbol americano:

---

<sup>146</sup> *Ibíd.*, p.101.

*Había lo que podríamos llamar rencor social, del lado de abajo hacia el lado de arriba. Incluso, si en 68 ves a los universitarios y a los politécnicos juntos, en años anteriores había una inmensa rivalidad que yo me acuerdo que se manifestaba en los juegos de futbol americano. El grito de la tribuna politécnica hacia la tribuna universitaria era “limosneros”, porque el presidente Miguel Alemán fue benefactor de la Universidad, cuando construyó Ciudad Universitaria, por ejemplo. Y del otro lado, hacia la tribuna politécnica se gritaba “boleros”, o sea, con un sentido total de menosprecio, ¿no?, limpiabotas, pues. Más todavía, ya en la práctica del futbol americano, concretamente los universitarios decían de los politécnicos “los negros”. Así nos decían, yo jugué un tiempo en el Politécnico. Y [De la Torre ríe] éramos exactamente del mismo color unos y otros, no había ningún predominio. Pero había esa cosa de que los universitarios eran superiores a los politécnicos por origen de clase. Quiero decir, el Politécnico fue creado en su origen para hijos de los trabajadores, la Universidad eran los hijos de la clase media revolucionaria, vamos a decir. Eso era un hecho, nos decían negros.*

El comentario final, como se puede observar, nuevamente pone en relación la pertenencia a una clase social con la tonalidad de la piel. Aunque de hecho en el adjetivo negro puede apreciarse una común asociación histórica de la raza negra con la esclavitud. Es importante considerar, por otra parte, esa unión entre sectores diferentes de la sociedad mexicana y específicamente defina en un movimiento social que más allá de las demandas específicas se anunciaba como el surgimiento de protestas por toda una serie de injusticias.

En *Muertes de Aurora*, De la Torre describe así una de las marchas del movimiento de 1968 desde el punto de vista de los trabajadores petroleros:

Los trabajadores se manifestaban silenciosos y solemnes. Querían gritar Poli UNAM unidos vencerán, pero se los impedía cierto dolor en el pecho, un

agarrotamiento repentino de la garganta, la humildad y el desamparo de su condición. De pronto una consigna se elevaba allá adelante, entre quienes encabezaban la marcha. Libertad Vallejo/Libertad Vallejo/Libertad Vallejo. Se humedecían los ojos de los petroleros. Se trataba de uno de los suyos, Vallejo, ferroviario, preso político. Ponían entonces lo mejor de sus gargantas, pisaban con firmeza, levantaban agresivos puños. Como que las manifestaciones – comentaría meses más tarde Galdino– no era nuestras, pero las tomábamos prestadas cuando se gritaba Vallejo.

A falta de marchas propias, en las estudiantiles participaban petroleros, ferrocarrileros, maestros, algunos electricistas. Viejos trabajadores que revivían las caminatas de diez años antes, del 58, del momento de los sindicatos. Estragados proletarios que en su hora demandaron libertades y emancipaciones y en los nuevos días, contagiados por el entusiasmo y la exaltación de los jóvenes, tornaban a las calles y desfilaban con un júbilo profundo que no se reflejaba en los rostros roqueños y tensos. Esta vez vamos a llegar lejos, esta vez no será fácil derrotarnos.<sup>147</sup>

Bonfil Batalla considera que las causas del movimiento social de 1968 “deben buscarse en el hecho de que el crecimiento numérico de la clase media no había sido acompañado de una apertura de nuevas y más anchas vías de participación en las decisiones que afectaban su vida y sus intereses”<sup>148</sup>. En las décadas posteriores al gobierno de Lázaro Cárdenas, México se transformaba en un país mayoritariamente urbano y los cinturones de miseria crecían junto con

las dificultades de transporte, la falta de servicios, la contaminación, el desempleo disfrazado o de cara al sol, los conflictos y los delitos. Aumentaba también, en menor proporción, el “México lindo”: la gente bonita, cada generación más rubia y más alta, las colonias exclusivas que pasan del estilo colonial siriolibanés a la nuevas fortalezas del Pedregal de San Ángel; proliferan los centros nocturnos, los restaurantes caros, el comercio de lujo insolente [...] Crece, pues, además de la desigualdad entre el campo y la ciudad, la desigualdad cotidiana en las calles de la ciudad.<sup>149</sup>

---

<sup>147</sup> Gerardo de la Torre, *Muertes de Aurora*, pp. 143 y 144.

<sup>148</sup> Guillermo Bonfil Batalla, *Op. cit.*, p. 179.

<sup>149</sup> *Ibíd.*, p. 178.

No es de extrañar entonces la aparición de un libro en los años setenta que hablara en voz alta circunstancias dolorosas de los miembros de la sociedad más afectados por esa polaridad social. En su columna Multilibros del diario *Excélsior*, el 26 de junio de 1973 Francisco Zendejas señalaba acerca del cuento “El vengador”:

Es un relato de odio e inquina clasista, que se dirige al frente más débil de los bastiones burgueses: hijas e hijos. Es cierto que este cuento puede servir de modelo para conocer las distintas formas que toma la moral, de clase a clase.<sup>150</sup>

Pero, ¿cuál sería la forma de la moral propuesta por el personaje? Un acto cruel y cobarde, justificado por el personaje bajo un esquema de dogma ideológico absurdo lo lleva finalmente a una cierta anomia. No compartirá su experiencia con los otros (supuestamente porque no tienen capacidad para entenderlo), y finalmente el acto violento no lleva a algún otro lado, no es siquiera el medio para avanzar a un objetivo sino que permanece en el plano del delito.

## 2.6 *El vengador vencido*

De la Torre dice en voz alta, desvela la inquina clasista. Ante la frontera infranqueable entre los obreros morenos, mal vestidos, mal nutridos, y las niñas ricas rubias, bien comidas; el intento de salida es esa violencia ante la cual sea cual sea el argumento en contra se rechazara por ser una justificación “de almita pequeñoburguesa”. Cuando el personaje Valerio intenta disuadir al protagonista de llevar a cabo su plan de venganza: “No, mi amigo, de ninguna manera, qué culpa tienen las pobres, las pobrecitas, son como cualquier otra muchacha, qué te parecería si a tu novia”<sup>151</sup>, el narrador arremete con dureza:

---

<sup>150</sup> Francisco Zendejas, citado en: *13 rojo. Antología contemporánea de escritores y poetas del Partido Comunista Mexicano*, p. 72.

<sup>151</sup> Gerardo de la Torre, *Op. cit.*, p.38.

Qué iban a pensar las buenas familias burguesas y pequeñoburguesas y obreras y campesinas, claro. Y de esto se sigue que no, mi amigo, ya me convencí, hay que luchar desde adentro. Desde dentro de la vagina, almita estúpida.<sup>152</sup>

El protagonista del cuento asegura estar muy consciente de sus actos y muy seguro de que está encaminado a una venganza, sin embargo, al final el odio persiste. Como lectores contemplamos a un personaje hastiado de su sociedad, de las desigualdades e injusticias inherentes a ella, pero finalmente frustrado también ante su intento de venganza. De la Torre dice al respecto (y resalto en negritas la última frase):

*Yo diría que el personaje está bajo una terrible tensión dogmático-política y entonces emprende eso [la venganza], pero al final vuelve a ser uno de los otros. Al final anda buscando a la chava porque quiere verla, está enamorado de ella, digamos, de alguna extraña manera. **Ha recuperado esa condición de ser de los que se sienten dominados y menospreciados.***

Esto que De la Torre señala como la vuelta del personaje a su condición original, como dominado, es el gran fracaso del personaje. Porque además, como decía el escritor en otra cita de esta entrevista más atrás (apartado 2.3 de este capítulo), el personaje también sucumbe ante el encanto de una de esas muchachas, aunque claro está mediante una forma extremadamente violenta.

De la Torre reconsidera ahora las implicaciones del cuento:

*Pensé en un personaje cuyo dogmatismo lo podía llevar a cometer acciones absolutamente criminales, sin ninguna calidad humana, cuando lo que se buscaba por lo menos de palabra en esas militancias era la calidad humana. Pero eso no quiere decir tampoco que*

---

<sup>152</sup> *Ídem.*

*yo haya querido hacer una alegoría de cómo el dogmatismo de partido nos conducía a esos terribles excesos. Aunque en la realidad sí ha ocurrido así.*

Finalmente, más allá de las pretensiones del autor, el personaje ha cobrado vida por sí mismo. En medio de eso que llama De la Torre la tensión dogmático-política el personaje, conforme narra, va dando detalles de las condiciones en que viven él y su clase. No sabemos mucho de historias personales, de un perfil psicológico concreto, aunque seguramente una lectura de tipo psicoanalítico del cuento podría producir reflexiones interesantes. La lectura realizada ha pretendido ser fiel al texto, el cual finalmente puede consultarse de manera independiente, leerse y disfrutarse, o padecerse, como originalmente lo habría previsto su autor.

En la actualidad (2008) sigue siendo precisamente en las metrópolis mexicanas donde existen más posibilidades de notar los contrastes socioeconómicos. Las desigualdades se viven de una colonia a otra en ciudades como México, Monterrey, Guadalajara, León. La opulencia y la miseria conviven en lo que a veces parece una deliberada ignorancia de la primera sobre la segunda, que no en el sentido contrario.

En un alejamiento de la idea de “mezcla” social, en las ciudades contemporáneas se tiende al aislamiento, la demarcación explícita entre las colonias de “gente bien” y las colonias “de los pobres”. Las voces de éstos son las que aparecen en los relatos de Gerardo de la Torre, planteando en “ese lenguaje cargado de doble sentido”, la expresión filosófica de un grupo social. Los personajes del cuento emplean esa jerga propia de su medio social: “yastufas” para decir “ya estuvo”, “viejas” para referirse a las mujeres, etcétera. No menos importante es que el relato ocurre en una reunión con alcohol de por medio, quizás esté de más mencionar la frecuentación de esta sustancia como una estrategia sí de diversión, pero

también de olvido del mundo del trabajo y como ocasión para liberarse de las ataduras de la responsabilidad, licenciarse para hacer comentarios que en otro momento serían censurados. Cabe mencionar que entre los elementos que Bonfil Batalla analiza en torno a la transformación del indio a la llegada de los españoles, en su desindianización, el trabajo dejó de poseer un contenido placentero y gratificante. Es durante la colonización cuando el alcoholismo se generaliza como práctica social<sup>153</sup>.

Respecto a la presencia del alcohol en la narrativa de Gerardo de la Torre, el investigador de la Universidad de Michigan en Estados Unidos, Adrián Flores-Barrera realizó una ponencia en torno al alcohol como poética en cuatro novelas de De la Torre. En ella, Flores Barrera sostiene que De la Torre

utiliza el alcohol como un recurso literario para lograr diversos planteamientos que les preocupan a los personajes de sus novelas como son el de una evasión y catarsis para expiar sentimientos de culpa, soledad, remordimientos y tristeza que los agobia.<sup>154</sup>

Flores-Barrera, agrega:

la presencia del alcohol es un elemento catalizador no sólo para resaltar la resistencia o vulnerabilidad del cuerpo ante el consumo constante del alcohol, sino como cohesionador y catalizador de una catarsis o escape ante una dolorosa realidad adversa, aplastante y corrupta que rodea a los personajes de su mundo novelesco.<sup>155</sup>

El estudio de Flores-Barrera se concentra en las cuatro novelas de De la Torre relacionadas con el mundo petrolero, donde la desilusión política y las reflexiones en torno a los problemas de la clase obrera son tratadas más a fondo. En “El vengador”, el

---

<sup>153</sup> Ver: Bonfil Batalla, *Op. cit.*, p. 128.

<sup>154</sup> Adrián Flores-Barrera, *El alcohol como poética en la tetralogía de los petroleros de Gerardo de la Torre*, p. 2.

<sup>155</sup> *Ídem.*

alcohol figura más como un recurso de desahogo en general, sin tintes políticos salvo en el caso del protagonista.

Una de las bases para el análisis de Flores-Barrera es el texto de Roger Bartra *La jaula de la melancolía*, en el cual el sociólogo argumenta:

...el mexicano aparece además como un hombre que huye, que se fuga de la dolorosa realidad que le rodea. Esta evasión es descrita y valorada de muchas y diversas maneras, desde la pereza y abulia que llevan a evitar el trabajo hasta la creación de complejos mecanismos de elusión y disimulo. Para muchos es una huida sin sentido, que contribuye al caos de la sociedad industrial.<sup>156</sup>

La última frase de Bartra, revela una condición cruda de la clase obrera que atañe a esa perspectiva que nos deja “El vengador” de la realidad social desde el punto de vista de los personajes. Los muchachos de la calle Mar del Norte beben y beben sin ningún objetivo y en su juerga externalizan sus frustraciones y sueños. Nuevamente, el alcohol es un recurso de enajenación que una sociedad opresiva deja como opción de desahogo.

Entre las frustraciones de los muchachos está presente esa condición de menospreciados por su color de la piel. Aunque no podría hacerse una generalización burda, sigue siendo una constante la relación entre color de piel y situación socioeconómica. Y no sólo esto, por supuesto, sino los gestos discriminatorios, el rechazo a la mezcla. Insisto, no puede generalizarse, pero persiste en el imaginario colectivo mexicano una asociación del tono claro de piel con las posibilidades de “triunfar” en la vida. Así lo siguen expresando, y cito a De la Torre, “las pantallas de televisión y kilómetros de celuloide”.

---

<sup>156</sup> Roger Bartra, *La jaula de la melancolía*, citado en: Adrian Flores-Barrera, *op. cit.*, p. 2.

Al final de cuentas en “El vengador” todos pierden. Si las hazañas nocturnas del personaje principal eran un intento de ajuste de cuentas, no sólo impide una real venganza sino que aumenta su frustración. A sus compañeros de clase, sus amigos con los que creció, no los invita finalmente a debatir, ni a conocer a mayor profundidad las condiciones de la opresión en las que viven, algo que él tanto se ufana de conocer bien. Y a la burguesía en su totalidad tampoco le asesta una venganza. Las cosas seguirán mal y quizá peor para todos.

Más que la expresión de una moral, creo que “El vengador” representa una expresión del odio, una exposición del rencor y de una posibilidad desesperada de actuar en contra de alguien como consecuencia del padecimiento de una opresión. La frustración del personaje demuestra lo lejos que se encuentra la sociedad en la que vive de una posibilidad real de alcanzar la anhelada libertad. En su intento de pasar del lado de los opresores, el supuesto vengador termina vencido, aplastado por su propio acto. Y aquí vale la pena preguntarse si realmente son más libres quienes ejercen la opresión que quienes están sometidos a ella. El amo es tan dependiente del esclavo como éste de aquél, pues en el funcionamiento social de su relación exige la existencia de uno como del otro. Al final unos dependen de otros en una terrible secuencia de vicios.

¿Qué podría resultar como consecuencia de la violación de una chica burguesa? El acto no contribuiría en ningún modo a generar una conciencia entre los compañeros de clase del personaje, ni entre la clase burguesa.

El cuento abre una puerta a la complejidad de las relaciones sociales y de alguna manera, a pesar del desasosiego que provoca, también da espacio a la oportunidad de imaginar otra sociedad posible.

## Capítulo V

### Reflexiones finales

Cuando conocí a Gerardo de la Torre en la Escuela de Escritores de SOGEM (y en las tertulias que venían por añadidura algunos jueves después de clase) en el año 2005, no imaginé que un día iba a hacer una investigación sobre su escritura. Desde antes que fuera mi profesor de construcción de la narrativa nos unió el interés por la poesía y la historia. En particular me resultaba de gran interés conocer sus vivencias durante el “quinismo” cuando fue trabajador en Petróleos Mexicanos. Después descubrí que muchas de las anécdotas relatadas oralmente por De la Torre estaban también en sus escritos, aunque siempre patinadas por el hálito artificial de la ficción.

Durante el seminario de titulación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, mis inquietudes literarias me instaban a tratar algún tema de sociología literaria y a sugerencia del doctor Raúl Rojas Soriano me interesé por realizar una historia de vida sobre un escritor. Vacilaba entre la posibilidad de estudiar a Efraín Huerta o a José Revueltas, cuyas historias y obras me parecían llamativas. Mas de pronto caí en cuenta que tenía la posibilidad de estudiar la historia de un escritor vivo a quien conocía de cerca. Una de las ventajas de conocer a De la Torre ha sido, por supuesto, el tenerlo en persona y poder hacerle preguntas directamente, sin intermediarios.

Así, sin tener claro aún hacia donde se desarrollaría la investigación comencé a entrevistar a De la Torre con cierta cotidianidad para obtener material sobre su vida. Al mismo tiempo comencé a leer y, en ciertos casos, releer algunas de sus obras. Una vez que conocí el libro *De cuerpo entero*, ya citado, me di cuenta que trabajar exclusivamente en la vida de De la Torre sería poco innovador, pues ya él mismo había

hecho en ese texto una especie de autobiografía. Podía entonces explorar algo de su obra narrativa, o bien algún aspecto específico de su vida.

Aunque ya tenía un objeto de estudio, al principio no me quedaba claro cómo estructurar el trabajo, qué temas y cuáles enfoques seleccionar, en suma, la primera aproximación al estudio de Gerardo de la Torre era sumamente ambigua. De modo que me enfoqué a tratar de analizar una de sus novelas, *Los muchachos locos de aquel verano*. Pensé en destacar la singularidad de esa historia de un petrolero que se vuelve escritor, ya que en esa novela es donde más se percibe el contraste entre el mundo de la refinería y el mundo de la escritura, las dificultades de De la Torre para pertenecer a uno y a otro mundo, el desarrollo de su ideología; así como su versatilidad para adaptarse a cada medio. Sin embargo, así como está presente ese tema, lo están muchos otros, era difícil realmente escoger un solo tema o un enfoque habiendo tantas posibilidades. Después, cuando llevé la materia Teoría de la sociología de la educación con la maestra Amparo Ruiz del Castillo, surgió otra posibilidad para estudiar a Gerardo de la Torre: su formación autodidacta y su deslinde de la institución escolar.

Cada idea implicaba hacer una serie de notas, repasar las entrevistas que ya había comenzado a hacerle a Gerardo sobre su vida, aunque también surgían en ellas, tanto por iniciativa suya como mía, otras anécdotas y reflexiones. La investigación en ese sentido fluía, yo leía sobre Gerardo de la Torre, me acercaba a sus obras que me eran desconocidas, repasaba algunos fragmentos de las que conocía, leía por otro lado material que me fuera útil para orientarme en cuanto a una fundamentación teórica. Finalmente, platicando con Amparo Ruiz sobre algunas ideas que me habían estado persiguiendo en esos meses, comencé a hablarle de un cuento que había leído hacía ya más de un año, cuyo recuerdo aún me perturbaba de alguna manera.

“El vengador” había llamado mi atención por su violencia, pero también por su compleja estructura narrativa (tan torcida como la mente del protagonista, podría decirse). Al escucharme hablar emocionado sobre el texto, Amparo Ruiz me sugirió la idea de centrar parte de la investigación en el análisis de ese cuento. En cuanto pude acudí a una librería de la avenida Cuauhtémoc y comencé a releer “El vengador”, esta vez subrayando y haciendo notas en los márgenes del texto. Me parecía un verdadero reto enfrentarme a un relato tan violento y tan crudo desde una perspectiva analítica y tratando de dejar de lado mis impresiones viscerales. Mientras más lo meditaba al tiempo que releía, más me quedaba claro que ese y no otro era el texto en el que podía explorar ese interés en la sociología literaria, que posiblemente estuvo presente desde la primera lectura de un texto de De la Torre. Con la asesoría de Amparo Ruiz, fue aclarándose la perspectiva de la investigación: abordar la vida de De la Torre y su contexto histórico social para luego adentrar en el análisis de un texto en concreto. Y así comenzó a tomar forma este texto.

“El vengador” me sigue pareciendo cada vez que lo vuelvo a leer un relato estremecedor cuya narración atina en elegir esa mirada desde el odio para describir una realidad hostil, un mundo descompuesto y destripado. Ese cuento es un momento irrepetible. De la Torre no volverá a escribir un cuento similar, es otro él y es otra la realidad que vive el escritor. En ese sentido el cuento cumple una función como documento histórico que contribuye a la recreación de ciertas circunstancias sociales. Pero al mismo tiempo, el cuento es vigente por su capacidad de sorprender al lector y secuestrarlo por un momento, como diría Cortázar, y hacerlo vivir las aventuras de ese vengador frustrado que es el protagonista y escuchar sus disquisiciones sobre la sociedad.

Volviendo a una idea expuesta en el Capítulo III, como lectores críticos tenemos la posibilidad de analizar un texto y presentar nuestra lectura de él, independiente de las intenciones de su autor. La literatura trasciende lo que somos. La vida en sí, el desafortunado desorden de circunstancias y eventos al que el escritor da coherencia en la creación de su propio tiempo, el tiempo de sus historias, se convierte en pasado. Sin embargo, gracias a la “magia” de la lectura, el relato cobra vida cada vez que se lee.

Una vez que el texto ha sido publicado, pertenece a quien se acerque a leerlo. Así, la misma persona puede hacer hoy una lectura y en cinco años otra muy distinta. Creo, no obstante, haber ofrecido en este trabajo una lectura que, aun no siendo definitiva, implica una honestidad de observación en el sentido de que he procurado extraer algunos temas presentes en el texto para darles una significación especial como indicadores de ciertos conflictos en la sociedad.

La vigencia del relato se sostiene en la continuada presencia de esos rasgos de las relaciones de poder en nuestra sociedad actual. El uso de la palabra güerito para adjetivar a alguien que tiene la piel clara y/o el cabello rubio o castaño claro sigue estando en buena medida relacionado a una diferencia de clase. Ser güerito dota de un estatus superior en sociedad. En cambio, el ser prieto tiende a significar la pertenencia a un estatus inferior. Y el giro prieto, puede connotar un tono despectivo, aunque no necesariamente. Cuando pregunté a De la Torre su percepción del tema de la discriminación en México, comentó:

*En sectores de clase media y clase media alta y más arriba si hay uno muy moreno, y más que moreno con ciertos rasgos indígenas, se le desprecia. Porque el moreno es perfectamente apreciado, hay casas ahora que se especializan en broncearte, pero no se trata de eso, sino de esta mácula racial.*

*Eso por un lado, en el lado de abajo el “negro” se usa no de manera infamante sino de manera gozosa. Nosotros los mestizos decimos “véngase para acá con su*

*negro” y “mi negra”, sobre todo con esta influencia de la música tropical: “aquí está tu negro” y las “chatas” y los “chatos” que esos ya desaparecieron de nuestro panorama, pero antes se usaba mucho: “mi chata, sí mi chata, pero no mi chata” y “mi negro santo”.*

Si bien aquí De la Torre reivindica esa posibilidad de connotación del negro, no deja de estar presente la distinción de clases. Lo que señala respecto a la “mácula racial” es muy importante, pues en efecto más que el color de la piel en sí mismo, el tema de la discriminación en este país está relacionado con el rechazo de la herencia indígena.

Como se ha intentado mostrar, la literatura de Gerardo de la Torre es una referencia sólida de una realidad incómoda. De la Torre exhibe algunos de esos secretos de la cultura nacional, secretos a voces que fluyen de manera cotidiana en nuestra vida diaria como mexicanos. Como se mencionaba en el Capítulo I del presente trabajo, la sociología puede (y desde mi punto de vista debe) realizar una tarea de interpretación de este tipo de observaciones vertidas por un sujeto no legitimado por la sociología.

Más allá de sus objetivos estéticos “El vengador” en tanto texto literario pareciera estar nutrido de sociología. Esto puede percibirse en primer lugar mediante esas citadas menciones a Veblen, pero también de forma más espontánea en la descripción detallada de distintos aspectos de las relaciones sociales de los personajes.

A la vez, como se ha tratado de destacar en este trabajo, la sociología puede nutrirse de la mirada sustanciosa de la literatura sobre la sociedad en la que se desarrolla, aunque esta lectura de “El vengador” seguramente deja una impresión sobre la literatura de De la Torre muy parcial. Si alguien tuviera como única referencia la novela *Morderán el polvo*, tendría una visión muy distinta de la narrativa de este autor. Los temas y el estilo de esa novela son de un tono jocoso y mórbido, bastante distinto de lo que presenta un libro como *El vengador*.

Sin embargo, este trabajo ha procurado dar una muestra de lo que se puede hacer desde el análisis sociológico literario de un cuento. El estudio de Flores-Barrera en torno al tema del alcohol, citado más arriba, es otra posibilidad de análisis. Y no es casual que Flores-Barrera haya recurrido al análisis de un sociólogo como Bartra para sustentar su análisis. Desde su inclinación por la novela social, en ese interés por conocer las relaciones entre escritor de ficción y realidad social, e incluso en la búsqueda de José Revueltas como modelo de narrador comprometido políticamente, De la Torre de alguna manera ha dirigido una parte de su carrera como escritor a esa convergencia entre el novelista y la vida política.

Al final, no queda sino invitar a la lectura de De la Torre, pero no sólo, sino a la lectura desde puntos de vista sociológicos de una serie de autores de narrativa mexicana así como obras de teatro, cintas (o discos digitales) cinematográficas, que tienen mucho que aportar acerca de esa relación entre la ficción y la realidad social.

La tendencia contemporánea a los estudios comparativos y pluridisciplinarios abre perspectivas hacia la posibilidad de aprovechar en este caso los recursos metodológicos de las ciencias sociales para estudiar distintas formas de arte, así como por otra parte emplear el conocimiento artístico para descifrar la realidad social. ¿Por qué no podría el sociólogo aventurarse a la escritura de una novela, tomando como punto de partida que las novelas muchas veces plantean reflexiones o digresiones largas sobre la sociedad? El estudio disciplinario, desde este punto de vista sería una formación básica, fundamental que después podría converger con las estrategias de otras disciplinas para fraguar en trabajos de investigación interdisciplinarios.

Por otra parte, Frederic Jameson habla de la presencia actual de títulos en las librerías que ya no son clasificables en las “antiguas categorías de género y discurso”

que se podrían clasificar como teoría contemporánea<sup>157</sup>. Y ciertamente, existen tendencias a romper con esquemas en la presentación de la información. El ensayo, cada vez un género más versátil, se convierte en una de las formas más frecuentadas por los escritores contemporáneos de muy variados temas. No es gratuito que incluso en las facultades universitarias se acepten desde hace algunos años los trabajos de ensayo como formas de titulación.

El ensayo implica la asunción de la dificultad para escribir con esa gran autoridad en una materia que implica el tratado. Y en ese sentido, quizás haga falta desembarazarse de las pretensiones de universalidad del conocimiento, que finalmente son producto de la mentalidad colonial. No puede haber más respuestas unívocas, fórmulas totales. El ensayo, en la idea de esta nueva teoría a secas, sin ornamentos de categorización, al abrirse a una mayor vinculación entre disciplinas se convierte de ese modo en una vía de expresión compleja y rica. Nos alejamos con ello de la pretensión de elaborar teorías generales, tomando en cuenta lo difícil que es hoy querer abarcar los grandes temas. Y aquí es pertinente recordar y reconocer la imposibilidad del pensamiento humano de comprenderlo todo, a pesar de sus ambiciones. Escritores contemporáneos como Roberto Calasso o Enrique Vila Matas han experimentado la novela ensayo como una posibilidad distinta de expresión que bien podría extenderse hacia las ciencias sociales, si no es que ya existen trabajos que estén explorando esta y otras posibilidades.

Por otra parte, vale la pena recordar la perspectiva educacional propuesta por Iván Illich, en la que se alienta al individuo a formarse de manera muy espontánea, destacando las cualidades autodidactas y el amor al conocimiento. Esa búsqueda educativa que obedece al interés genuino en el aprendizaje, no puede desdeñar el

---

<sup>157</sup> Frederic Jameson, *Posmodernismo y sociedad de consumo*, en: Hal Foster, *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona, 2006, p. 167. Frederic Jameson, *op. cit.*, p. 167.

potencial de la tecnología de nuestros días en tanto a las posibilidades de establecer redes de enseñanza/aprendizaje y difusión cultural: nuevas formas de publicación de escritos, imágenes, videos, música, etcétera. Hacia estos nuevos formatos, de hecho, es posiblemente a lo que habría de dirigirse la educación y la divulgación cultural del futuro.

De manera general, considero que poner atención a los fenómenos culturales, reflexionar sobre su origen, sus consecuencias y alcances, ensancha los horizontes de la indagación social hacia la exploración de un cúmulo de manifestaciones que expresan formas de vida social únicas y que mucho pueden aportar a la construcción del conocimiento sociológico. La literatura, en tanto producto cultural de una sociedad, así como el arte en general, mediante sus diferentes formas de manifestación, es una fuente inagotable de reflexiones sobre las relaciones que ocurren todos los días entre seres humanos en la vida compleja, caótica y monstruosa de una sociedad.

## **Epílogo**

A estas alturas todavía podemos hacernos la pregunta: ¿por qué escribe Gerardo de la Torre? Finalmente, decidirse a realizar esta actividad involucra en buena medida el azar. De la Torre sostiene que cuando se le pregunta a algún escritor o a cualquier artista qué razones o motivos lo han llevado a desarrollar dicha actividad creativa, éste inventa alguna justificación porque en el fondo nunca se sabe precisamente por qué. He aquí un ensayo de respuesta a la pregunta planteada a este autor, proveniente de la ya mencionada carpeta *Contra reloj*.

### ***El hijo loco***

*En el año 1947, cuando acababa de cumplir nueve años, un automóvil me atropelló. La familia ocupaba por entonces un departamentito de dos recámaras en un edificio gris, de pintura y revoque muy deteriorados, en la esquina de Emparán y Edison, colonia Tabacalera.*

*El asunto comenzó con una travesura. En esa misma calle de Emparán, cerca de la avenida entonces llamada del Ejido y hoy conocida como prolongación de la avenida Juárez, vivía en otro edificio una chica flaca y feúcha, de unos quince años, de nombre Marta, a quien todos conocían como la Rata. Una tarde pasaba por allí la muchacha envuelta en su habitual abrigo gris —fuese primavera, invierno o verano— y unos amigos de mayor edad me picaron la cresta. ¿Eres valiente? Como buen chamaco estúpido respondí que era muy valiente. A ver, atrévete a decirle “rata” a la Marta. Para sostener la presunta valentía, me fui tras la muchacha y entré al edificio siguiéndola de cerca. Cuando se hallaba ella a mitad de la escalera, armado de valor le grité: ¡Rata! ¡Rata!*

*Enfurecida, Marta se dio vuelta y comenzó a descender para castigarme. Abandoné el edificio a la carrera y sin mirar a los lados me lancé al pavimento. Justo en ese*

*momento un auto desembocó en Emparán y no logró esquivarme y salí dando volteretas.*

*Quedé desvanecido junto a la banqueta y el conductor del auto bajó a auxiliarme. Alguien había corrido a avisarle a mi madre y doña Alicia acudió presurosa, angustiada, gimiente, en la creencia de que su primogénito se hallaba al borde de la muerte o ya difunto.*

*Pero respiraba y poco después abrí los ojos y sonreí al contemplar el atribulado y dulce rostro de mamá.*

*Para cerciorarse de que no había daño mayor me llevaron a un hospital en el auto que me había atropellado —eran de verdad otros tiempos— y dos horas después me hallaba de vuelta en casa, más adolorido por la reprimenda que por efectos del golpe.*

*Mi madre no quedó convencida de que hubiese salido indemne y a lo largo de años sostuvo que a consecuencia del accidente yo había quedado loco. Y quince años más tarde, cuando en una reunión familiar anuncié solemne que quería dedicarme a escribir, mi madre dijo contundente:*

*— ¿Lo ven? Les dije que ese golpe lo dejó loco.*

## Bibliografía

- Anderson, Carmen y Marcela Grossgerge, *La mujer: ni objeto ni símbolo*, Colección Duda Semanal, Ed. Posada, México, 1975.
- Bagú, Sergio, “La supervivencia del feudalismo español” en: *El reproductor campechano*, Año VIII, Vol. 3-4, mayo-agosto, Campeche, 1951.
- Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Bourdieu, Pierre, *Lección sobre la lección*, Anagrama, Barcelona, 2002.
- \_\_\_\_\_, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Akal, Madrid, 2001.
- Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, Era, México, 1990.
- Cortázar, Julio, *Algunos aspectos del cuento*, conferencia dictada en La Habana, Cuba en 1962, (mimeografiado).
- Foster, Hal, *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona, 2006.
- Freire, Paulo, *La importancia de leer y el proceso de liberación*, Siglo veintiuno, México, 2005.
- \_\_\_\_\_, *La educación como práctica de la libertad*, Siglo veintiuno, México, 2005.
- Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires, 1995.
- González Casanova, Pablo y Enrique Florescano, coords., *México, hoy*, Siglo veintiuno, México, 1994.
- Gramsci, Antonio, “Introducción al estudio de la filosofía y el materialismo histórico” en: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Casa Juan Pablos, México, 2001.
- Grimberg, Carl, *El siglo XX*, de la serie: *Historia universal Daimon*, Daimon, Barcelona, 1973.
- Illich, Iván, *La sociedad desescolarizada*, Posada, México, 1978.
- Kaplan, Marcos, *El Estado en el desarrollo y la integración de América Latina; ensayos*, Monte Ávila, Caracas, 1970.
- Kollontai, Aleksandra, *La mujer nueva y la moral sexual*, Juan Pablos, México, 1978.

- Martí, José, “Nuestra América” en: Zea, Leopoldo, *Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo*, SEP Setentas / Diana, México, 1979.
- Marx, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, Siglo veintiuno, México, 2001.
- Meyer, Lorenzo, “La encrucijada” en: *Historia general de México*, Tomo 2, El Colegio de México, México, 1981.
- Miranda Basurto, Ángel, *La evolución de México*, Numancia, México, 1989.
- Palou, Pedro Ángel, *Charlas de café con... José María Morelos*, Grijalbo, México, 2009.
- Quijano, Aníbal, “Colonialidad y Modernidad/Racionalidad” en: *Perú Indígena*, Vol. 13, No. 29, pp. 11-20, Lima, 1992 (mimeografiado).
- Rivera Castro, José, “Periodización del sindicalismo petrolero” en: Aguilar, Javier, coord., *Los sindicatos nacionales en el México contemporáneo. Petroleros*, G.V., México, 1986.
- Rulfo, Juan, *El llano en llamas*, Fondo de Cultura Económica, Colección popular, México, 2002.
- Semo, Enrique, coord., *Nueva burguesía (1938-1957)* de la serie: *México, un pueblo en la historia*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1989.
- Semo, Ilán, coord., *El ocaso de los mitos (1958-1968)* de la serie: *México, un pueblo en la historia*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1989.
- Torre de la, Gerardo, “De acuerdo, Julio” en: *Libro albedrío*, Hoja por hoja. Suplemento de libros, Librería, México, 2007.
- \_\_\_\_\_, *El vengador*, Serie el volador, Joaquín Mortiz, México, 1973.
- \_\_\_\_\_, *Ensayo General*, Lecturas Mexicanas Segunda Serie, SEP/Joaquín Mortiz, México, 1985.
- \_\_\_\_\_, *Hijos del Águila*, El juglar, México, 1989.
- \_\_\_\_\_, *Los muchachos locos de aquel verano*, Joaquín Mortiz / INBA, México, 1994.
- \_\_\_\_\_, *Muertes de Aurora*, Arlequín, Guadalajara, 2006.
- \_\_\_\_\_, \_\_\_\_\_, Colección “Aguas profundas”, CONACULTA /

Fondo Regional para la Cultura y las Artes Zona Centro, México, 2004.

Villoro, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, Cien de México, CONACULTA, México, 1999.

Wilson, Edmund, *Literatura y sociedad*, Sur, Buenos Aires, 1957.

Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus Logico-Philosophicus*, Alianza Universidad, Madrid, 2002.

Zendejas, Francisco, columna Multilibros del diario *Excélsior*, 26 de junio de 1973, citado en: Martré, Gonzalo, comp., *13 rojo. Antología contemporánea de escritores y poetas del Partido Comunista Mexicano*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1981.

Zinder, Hermann y Werner Hilgerman, *Atlas histórico mundial, Tomo II, De la Revolución Francesa a nuestros días*, Istmo, Madrid, s/a.

#### **Fuentes electrónicas:**

Carpentier, Alejo, entrevista televisiva de Joaquín Soler Serrano en formato electrónico en: <http://mx.youtube.com/watch?v=fK6SpVLqatQ>, consultada en 2008.

Diccionario de la Lengua Española, <http://buscon.rae.es/draeI/>, consultada en varias fechas de 2007 a 2008.

Flores-Barrera, Adrián, *El alcohol como poética en la tetralogía de los petroleros de Gerardo de la Torre*, ponencia presentada en un simposio de 2002 en la Universidad de Texas en El Paso (documento electrónico facilitado por el autor).

King, Martin L., “I have a dream” en la página electrónica: <http://www.americanrhetoric.com/speeches/mlkihaveadream.htm>, consultada el 24 de julio de 2008.

Núñez, Natalia, “La casa del mono y otros crímenes”, columna La caja de Pandora, diario

*La jornada*, 23 de junio de 2002,  
<http://www.jornada.unam.mx/2002/06/23/sem-libros.html>,  
consultada en septiembre de 2007.

Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder y clasificación social” en: *Festschrift for Immanuel Wallerstein*, en: *Journal of World Systems Research*, 2000, vol. VI, núm. 2, verano-otoño, pp. 342-386, edición especial, Giovanni Arrighi y Walter L. Goldfrank, editores, parte 1, Estados Unidos de América, en la dirección electrónica:  
<http://jwsr.ucr.edu/archive/vol6/number2/pdf/jwsr-v6n2-quijsano.pdf>,  
consultada en mayo de 2008.

Torre, Gerardo de la, carpeta *Contra reloj*, (documento electrónico facilitado por el autor).  
\_\_\_\_\_, en entrevista de la página electrónica:  
<http://www.rebellion.org/cultura/030731leer.htm>, consultada en  
febrero de 2008.